

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



Apóstol y heraldo de
Jesucristo

San Pablo, místico
y misionero

Filipos: la primera
Iglesia en Europa

Enseñanzas
fundamentales
de la Carta
a los Romanos

La justificación
por la fe

SAN PABLO APÓSTOL Y PROFETA



*Estatua de san Pablo en el atrio
de la basílica de San Pablo Extramuros*

«.. nuestro Salvador, Cristo Jesús... por cuya predicación fui yo constituido heraldo, apóstol y maestro. Y por esta causa también padezco estas cosas; mas no me avergüenzo, porque sé a quien he creído y estoy firmemente persuadido de que es poderoso para guardar mi depósito hasta aquel día.»

2 Tm 1,10-12

Sumario

Apóstol y heraldo de Jesucristo. Homilía de Benedicto XVI en las Vísperas de la solemnidad de san Pedro y san Pablo	3
La conversión de san Pablo, camino de Damasco. Palabras de Benedicto XVI en la audiencia general del miércoles, 3 de septiembre de 2008	6
San Pablo, «el Apóstol» <i>Ramón Gelpí</i>	7
Filipos: la primera Iglesia en Europa <i>Gerardo Manresa Presas</i>	13
Enseñanzas fundamentales de la Carta a los Romanos <i>Juan Antonio Mateo García, pbro.</i>	18
La justificación por la fe <i>Francisco Canals Vidal</i>	21
San Pablo profeta. «Todo Israel será salvo» <i>Enric Freixa</i>	26
La tumba de san Pablo. La basílica romana de San Pablo Extramuros	29
Contemplando la vida de Cristo. La concordancia en el Nuevo Testamento <i>Ramón Gelpí</i>	31
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	33
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	34
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	37
Orientaciones bibliográficas <i>David Amado</i>	39
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	40
Hace 60 años. <i>J. M. M. G.</i>	43

RAZÓN DEL NÚMERO

EL pasado 28 de junio, vigilia de la fiesta de san Pedro y san Pablo, el papa Benedicto XVI inauguraba solemnemente el Año Paulino, todo un año que la Iglesia va a dedicar a honrar y venerar de forma especial a quien es una de sus columnas fundamentales. Se conmemora así el segundo milenio de su nacimiento.

En la primera carta a Timoteo dejó escrita una profesión de fe, aquella fe que él predicaba: «Porque uno es Dios, uno también el Mediador de Dios y de los hombres, un hombre, Cristo Jesús, que se dio a sí mismo como precio de rescate por todos; divino testimonio dado en el tiempo oportuno, para cuya promulgación fui yo constituido heraldo y apóstol (digo la verdad, no miento), maestro de los gentiles en la fe y en la verdad» (2,5-7). La revelación –la iluminación– del Evangelio en el camino de Damasco y tras su paso por el desierto, hizo de Pablo el predicador fogoso, incansable, valiente, que arrostra penalidades, persecuciones, naufragios, prisiones, traiciones o indiferencias, para ser heraldo y apóstol. «Todo esto lo hago por el Evangelio» (1 Co 9,23), afirmó; por la fascinante luz del Evangelio, por su amor a Cristo, por una convicción profunda: la ineludible obligación de hacer llegar a todo el mundo la luz de Cristo.

La conversión de san Pablo no fue un proceso de convicción intelectual, fruto de su formación; fue una acción directa de Aquel que le llamó en el camino de Damasco y le inspiró a lo largo de su vida, y especialmente durante los tres años de su preparación espiritual antes de iniciar su apostolado. Cristo mismo le iluminó, y Él mismo le incorporó al Colegio apostólico. Es, pues, el último apóstol constituido: «... Y en último término se me apareció también a mí, como a un abortivo ...» (1 Cor 15,8).

Su presencia en la naciente Iglesia fue absolutamente providencial para la expansión de la fe cristiana por el mundo griego y romano, la tierra de los gentiles. Por eso san Pablo es ejemplo para todos los tiempos, estímulo para la Iglesia misionera que debe llegar hasta los últimos confines de la tierra predicando a Cristo. Y es el profeta que en la Carta a los Romanos anuncia la conversión del pueblo judío. Pero es también testimonio del amor de Cristo. Lo recordaba el Papa en la homilía de las Vísperas de la fiesta de san Pedro y san Pablo: «Su fe es la experiencia de ser amado por Jesucristo de un modo totalmente personal; es la conciencia de que Cristo no afrontó la muerte por algo anónimo, sino por amor a él –a san Pablo–, y que, como Resucitado, lo sigue amando, es decir, que Cristo se entregó por él. Su fe consiste en ser conquistado por el amor de Jesucristo, un amor que lo conmueve en lo más íntimo y lo transforma. Su fe no es una teoría, una opinión sobre Dios y sobre el mundo. Su fe es el impacto del amor de Dios en su corazón. Y así esta misma fe es amor a Jesucristo».

La vida de san Pablo es un ejemplo de que el anuncio del Evangelio y la vida en el amor de Cristo conllevan el sacrificio, porque anuncio y vida exigen la renuncia de sí mismo y la purificación. La espada con la que se le representa es símbolo a la vez de su verbo penetrante y de su martirio.

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2ª
Redacción: 93 317 47 33
Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Gràfiques Ossó, S.L. - D.L.: B-15860-58

Apóstol y heraldo de Jesucristo

Homilía de Su Santidad Benedicto XVI en las Vísperas de la solemnidad de San Pedro y San Pablo con motivo de la inauguración del Año Paulino

(Basílica de San Pablo Extramuros, sábado 28 de junio de 2008)

Estamos reunidos junto a la tumba de san Pablo, que nació, hace dos mil años, en Tarso de Cilicia, en la actual Turquía. ¿Quién era este Pablo? En el Templo de Jerusalén, ante la multitud agitada que quería matarlo, se presenta a sí mismo con estas palabras: «Yo soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero educado en esta ciudad (Jerusalén), instruido a los pies de Gamaliel en la estricta observancia de la Ley de nuestros padres; estaba lleno de celo por Dios...» (Hch 22, 3). Al final de su camino, dirá de sí mismo: «Yo he sido constituido... maestro de los gentiles en la fe y en la verdad» (1 Tm 2,7; cf. 2 Tm 1,11).

Maestro de los gentiles, apóstol y heraldo de Jesucristo: así se define a sí mismo con una mirada retrospectiva al itinerario de su vida. Pero su mirada no se dirige solamente al pasado. «Maestro de los gentiles»: esta expresión se abre al futuro, a todos los pueblos y a todas las generaciones. San Pablo no es para nosotros una figura del pasado, que recordamos con veneración. También para nosotros es maestro, apóstol y heraldo de Jesucristo.

Por tanto, no estamos reunidos para reflexionar sobre una historia pasada, irrevocablemente superada. San Pablo quiere hablar con nosotros hoy. Por eso he querido convocar este «Año paulino» especial: para escucharlo y aprender ahora de él, como nuestro maestro, «la fe y la verdad» en las que se arraigan las razones de la unidad entre los discípulos de Cristo. En esta perspectiva he querido encender, para este bimilenario del nacimiento del Apóstol, una «llama paulina» especial, que permanecerá encendida durante todo el año en un brasero particular puesto en el atrio de cuatro pórticos de la basílica.

Para solemnizar este acontecimiento he inaugurado también la así llamada «puerta paulina», por la que he entrado en la basílica acompañado por el patriarca de Constantinopla, por el cardenal arcipreste y por otras autoridades religiosas. Para mí es motivo de íntima alegría que la inauguración del «Año paulino» asuma un carácter ecuménico peculiar por la presencia de numerosos delegados y representan-

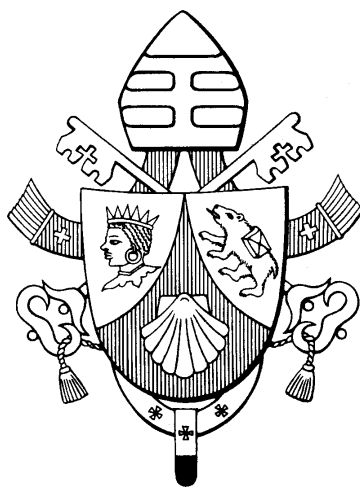
tes de otras Iglesias y comunidades eclesiales, a quienes acojo con corazón abierto.

Saludo en primer lugar a Su Santidad el patriarca Bartolomé I y a los miembros de la delegación que lo acompaña, así como al numeroso grupo de laicos que desde varias partes del mundo han venido a Roma para vivir con él y con todos nosotros estos momentos de oración y de reflexión. Saludo a los delegados fraternos de las Iglesias que tienen

un vínculo particular con el apóstol san Pablo –Jerusalén, Antioquía, Chipre y Grecia– y forman el ambiente geográfico de la vida del Apóstol antes de su llegada a Roma. Saludo cordialmente a los hermanos de las diversas Iglesias y comunidades eclesiales de Oriente y Occidente, así como a todos vosotros que habéis querido participar en este solemne inicio del «Año» dedicado al Apóstol de los gentiles.

Por consiguiente, estamos aquí reunidos para interrogarnos sobre el gran Apóstol de los gentiles. No sólo nos preguntamos: ¿Quién era san Pablo? Sobre todo nos preguntamos: ¿Quién es san Pablo? ¿Qué me dice a mí? En esta hora, al inicio del «Año Paulino» que estamos inaugurando, quiero elegir del rico testimonio del Nuevo Testamento tres textos en los que se manifiesta su fisonomía interior, lo específico de su carácter.

En la carta a los Gálatas nos dio una profesión de fe muy personal, en la que abre su corazón ante los lectores de todos los tiempos y revela cuál es la motivación más íntima de su vida. «Vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gal 2,20). Todo lo que hace san Pablo parte de este centro. Su fe es la experiencia de ser amado por Jesucristo de un modo totalmente personal; es la conciencia de que Cristo no afrontó la muerte por algo anónimo, sino por amor a él –a san Pablo–, y que, como Resucitado, lo sigue amando, es decir, que Cristo se entregó por él. Su fe consiste en ser conquistado por el amor de Jesucristo, un amor que lo conmueve en lo más íntimo y lo transforma. Su fe no es una teoría, una opinión sobre Dios y sobre el mundo. Su fe es el impacto del amor de



Dios en su corazón. Y así esta misma fe es amor a Jesucristo.

Muchos presentan a san Pablo como un hombre combativo que sabe usar la espada de la palabra. De hecho, en su camino de apóstol no faltaron las disputas. No buscó una armonía superficial. En la primera de sus cartas, la que dirigió a los tesalonicenses, él mismo dice: «Tuvimos la valentía de predicaros el Evangelio de Dios entre frecuentes luchas... Como sabéis, nunca nos presentamos con palabras aduladoras» (1 Ts 2,2.5).

Para él la verdad era demasiado grande como para estar dispuesto a sacrificarla en aras de un éxito externo. Para él, la verdad que había experimentado en el encuentro con el Resucitado bien merecía la lucha, la persecución y el sufrimiento. Pero lo que lo motivaba en lo más profundo era el hecho de ser amado por Jesucristo y el deseo de transmitir a los demás este amor. San Pablo era un hombre capaz de amar, y todo su obrar y sufrir sólo se explican a partir de este centro. Los conceptos fundamentales de su anuncio únicamente se comprenden sobre esta base.

Tomemos solamente una de sus palabras-clave: la libertad. La experiencia de ser amado hasta el fondo por Cristo le había abierto los ojos sobre la verdad y sobre el camino de la existencia humana; aquella experiencia lo abarcaba todo. San Pablo era libre como hombre amado por Dios que, en virtud de Dios, era capaz de amar juntamente con él. Este amor es ahora la «ley» de su vida, y precisamente así es la libertad de su vida. Habla y actúa movido por la responsabilidad del amor. Libertad y responsabilidad están aquí inseparablemente unidas. Por estar en la responsabilidad del amor, es libre; por ser alguien que ama, vive totalmente en la responsabilidad de este amor y no considera la libertad como un pretexto para el arbitrio y el egoísmo.

Con ese mismo espíritu san Agustín formuló la frase que luego se hizo famosa: «*Dilige et quod vis fac*» (*Tract. In 1 Jo 7,7-8*), «Ama y haz lo que quieras». Quien ama a Cristo como lo amaba san Pablo, verdaderamente puede hacer lo que quiera, porque su amor está unido a la voluntad de Cristo y, de este modo, a la voluntad de Dios; porque su voluntad está anclada en la verdad y porque su voluntad ya no es simplemente su voluntad, arbitrio del yo autónomo, sino que está integrada en la libertad de Dios y de ella recibe el camino por recorrer.

En la búsqueda de la fisonomía interior de san Pablo quisiera recordar, en segundo lugar, las palabras que Cristo resucitado le dirigió en el camino de Damasco. Primero el Señor le dice: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». Ante la pregunta: «¿Quién eres, Señor?», recibe como respuesta: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (Hch 9,4 s). Persiguiendo a la Iglesia, Pablo perseguía a Jesús mismo. «Tú me

persigues». Jesús se identifica con la Iglesia en un solo sujeto.

En el fondo, en esta exclamación del Resucitado, que transformó la vida de Saulo, se halla contenida toda la doctrina sobre la Iglesia como Cuerpo de Cristo. Cristo no se retiró al cielo, dejando en la tierra una multitud de seguidores que llevan adelante «su causa». La Iglesia no es una asociación que quiere promover cierta causa. En ella no se trata de una causa. En ella se trata de la persona de Jesucristo, que también como Resucitado sigue siendo «carne». Tiene «carne y huesos» (Lc 24, 39), como afirma en el evangelio de san Lucas el Resucitado ante los discípulos que creían que era un espíritu. Tiene un cuerpo.

Está presente personalmente en su Iglesia; «Cabeza y Cuerpo» forman un único sujeto, dirá san Agustín. «¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?», escribe san Pablo a los Corintios (1 Co 6,15). Y añade: del mismo modo que, según el libro del Génesis, el hombre y la mujer llegan a ser una sola carne, así también Cristo con los suyos se convierte en un solo espíritu, es decir, en un único sujeto en el mundo nuevo de la resurrección (cf. 1 Co 6,16 ss).

En todo esto se refleja el misterio eucarístico, en el que Cristo entrega continuamente su Cuerpo y hace de nosotros su Cuerpo: «El pan que partimos ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, nosotros, aun siendo muchos, somos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan» (1 Co 10,16-17).

En esta hora, no sólo san Pablo, sino también el Señor mismo se dirige a nosotros con estas palabras: ¿Cómo habéis podido desgarrar mi Cuerpo? Ante el rostro de Cristo, estas palabras se transforman al mismo tiempo en una petición urgente: condúcenos nuevamente a la unidad desde todas las divisiones. Haz que hoy sea de nuevo realidad: hay un solo pan, por eso nosotros, aun siendo muchos, somos un solo cuerpo.

Para san Pablo, las palabras sobre la Iglesia como Cuerpo de Cristo no son una comparación cualquiera. Van más allá de una comparación. «¿Por qué me persigues?». Cristo nos atrae continuamente dentro de su Cuerpo, edifica su Cuerpo a partir del centro eucarístico, que para san Pablo es el centro de la existencia cristiana, en virtud del cual todos y cada uno podemos experimentar de un modo totalmente personal: él *me* ha amado y se ha entregado por *mí*.

Concluyo con unas de las últimas palabras de san Pablo, una exhortación a Timoteo desde la cárcel, poco antes de su muerte: «Soporta conmigo los sufrimientos por el Evangelio», dice el Apóstol a su discípulo (2 Tm 1, 8). Estas palabras, escritas por el Apóstol como un testamento al final de su camino,

remiten al inicio de su misión. Mientras Pablo, después de su encuentro con el Resucitado, estaba ciego en su casa de Damasco, Ananías recibió la orden de ir a visitar al temido perseguidor e imponerle las manos para devolverle la vista. Ante la objeción de que Saulo era un perseguidor peligroso de los cristianos, Ananías recibió como respuesta: Este hombre debe llevar mi nombre ante los pueblos y los reyes. «Yo le mostraré todo lo que tendrá que padecer por mi nombre» (Hch 9, 16).

El encargo del anuncio y la llamada al sufrimiento por Cristo están inseparablemente unidos. La llamada a ser maestro de los gentiles es al mismo tiempo e intrínsecamente una llamada al sufrimiento en la comunión con Cristo, que nos ha redimido mediante su Pasión. En un mundo en el que la mentira es poderosa, la verdad se paga con el sufrimiento. Quien quiere evitar el sufrimiento, mantenerlo lejos de sí, mantiene lejos la vida misma y su grandeza; no puede ser servidor de la verdad, y así servidor de la fe.

No hay amor sin sufrimiento, sin el sufrimiento de la renuncia a sí mismo, de la transformación y purificación del yo por la verdadera libertad. Donde no hay nada por lo que valga la pena sufrir, incluso la vida misma pierde su valor. La Eucaristía, el centro de nuestro ser cristianos, se funda en el sacrificio de Jesús por nosotros, nació del sufrimiento del amor, que en la cruz alcanzó su culmen. Nosotros vivimos de este amor que se entrega. Este amor nos da la valentía y la fuerza para sufrir con Cristo y por él en este mundo, sabiendo que precisamente así nuestra vida se hace grande, madura y verdadera.



Entrada a la tumba del Apóstol

A la luz de todas las cartas de san Pablo, vemos cómo se cumplió en su camino de maestro de los gentiles la profecía hecha a Ananías en la hora de la llamada: «Yo le mostraré todo lo que tendrá que padecer por mi nombre». Su sufrimiento lo hace creíble como maestro de verdad, que no busca su propio interés, su propia gloria, su propia satisfacción personal, sino que se compromete por Aquel que nos amó y se entregó a sí mismo por todos nosotros.

En esta hora damos gracias al Señor porque llamó a san Pablo, transformándolo en luz de los gentiles y maestro de todos nosotros, y le pedimos: «Concedéndonos también hoy ser testigos de la Resurrección, conquistados por tu amor y capaces de llevar la luz del Evangelio a nuestro tiempo. San Pablo, ruega por nosotros. Amén».

La llamada de san Pablo

Ser apóstol no significaba para Pablo gozar sigilosamente de la propia salvación, guardarse su descubrimiento, sentarse en el tesoro de Cristo, sino narrar una y otra vez la riqueza, la abundancia, la afabilidad de Cristo, su vida transmitida a raudales por todos los órganos del cuerpo de Cristo, en el que cada uno es una pequeña arteria que tan sólo vive en tanto que sustenta a otra. Esta vocación apostólica le sorprendió cuando fue «capturado» ante Damasco. Esto fue para él lo que la visión del destino para los profetas. ¡Una mano se ha puesto sobre él y le zarandea cuando quiere huir como Jonás! Amós ha sentido esta coerción: «Bramando el león, ¿quién no temerá? Hablando Yahveh, ¿quién no será profeta?» (Am 3,8). Jeremías describe esta intervención de Dios y la subyugación del hombre llamado por la vocación: «Oh Yahveh, me sedujiste y debo seguirte: Has sido más fuerte que yo y me has vencido.

Y dije: No me acordaré más de Él ni hablaré más en su nombre: empero fue en mi corazón como fuego ardiente, no puedo soportarlo más, no lo sufro por más tiempo» (Jer 20,7.9). También Pablo sintió esta «imposición de Dios», esta invasión, este asimiento de Jesús en su corazón: «Una fuerza irresistible pesa sobre mí: y ¡ay de mí si yo no anunciare el Evangelio!» (1 Cor 9,16). Pero es una coerción indescriptiblemente dulce, que en todo dolor le inunda de felicidad. De ahí mana su sin par autoconciencia apostólica: Y si un ángel del cielo contradijese su Evangelio de la libertad, sea anatema. Sí, él mismo se incluye hipotéticamente en este anatema, en caso de que dijere otra cosa (Gal 1,8).

JOSEF HOLZNER, *El mundo de san Pablo*, Madrid, Patmos, 1951

La conversión de san Pablo, camino de Damasco

Palabras de Benedicto XVI en la audiencia general del 3 de septiembre de 2008

EN el camino de Damasco, en los inicios de la década del año 30 del siglo I, después de un período en el que había perseguido a la Iglesia, se verificó el momento decisivo de la vida de san Pablo. Sobre él se ha escrito mucho y naturalmente desde diversos puntos de vista. Lo cierto es que allí tuvo lugar un viraje, más aún, un cambio total de perspectiva. A partir de entonces, inesperadamente, comenzó a considerar «pérdida» y «basura» todo aquello que antes constituía para él el máximo ideal, casi la razón de ser de su existencia (cf. Fil 3,7-8) ¿Qué es lo que sucedió? [...]

Tal vez el lector medio puede sentir la tentación de detenerse demasiado en algunos detalles, como la luz del cielo, la caída a tierra, la voz que llama, la nueva condición de ceguera, la curación por la caída de una especie de escamas de los ojos y el ayuno. Pero todos estos detalles hacen referencia al centro del acontecimiento: Cristo resucitado se presenta como una luz espléndida y se dirige a Saulo, transforma su pensamiento y su vida misma. El esplendor del Resucitado lo deja ciego; así, se presenta también exteriormente lo que era su realidad interior, su ceguera respecto de la verdad, de la luz que es Cristo. Y después su «sí» definitivo a Cristo en el bautismo abre de nuevo sus ojos, lo hace ver realmente.

En la Iglesia antigua el bautismo se llamaba también «iluminación», porque este sacramento da la luz, hace ver realmente. En Pablo se realizó también físicamente todo lo que se indica teológicamente: una vez curado de su ceguera interior, ve bien. San Pablo, por tanto, no fue transformado por un pensamiento sino por un acontecimiento, por la presencia irresistible del Resucitado, de la cual ya nunca podrá dudar, pues la evidencia de ese acontecimiento, de ese encuentro, fue muy fuerte. Ese acontecimiento cambió radicalmente la vida de san Pablo. En este sentido se puede y se debe hablar de una conversión. [...]

El texto más claro sobre este punto se encuentra en su relato sobre lo que constituye el centro de la historia de la salvación: la muerte y la resurrección de Jesús y las apariciones a los testigos (cf. 1 Co 15). Con palabras de una tradición muy antigua, que también él recibió de la Iglesia de Jerusalén, dice que Jesús murió crucificado, fue sepultado y, tras su resurrección, se apareció primero a Cefas, es decir a Pedro, luego a los Doce, después a quinientos hermanos que en gran parte entonces vivían aún, luego a Santiago y a todos los Apóstoles. Al final de este

relato recibido de la tradición añade: «Y por último se me apareció también a mí» (1 Co 15, 8). Así da a entender que este es el fundamento de su apostolado y de su nueva vida.

Hay también otros textos en los que expresa lo mismo: «Por medio de Jesucristo hemos recibido la gracia del apostolado» (Rom 1,5); y también: «¿Acaso no he visto a Jesús, Señor nuestro?» (1 Co 9,1), palabras con las que alude a algo que todos saben. Y, por último, el texto más amplio es el de la Carta a los Gálatas: «Mas, cuando Aquel que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia tuvo a bien revelar en mí a su Hijo, para que le anunciase entre los gentiles, al punto, sin pedir consejo ni a la carne ni a la sangre, sin subir a Jerusalén donde los Apóstoles anteriores a mí, me fui a Arabia, de donde nuevamente volví a Damasco» (Gal 1,15-17). En esta «auto-apología» subraya decididamente que también él es verdadero testigo del Resucitado, que tiene una misión recibida directamente del Resucitado. [...]

El Resucitado habló a san Pablo, lo llamó al apostolado, hizo de él un verdadero apóstol, testigo de la Resurrección, con el encargo específico de anunciar el Evangelio a los paganos, al mundo grecorromano. Al mismo tiempo, san Pablo aprendió que, a pesar de su relación inmediata con el Resucitado, debía entrar en la comunión de la Iglesia, debía hacerse bautizar, debía vivir en sintonía con los demás Apóstoles. Sólo en esta comunión con todos podía ser un verdadero apóstol, como escribe explícitamente en la primera Carta a los Corintios: «Tanto ellos como yo esto es lo que predicamos; esto es lo que habéis creído» (1 Co 15,11). Sólo existe un anuncio del Resucitado, porque Cristo es uno solo. [...]

En relación con nuestra vida, podemos preguntarnos: ¿Qué quiere decir esto para nosotros? Quiere decir que tampoco para nosotros el cristianismo es una filosofía nueva o una nueva moral. Sólo somos cristianos si nos encontramos con Cristo. Ciertamente no se nos muestra de esa forma irresistible, luminosa, como hizo con san Pablo para convertirlo en Apóstol de todas las gentes. Pero también nosotros podemos encontrarnos con Cristo en la lectura de la Sagrada Escritura, en la oración, en la vida litúrgica de la Iglesia. Podemos tocar el corazón de Cristo y sentir que él toca el nuestro. Sólo en esta relación personal con Cristo, sólo en este encuentro con el Resucitado nos convertimos realmente en cristianos. Así se abre nuestra razón, se abre toda la sabiduría de Cristo y toda la riqueza de la verdad.

San Pablo, «el Apóstol»

RAMON GELPÍ

La conversión de san Pablo. Dibujo de Ignacio M^a Serra Goday sobre un fresco de Miguel Ángel (Capilla Paulina, Palacios Vaticanos)



ESTUDIAR la figura de san Pablo y su labor providencial en la expansión de la Iglesia, no es tarea fácil ni tampoco breve. San Pablo es parte esencial en el canon de Nuevo Testamento. Pero ciñéndonos a su actividad apostólica, en este año paulino en el que la Iglesia conmemora su nacimiento, vamos a esbozar aunque sea de forma un tanto sinóptica, la vida de este santo tan extraordinario apóstol y misionero.

En efecto, san Pablo es considerado por muchos el Apóstol por antonomasia. Santo Tomás cuando aporta su argumento de autoridad, especialmente en los «sed contra», nunca cita su nombre, escribe simplemente: «Dice el Apóstol...». También se le considera de forma muy generalizada el «Apóstol de los Gentiles», debido a su extensísima acción en el mundo griego, y sus viajes por las ciudades helenizadas del Mediterráneo. Pero, ciertamente, lo que más sorprende es que este apóstol, siendo tan importante, no sólo no formó parte de los Doce, sino que ni siquiera conoció a Jesucristo durante el tiempo de su vida pública.

La Providencia quiso que la expansión del mensaje de Cristo, la buena nueva, tuviera un soporte

especial, el apoyo de este gran santo que, como hemos dicho, fue a la vez místico y misionero; en definitiva, un verdadero apóstol. A este respecto es curioso observar que, en la iconografía, es frecuente que se incluya a san Pablo, como «uno de los Doce» y se le coloca en lugar de san Matías que, como relatan los Hechos de los Apóstoles, fue elegido antes de Pentecostés para sustituir a Judas Iscariote (Hch 1,23-26). Como ejemplo de esto, podemos referir que en la cripta del templo del Tibidabo hay una representación del Colegio Apostólico, con la Virgen María en el centro, recibiendo el Espíritu Santo (se advierten las lenguas de fuego sobre sus cabezas) en la que existe, con su nombre, la figura de san Pablo en lugar preeminente, y no aparece el recién nombrado Matías.

No es el único caso en la iconografía, pero evidentemente es incorrecto y además cronológicamente inexacto (la conversión de san Pablo es cinco o seis años posterior). Sirva este hecho para constatar la trascendencia del título de Apóstol por antonomasia de aquel que, habiendo perseguido a Cristo, recibió la gracia de la conversión. Cabe advertir que para que le veneremos como apóstol no es imprescindible

ble que haya formado parte de aquel primitivo colegio que el mismo Jesús eligió en su vida pública. En los Hechos hay numerosos ejemplos, entre los que se cuentan san Lucas, san Bernabé, san Marcos, etc. Todos ellos ejercieron su apostolado al servicio de la naciente Iglesia, y siempre bajo el primado de Pedro.

San Pablo es considerado también el primer teólogo. Seguramente no está mal la consideración, porque gran parte de la doctrina cristológica y también la teología moral se basan en los escritos de san Pablo (aunque no exclusivamente); pero conviene tener un criterio claro sobre esta cuestión, porque al margen de su formación personal en la escuela rabínica y su pertenencia a la secta de los fariseos, hay que pensar que tanto él como los demás apóstoles recibieron la luz del Espíritu Santo, y esto es mucho más importante que todos los conocimientos y la sabiduría que en razón de su procedencia pudieran tener.

En efecto, los apóstoles que escogió Jesús eran pescadores y, salvo tal vez san Bartolomé, ninguno de ellos tenía formación más allá de la regular asistencia a la sinagoga. Incluso se ve, leyendo los evangelios, que el apóstol que recibió el primado, Simón, hijo de Jonás, por sobrenombre Pedro, era un hombre rudo. La personalidad humana de san Pedro tiene un atractivo especial, es un hombre evidentemente fogoso y dispuesto, lanzado, todo corazón. Pero es también inconsecuente, y a veces débil y cobarde. Le ha pedido a Jesús andar sobre el agua, pero duda, y se hunde. Más adelante negará tres veces haber conocido a Jesús, y sin embargo ha sido capaz de defenderle con la espada. ¿Por qué nuestro Señor le escoge?

Dios no necesita valores humanos en sus discípulos para crear su Iglesia, porque este Pedro que en los evangelios aparece tan voluntarioso como simple, tras recibir el Espíritu Santo será capaz de escribir dos inspiradas epístolas, y lo mismo podríamos decir de Juan, de Santiago el menor y de Judas Tadeo. Pablo, en cambio, tiene una formación inicial superior, aunque al principio es enemigo de los cristianos. Dios lo escoge igualmente y mediante una intervención extraordinaria, pero también podríamos a su vez preguntarnos: ¿por qué Dios, en este caso, escoge a un hombre instruido y acreditado conocedor de la Ley y los profetas?

Dios da la sabiduría a quien quiere, pero también promueve a aquellos a los que en su Providencia ha querido incorporar a su plan de salvación. San Pablo será muy útil, especialmente en el apostolado en el mundo griego, pero no lo será solamente por su formación cultural sino porque, tocado por la gracia, va a ser el mayor de los apóstoles (aunque él mismo se considera el menor, por humildad; sin

embargo, reconoce, como los grandes santos, la obra de Dios en él).

Los antecedentes de san Pablo

PABLO nació en Tarso en Cilicia, región de Asia Menor, actualmente en Turquía. De la tribu de Benjamín, como el rey Saúl, se le impuso este nombre hebreo al ser circuncidado, a los ocho días. Su familia le educó estrictamente en la observancia de la secta de los fariseos, fieles cumplidores de la Ley judía (Fil 3,5). Por esta razón, a los quince años, fue a estudiar a Jerusalén en la famosa escuela rabínica dirigida por Gamaliel, también fariseo. Los Hechos de los Apóstoles aportan esta información, cuando san Pablo se presenta por primera vez en Jerusalén: «Yo soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero educado en esta ciudad, instruido a los pies de Gamaliel en la exacta observancia de la Ley de nuestros padres; estaba lleno de celo por Dios, como lo estáis todos vosotros el día de hoy» (Hch 22,3).

En su ciudad natal, como judío de la diáspora, utilizó el nombre latino de Saulo, por la similitud fonética de éste con el suyo. En la región oriental del Imperio romano, aunque se utilizaba habitualmente la lengua griega, era corriente que los nombres se adaptaran fonéticamente al latín. Saúl o Saulo había crecido en el entorno cultural griego, a pesar de su observancia religiosa judía y la administración imperial de Roma. Es de notar que tenía la ciudadanía romana, como él mismo afirma (Hch 22, 25-29), «por nacimiento», es decir, porque su padre era ya ciudadano romano. Esto le valdrá la protección del tribuno Claudio Lisias, al ser apresado años más tarde.

Como sabemos, san Pablo no conoció personalmente a Jesús. Entre los años 28 y 30, en los que Jesús predicaba públicamente por Galilea y finalmente en Jerusalén, probablemente san Pablo no estaba allí. Es muy posible que, después del tiempo en el que debió acudir a la escuela rabínica de Jerusalén, volviera a Tarso, su ciudad natal. Le vemos, no obstante, cinco años después de la Pasión y muerte del Señor, persiguiendo a los cristianos en Jerusalén. Pronto se destaca especialmente como perseguidor de lo que para él era «una secta perniciosa», y se dice de él que recibió, a petición propia, credenciales para apresar y conducir atados a los cristianos que pudiera encontrar en Damasco.

Conviene tener en cuenta que desde el tiempo en el que en Judea gobernaban los procuradores romanos, los judíos no podían dar muerte a nadie, y esto queda muy claro en el caso de la Pasión de Cristo, pero el sumo sacerdote sí tenía atribuciones para en-

carcelar, y también podía someter a los reglamentarios treinta azotes con tal de no producir intencionalmente la muerte. Al margen de esto, de hecho, se producían apedreamientos más o menos clandestinos y que las autoridades romanas toleraban, siempre que conviniera a las buenas relaciones con la autoridad rabínica. Este fue sin duda el caso del diácono san Esteban, en cuya lapidación colaboró san Pablo, siendo aún Saulo el Fariseo. Es la primera noticia que las Escrituras dan de san Pablo. Esto ocurrió en el año 35. Saulo aparece en el relato como un recto joven, fanáticamente dispuesto contra los cristianos. Se dice en los Hechos que Saulo estuvo presente, aprobándolo, cuando san Esteban, el primer mártir, fue apedreado y muerto.

La conversión

COMO hemos apuntado antes, el que todavía era conocido como Saulo, obtuvo cartas creenciales del sumo sacerdote con el fin de llevarse presos a los cristianos de Damasco «... Entretanto Saulo, respirando todavía amenazas y muertes contra los discípulos del Señor, se presentó al sumo sacerdote, y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, para que si encontraba algunos seguidores del Camino, hombres o mujeres, los pudiera llevar atados a Jerusalén ...» (Hch 9,1-2). Se entiende en la narración que ya era conocido en Jerusalén y tenía atribuciones para encarcelar a los seguidores de Cristo, y llevaba una fuerte dotación de «ministros» del Pontífice. Eran estos una guardia armada, del estilo de la que había prendido a Jesús en el huerto de Getsemaní; iban normalmente armados con espadas, y además utilizaban unas largas porras de madera que en sus manos resultaban temibles.

Pero Dios tenía sus planes, y llama a Saulo mientras iba de camino: «... cuando estaba cerca de Damasco, de repente le rodeó una luz venida del cielo, cayó en tierra y oyó una voz que le decía: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” Él respondió: “¿Quién eres, Señor?” Y él: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, entra en la ciudad y se te dirá lo que debes hacer”. Los hombres que iban con él se habían detenido mudos de espanto; oían la voz, pero no veían a nadie. Saulo se levantó del suelo, y, aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada. Le llevaron de la mano y le hicieron entrar en Damasco ...» (Hch 9,3-8).

La narración dice que Saulo pasó tres días sin comer ni beber. Entretanto, el Señor inspiró a Ananías, uno de sus discípulos de Damasco, para que asistiera a Saulo y le impusiera las manos. Dice el relato de los Hechos: «... Había en Damasco un discípulo

llamado Ananías. El Señor le dijo en una visión: “Ananías”. Él respondió: “Aquí estoy, Señor”. Y el Señor: “Levántate y vete a la calle Recta y pregunta en casa de Judas por uno de Tarso llamado Saulo; mira, está en oración y ha visto que un hombre llamado Ananías entraba y le imponía las manos para devolverle la vista”. Respondió Ananías: “Señor, he oído a muchos hablar de ese hombre y de los muchos males que ha causado a tus santos en Jerusalén y que está aquí con poderes de los sumos sacerdotes para apresar a todos los que invocan tu nombre”. El Señor le contestó: “Vete, pues éste me es un instrumento de elección que lleve mi nombre ante los gentiles, los reyes y los hijos de Israel. Yo le mostraré todo lo que tendrá que padecer por mi nombre” ...» (Hch 9, 10-16)

Ananías, cumpliendo el deseo de Jesús, fue a la casa donde estaba Saulo y le dijo: «... Saulo, hermano, me ha enviado a ti el Señor Jesús, el que se te apareció en el camino por donde venías, para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo ...». Y así, dice el relato de los Hechos que le cayeron unas escamas de los ojos, y recuperó la vista. Después fue bautizado.

Aquí los Hechos relatan simplemente: «... Tomó alimento y recobró las fuerzas. Estuvo algunos días con los discípulos de Damasco ...» (Hch 9,19) e inmediatamente le sitúan en la misma ciudad, predicando por las sinagogas. Sin embargo, se cree con fundamento que tras esos breves días primeros, en que se llenó de celo apostólico, como todos los santos vio su indignidad y se apartó del mundo para pasar tres años en oración. Pensó que necesitaba mucha purificación y para ello se retiró a un lugar desierto. Él mismo, en su epístola a los Gálatas menciona Arabia, aunque probablemente se trata de un lugar solitario, no muy lejano, al sur de Damasco (Gal 1,17). Allí recibió una visión mística que le constituyó en Apóstol, y en la que recibió un conocimiento extraordinario de Jesucristo, sin haber convivido con Él. Se sabe con certeza que san Pablo tuvo coloquios con Aquel al que perseguía, camino de Damasco, y esto se trasluce en varios de sus escritos. Veamos en primer lugar la Epístola a los Gálatas:

«... Porque os hago saber, hermanos, que el Evangelio anunciado por mí, no es de orden humano, pues yo no lo recibí ni aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo. Pues ya estáis enterados de mi conducta anterior en el judaísmo, cuán encarnizadamente perseguía a la Iglesia de Dios y la devastaba, y cómo sobrepasaba en el judaísmo a muchos de mis compatriotas contemporáneos, superándoles en el celo por las tradiciones de mis padres. Mas, cuando Aquel que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su

gracia, tuvo a bien revelar en mí a su Hijo, para que le anunciase entre los gentiles, al punto, sin pedir consejo ni a la carne ni a la sangre, sin subir a Jerusalén donde los apóstoles anteriores a mí, me fui a Arabia, de donde nuevamente volví a Damasco. Luego, de allí a tres años, subí a Jerusalén para conocer a Cefas y permanecí quince días en su compañía ...» (Gal 1,11-18)

Este fragmento, bastante esclarecedor, tiene también relación con lo que san Pablo escribió en su epístola II a los Corintios y que se supone fechada en el año 58:

«... Yo conozco a un hombre en Cristo, que catorce años ha (si en cuerpo o fuera del cuerpo no lo sé, sábelo Dios) fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y sé que este mismo hombre (si en cuerpo o fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe) fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables, que no es lícito a un hombre explicarlas. De semejante hombre podré gloriarme; mas en cuanto a mí, de nada me gloriaré sino de mis flaquezas ...» (II Corintios 12,2-5)

La conversión de san Pablo no fue, por lo tanto, un proceso de convicción intelectual, fruto de su formación; fue una acción directa de Aquel que le llamó en el camino de Damasco y le inspiró a lo largo de su vida, y especialmente durante los tres años de su preparación espiritual antes de iniciar su apostolado. Cristo mismo le iluminó, y Él mismo le incorporó al Colegio apostólico. Es pues el último apóstol constituido: «... Y en último término se me apareció también a mí, como a un abortivo ...» (I Cor 15,8).

Pablo inicia su predicación

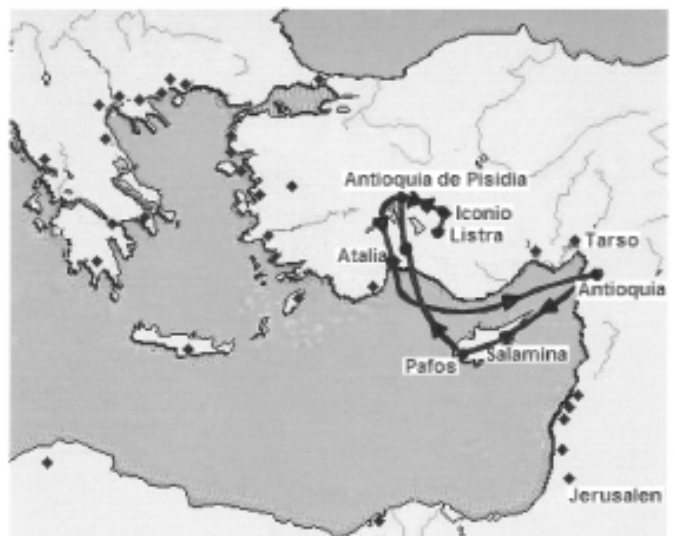
DESPUÉS de este período en el que se puso en manos de Dios, y recibió místicamente del propio Cristo la luz de la fe, inició su predicación entre los judíos de la populosa Damasco: «... y enseguida se puso a predicar a Jesús en las sinagogas: que él era el Hijo de Dios. Todos los que le oían quedaban atónitos y decían: “¿No es éste el que en Jerusalén perseguía encarnizadamente a los que invocaban ese nombre, y no ha venido aquí con el objeto de llevárselos atados a los sumos sacerdotes?”. Pero Saulo se crecía y confundía a los judíos que vivían en Damasco demostrándoles que aquél era el Cristo ...» (Hch 9,20-22).

Esto provocó una fuerte reacción por parte de los judíos ortodoxos que, lógicamente, le consideraban un traidor. Era tan fuerte la persecución, que tuvo que escaparse dejándose bajar de la muralla de la ciudad en una canasta. «... Al cabo de bastante tiempo los judíos tomaron la decisión de matarle. Pero

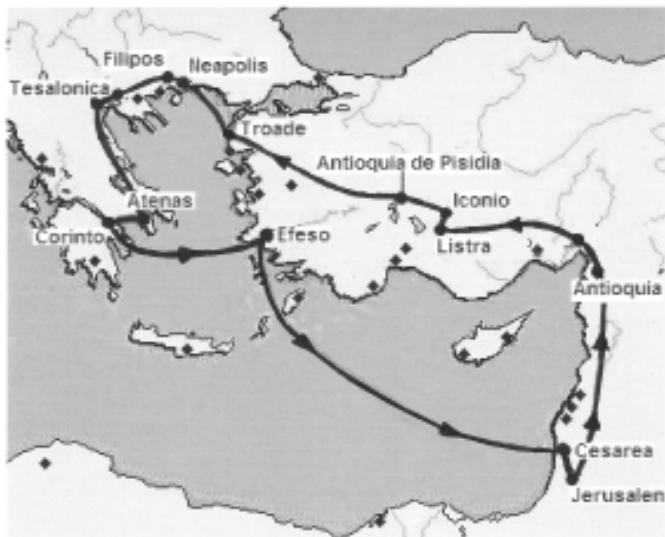
Saulo tuvo conocimiento de su determinación. Hasta las puertas estaban guardadas día y noche para poderle matar. Pero los discípulos le tomaron y le descolgaron de noche por la muralla dentro de una espuerta ...» (Hch 9,23-25).

San Pablo debió de sufrir persecución durante casi toda su vida apostólica. Al llegar a Jerusalén se encontró nuevamente con la persecución de los judíos, a la que se añadió la natural desconfianza de los cristianos, a causa de sus antecedentes como perseguidor de la naciente Iglesia. Por último, también los judíos helenizados, de los que había un núcleo poderoso en Jerusalén (los saduceos, entre otros), acabaron queriendo atentar contra él: «... Llegó a Jerusalén e intentaba juntarse con los discípulos; pero todos le tenían miedo, no creyendo que fuese discípulo. Entonces Bernabé le tomó y le presentó a los apóstoles y les contó cómo había visto al Señor en el camino y que le había hablado y cómo había predicado con valentía en Damasco en el nombre de Jesús. Andaba con ellos por Jerusalén, predicando valientemente en el nombre del Señor. Hablaba también y discutía con los helenistas; pero éstos intentaban matarle ...».

Este rechazo de los judíos causó mucho dolor a san Pablo, y no tanto porque le rechacen a él, sino porque mayoritariamente el pueblo al que Dios escogió, se niega a aceptar a Cristo. San Pablo siempre mantuvo el sentimiento de su pertenencia al pueblo escogido, y se duele de esta falta de conversión: «... Digo la verdad en Cristo, no miento –mi conciencia me lo atestigua en el Espíritu Santo– siento una gran tristeza y un dolor incesante en el corazón. Pues desearía ser yo mismo anatema, separado de Cristo, por mis hermanos, los de mi raza según la carne –los israelitas–, de los cuales es la adopción filial, la gloria, las alianzas, la legislación, el culto,



Primer viaje de san Pablo



Segundo viaje de san Pablo

las promesas, y los patriarcas; de los cuales también procede Cristo según la carne, el cual está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos. Amén ...» (Rom 9,1-5).

Sin embargo, este mismo Apóstol será el que defienda que los conversos queden eximidos de la antigua Ley. Esto afectará especialmente a los que procedían del mundo gentil, o griego, a los que al principio, algunos les exigían la circuncisión prescrita por la Ley de Moisés. Esta controversia, que con absoluta sumisión al Primado mantuvo san Pablo (Gal 2,14), fue dilucidada como veremos, en el Concilio de Jerusalén.

Pablo estuvo pocos días en Jerusalén para evitar las suspicacias, y nuevamente regresó a su ciudad natal de Tarso. Otra vez se unió Bernabé y juntos viajaron a la Antioquía siriana, donde encontraron tantos seguidores que fue fundada por la constancia de los primeros cristianos. Fue aquí donde los discípulos de Jesús fueron llamados cristianos por primera vez (eran más conocidos como «nazarenos»). Después que regresaron a Jerusalén, una vez más, para asistir a los miembros de la Iglesia que estaban escasos de alimentos, estos dos misioneros regresaron a Antioquía.

Cronología de san Pablo

TRAS esta primera misión en Antioquía, san Pablo realizó, que se sepa, tres grandes viajes apostólicos por Asia Menor y Grecia. Por razones de espacio no vamos a detallarlos en este artículo, pero una detenida lectura de los Hechos de los Apóstoles puede ilustrarnos muy bien, y hacernos comprender la importancia de tales viajes. Nosotros, para facilitar su comprensión, vamos a englobarlos

aquí, dentro de una breve cronología, que además puede ayudarnos a tener una perspectiva de esta actividad apostólica de la que estamos hablando:

- Año 35: Muerte de san Esteban, apedreado a las afueras de Jerusalén.

- Año 36: Conversión de Saulo camino de Damasco. Es bautizado, recibe el Espíritu Santo y se retira al desierto.

- Año 39: Saulo va a Jerusalén y habla con Pedro. Es presentado por Bernabé.

- Año 43: Saulo va a Antioquía con Bernabé. Encuentro con Lucas, que será su colaborador más importante.

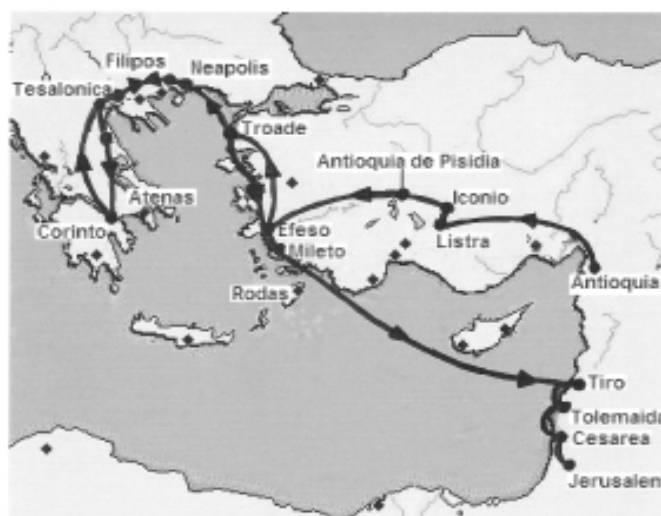
- Año 44: Herodes Agripa, amigo del emperador Claudio, recupera el trono de su abuelo (el de los Inocentes) y persigue a los cristianos. Manda degollar a Santiago Zebedeo, hermano de Juan.

- Año 45 a 49 aprox.: Primer viaje de san Pablo con Bernabé y Marcos, especialmente al principio. Embarcaron en dirección a Chipre y después realizaron un periplo por el sur de la actual Turquía (Perge, Pisidia, Listra, etc.).

- Año 49: Concilio de Jerusalén. (Hch 15,1-31). Se dilucidaron las cuestiones relativas a la incorporación de los gentiles conversos a la Iglesia de Cristo.

- Años 50 - 52: Segundo viaje de san Pablo, que le llevó a evangelizar en la misma Grecia. Llegó a Atenas, y defendió la resurrección de los creyentes en Cristo, ante un auditorio, al parecer respetuoso, pero materialista. A la vuelta pasó por Éfeso.

- Años 53 - 58: Tercer viaje de Pablo. Nuevamente desde Antioquía se dirigió a Grecia y recorrió



Tercer viaje de san Pablo



San Pablo predicando en el Areópago de Atenas,
pintura de Rafael

Filipos, Tesalónica, etc. Después volvió nuevamente a Jerusalén, esta vez por mar.

- Año 58: Tumulto en el Templo contra san Pablo, prisión de Pablo por la autoridad romana. Cuando va a ser azotado, Pablo se defiende como ciudadano romano ante el tribuno Lisias.

- Años 58 - 60: Cautividad de Pablo. Es llevado a Cesarea para evitar la rebelión de los judíos que conspiran contra él.

60: Viaje a Roma como prisionero. Naufragio en Malta. Lucas acompaña a Pablo.

61 - 63: Cautividad en Roma (Hch 28,30). Lucas está con él (entretanto muere Santiago el Menor [año 62]).

Muerte de san Pablo

Los Hechos de los Apóstoles terminan el relato de forma brusca, tras la llegada de san Pablo a Roma, en el tiempo en el que san Lucas, su autor, estuvo con él. Lo que ocurrió después no se conoce más que por algunas tradiciones más o menos fundadas. Se sabe, por la epístola a los romanos, que quería visitar Hispania (Rom 15,24-28). No se sabe con certeza si lo llegó a cumplir, pero tampoco hay pruebas de que cambiara su decisión, y por otra parte existe la creencia en Tarragona de su paso por la provincia romana de la que fue Tarraco su capital. Según la tradición, san Pablo y santa Tecla fundaron en esta ciudad, la primera Iglesia cristiana de la península.

En todo caso, después de juzgado en Roma quedó en libertad, lo que le permitió continuar sus viajes apostólicos; pero es imposible obtener un relato completo, salvo algunas citas dispersas de las epístolas. Sabemos con certeza que, volviendo a Roma, fue nuevamente apresado. Su segunda epístola a

Timoteo da a entender que está en grave peligro aunque mantiene su confianza en el Señor: «... Por este motivo estoy soportando estos sufrimientos; pero no me avergüenzo, porque yo sé bien en quién tengo puesta mi fe, y estoy convencido de que es poderoso para guardar mi depósito hasta aquel día ...» (II Timoteo 1,12).

Después de dos años en cadenas sufrió martirio en Roma, durante la persecución de Nerón y, probablemente al mismo tiempo que el apóstol Pedro, que ya era entonces obispo de la Iglesia de Roma. San Pablo, por ser ciudadano romano, no fue crucificado sino degollado. Según una antigua tradición su martirio fue cerca de la Via Ostiense, en la plaza de Tre Fontane. Fue enterrado, como es sabido, en el lugar donde se alza hoy la majestuosa basílica de San Pablo Extramuros.

San Pablo, «el Apóstol»

ESTA es, muy resumida, la vida apostólica de san Pablo que por los escritos del Nuevo Testamento nos es dado conocer. Es evidente que, aunque sólo sea por lo que conocemos, el santo de Tarso puede ser llamado «Apóstol» por antonomasia con pleno derecho. Su presencia en la naciente Iglesia fue absolutamente providencial para la expansión del cristianismo por el mundo griego y romano, y no lo fue menos en ocasiones tan ecuménicas como el Concilio de Jerusalén, por ejemplo. No sorprende, por lo tanto, que la Iglesia le venera emparejado con el propio san Pedro. Esto es particularmente visible en la basílica de San Pablo Extramuros, edificada sobre el lugar donde fue sepultado, cuya puerta central aparece flanqueada por ambas figuras. Estas monumentales esculturas custodian la entrada del santo lugar en el que, durante este año y hasta junio del año próximo, se celebra el Jubileo paulino.

Filipos: la primera Iglesia en Europa

GERARDO MANRESA PRESAS

EN su segundo viaje apostólico, hacia finales del año 49, san Pablo y sus tres compañeros,¹ pusieron los pies por primera vez en suelo europeo, Macedonia. En otro tiempo vivió aquí un pueblo guerrero y valeroso, que por la atrevida empresa de un joven rey fue célebre en el mundo. Al principio del primer libro de los Macabeos dice: *Y sucedió que después que Alejandro de Macedonia hubo derrotado a Darío, rey de los medos y de los persas, tomado por asalto todas las fortalezas, vencido a todos los reyes de la tierra y penetrado hasta en los últimos términos de la tierra, enmudeció el mundo delante de él... Después cayó enfermo y conoció que había de morir.* Entre todos los pueblos de la antigüedad, Macedonia fue, quizás, el que más se pareció a Roma. El año 167 a JC, los romanos conquistaron el país y lo dividieron en cuatro distritos de Gobierno, de los cuales Tesalónica y Filipos eran los más importantes.

Filipos, ciudad fundada por el padre de Alejandro, había venido a ser una ciudad provincial típica romana, una Roma en pequeño, con foro, teatro, acrópolis y murallas fortificadas. El emperador Augusto había elevado la ciudad a la categoría de colonia militar romana con derecho municipal itálico y exención de tributos. Esto había hecho que muchos soldados veteranos romanos se quedasen a vivir en ella. Los ciudadanos estaban orgullosos de su constitución, favorable a la libertad, pues, a la manera de los cónsules romanos, podían elegir cada año dos alcaldes o *arcontes*, llamados también *estrategas*.

Junto a ellos vivían aún los descendientes naturales de Macedonia y Tracia, que el rey Filipo había establecido allí, pues en el monte Pangeo, que domina sobre la ciudad, se podía encontrar de oro. Estos habitantes eran difíciles de tratar, los hombres eran ásperos soberbios y tercos, y las mujeres, libres y

ansiosas de independencia, tomaban parte en las elecciones y turbulencias políticas. Si aquí las mujeres se hacían cristianas podían ejercer gran influencia para la extensión de la fe cristiana. Esta era la ciudad adonde llegaron san Pablo y sus compañeros.

Establecimiento en casa de Lidia. Las mujeres en la extensión del Evangelio

Como en todos los viajes, en los días siguientes a su llegada, indagaban las perspectivas y puntos de contacto para la predicación. En Filipos vivían pocos judíos y no había sinagoga, pero reconocieron, en un lugar cerrado, rodeado de un muro o cercado por un seto, junto al río Gangas, un lugar preparado para la oración de los pocos judíos y sus prosélitos y así, el sábado siguiente, acudieron allí a orar. Encontraron sólo mujeres, parte judías y parte gentiles temerosas de Dios. Ante ellas pudo san Pablo dar libre curso a su corazón. Entre este grupo de mujeres podía verse a una mujer pagana, ricamente vestida, especialmente interesada en lo que toca a la religión, la cual no era de Filipos, sino venida de Tiatira, en la región de Lidia; por eso su nombre era Lidia. Era una rica comerciante, viuda, que seguramente después de la muerte de su esposo continuó el negocio de telas de púrpura.² También debían asistir a este primer sermón de san Pablo, las jóvenes Evodia y Sintique, que más tarde rivalizaron entre sí, por lo que san Pablo, en su carta a los filipenses, les exhorta afectuosamente a la paz.³

Tan pronto oyó hablar de Jesús, la joven viuda reconoció al punto al que era el camino, la verdad y la vida. San Lucas nos lo cuenta de una forma, dice: *El Señor le abrió el corazón, para que escuchase atentamente las palabras de san Pablo.*

Aunque debía ser una mujer prudente y reflexiva, pues llevaba un negocio, con extraordinaria rapidez solicitó recibir el bautismo. Quizás fuera el

1. Los tres compañeros de san Pablo eran: *Silas o Silvano*, que había salido junto con él desde el inicio del viaje en Antioquia; *Timoteo*, joven de una familia de Derbe, que san Pablo había convertido en su primer viaje; *Lucas*, médico antioqueno, a quien san Pablo conocía desde Antioquia y encontró en Troade (Troya); Lucas, desde aquí le siguió, pues a partir de aquí en el libro de *Los Hechos de los Apóstoles*, el narrador cuenta el viaje en primera persona, con la palabra *nosotros*.

2. Tiatira era muy conocida desde antiguo por su comercio de púrpura. La púrpura era una tela preciosa muy cara.

3. Fil 4,2.

mismo día, la noche del sábado al domingo, cuando bajaron con san Pablo hasta el río Gangas, junto con las otras mujeres convertidas y recibieron el bautismo.

La resuelta actitud de Lidia, que pronto dispuso también que todos sus criados recibiesen el bautismo, hace sospechar que ya en Tiatira debió haber oído hablar de Jesús.

La segunda decisión rápida que tomó Lidia fue que invitar a los misioneros a dejar su residencia y a alojarse en su espaciosa casa, pues les dijo: *Si me tenéis por fiel al Señor.*⁴ San Lucas comenta: *y nos obligó a ir.* Seguramente Lidia creía que su casa grande era un lugar adecuado para las reuniones de la futura comunidad cristiana, también su pundonor cristiano, su necesidad maternal, e incluso, por qué no, su ambición mujeril, de tener la satisfacción de albergar la primera Iglesia cristiana de Filipos. Desde entonces la casa de Lidia fue el centro de la actividad de san Pablo y, a partir de entonces, la Iglesia de Filipos fue de las que más ayudó a san Pablo en sus necesidades, y seguramente Lidia, fue un fuerte pilar de dicha Iglesia. Dice san Pablo en su carta a los filipenses: *Vosotros lo sabéis, filipenses míos: cuando comencé a predicar el Evangelio entre vosotros, y después salí de Macedonia, ninguna comunidad entró conmigo en una relación del mutuo dar y recibir, sino solamente la vuestra. Pues incluso cuando estaba yo en Tesalónica me habéis enviado más de una vez algo para socorrer mi necesidad.*⁵ *Muchas de estas dádivas debían salir de las manos de Lidia.*

Cuando el Evangelio vino a Europa, llegó primeramente a las mujeres, porque los hombres no estaban presentes, como también entre los samaritanos fue una mujer a la que Jesús inició en el misterio del reino de Dios. Las mujeres fueron las últimas al pie de la cruz, en la sepultura, así como las primeras junto al sepulcro vacío. En las tristes historias de hipocresías, odios, persecuciones, injurias, deserciones y cobardes huidas, en el Evangelio, no hallamos a ninguna mujer. Los hombres, como mensajeros de la fe y misioneros y defensores de los intereses religiosos están más en la luz del reverbero; pero ¿donde estaría la Europa cristiana sin la mujer cristiana en casa, como madre, esposa, hermana, como auxiliadora virginal-maternal de toda clase de miserias?

San Pablo supo ver todo esto en la mujer y la emplea activamente en su misión. En todas sus cartas dispensa saludos y reconocimiento para las mujeres; aprecia Priscila, que instruye al docto Apolo,

4. Hch 16,15.

5. Fil 4,15-16.



San Pablo, de El Greco

reconoce los servicios de Cloe en Corinto, de Febe en Cencreas, etc.

La comunidad primitiva de Filipos presentaba la novedad de que, en su mayor parte, era pagano-cristiana y apenas tenía nada de judía. Las buenas mujeres hacían un excelente trabajo de propaganda y san Pablo y Silas habían ya ganado a multitud de almas, que se juntaban ya en casa de Lidia, o bien junto al río Gangas.

Pablo encarcelado por causa de las pérdidas económicas de los sacerdotes de Apolo

Y otra vez fue una mujer la que hubo de dar un nuevo rumbo a la Iglesia en Filipos. Pero esta vez no era una juiciosa mujer, sino una muchacha muy nerviosa, una medium. Una muchacha que estaba en contacto con el mundo de los espíritus; tenía un espíritu de adivinación, y era un oráculo bajo la protección del dios Apolo, dios de la profecía. Leía los pensamientos y veía lo venidero, por lo que podía descubrir a la gente sus pensamientos ocultos y predecir suertes; también, en sus situaciones hipnóticas podía fingir las voces de espíritus de ultratumba en los más diversos idiomas. Semejantes adivinas tenían entonces, como hoy, gran éxito de seguidores, pero ella era esclava y era una gran

fuente de entrada de dinero para sus amos. Por una esclava así se pagaba gran precio. Dicha esclava pertenecía a la corporación de los sacerdotes paganos, los cuales le sacaban gran rendimiento económico.

Cuando pasaba san Pablo y sus compañeros, las fuerzas espirituales de la muchacha le impulsaron a gritar: *Estos hombres son siervos del Dios altísimo, que os anuncian el camino de la salvación.*⁶ No era que ella hubiera creído, sino que el demonio, que la poseía, se vio obligado a revelar el poder superior en san Pablo y Silas. Jesús, en su vida pública, nunca aceptó ningún testimonio de los demonios que públicamente gritaban a través de sus posesos; san Pablo, siguiendo el mismo camino, conoció al momento el origen hostil a Dios que había en aquella confesión y no quiso poner en riesgo el Evangelio. La religión de Jesús no tiene nada que ver con las fuerzas de la magia y en este momento debía manifestar la superioridad del cristianismo sobre el reino de los demonios. San Pablo mandó al demonio que saliese de la muchacha en nombre de Jesús, y, al momento, cambió la expresión de su cara. Cristo entró en su alma y sus ojos se llenaron de lágrimas de agradecimiento a su bienhechor. San Pablo se había vuelto a encontrar con el poder siniestro que tiranizaba el mundo antiguo no redimido y formaba lo característico del paganismo.

Los sacerdotes de Apolo, codiciosos de dinero, ante el derrumbe de su negocio, movilizaron, contra el Apóstol, a los habitantes y a las autoridades de la ciudad, a quienes la pobre muchacha endemoniada cantaba sus profecías.

Hasta entonces los principales enemigos de san Pablo habían sido los judíos, que no aceptaban la predicación de san Pablo, por temas religiosos, y ya ellos directamente, ya a través de las autoridades romanas perseguían al Apóstol; sin embargo ahora los paganos le deberían perseguirlo por temas de dinero, pero, como la adivinación no estaba protegida por la ley y nada hubieran obtenido por una reclamación de daños y perjuicios, trasladaron a las autoridades el problema al terreno político y nacional: *Estos hombres ponen a nuestra ciudad en confusión. Son judíos y anuncian una manera de vivir que nosotros, como romanos, no podemos admitir ni practicar.* En ellos había algo de verdad, la religión predicada por san Pablo y Silas era muy contraria a las costumbres y usos de la colonia romana. El cristianismo arrebató a la gente de su descuidada tranquilidad y manera de vivir y no es una mera forma de pensar, sino una forma de vida.

6. Hch 16, 16.

Los pretores, viendo que los acusados eran judíos, sin informarse siquiera sobre ellos y sin querer entrar en el tema, decidieron someterlos a un apaleamiento, sin juicio previo, ni siquiera dejarles hablar, pues ambos eran ciudadanos romanos y hubieran podido evitar el castigo. Pero una duda nos asalta, ¿no fueron capaces ellos de adelantarse al castigo y recordar a las autoridades que ellos eran ciudadanos romanos? Pero debemos ver las cosas como las veía san Pablo y su postura era clara, solo se declarará ciudadano romano cuando lo crea útilísimo para la causa del Evangelio y su provecho; si ahora han de sufrir un sacrificio por esta causa, no debían evitarlo. Sólo más tarde, cuando ya no le sirva para ahorrarle ningún sufrimiento confesará su ciudadanía. Esta forma de actuar de la justicia, con este procedimiento ilegal sin averiguación, como lo fue el juicio de Jesús ante Pilatos, era normal en el mundo pagano, cruel y duro y que más tarde lo reflejó san Pablo en su carta a los romanos hablando de la inhumanidad e insensibilidad como carácter del paganismo. En el mundo pagano no había amor.

En la cárcel de Filipos. Conversión del carcelero y de su familia

LA cárcel de Filipos estaba en la parte alta de la ciudad, en la acrópolis. Sus celdas estaban excavadas en el monte y cerradas al exterior con puertas de madera y cerrojos también de madera. Como dice el texto de los Hechos, el carcelero les *sujetó los pies en el cepo*, pero no era esto únicamente, sino que, normalmente, las muñecas y el cuello de los prisioneros eran metidos, en argollas de hierro, sujetas con cadenas a un gancho del muro; habían de estar sentados con la parte superior incorporada. El apaleamiento a que habían estado sometidos debía aumentar la incomodidad de la postura. Además de este dolor físico, resonaban cerca de ellos las maldiciones, los gritos y gemidos que daban los restantes prisioneros. San Pablo y Silas, confiando en el Señor, se pusieron a orar.

Pasada la tercera vigilia de la noche, después del relevo de la guardia, los cánticos de Pablo y Silas resonaron en toda la cárcel y todos los otros encarcelados enmudecieron sorprendidos para oír estos cánticos celestiales. ¿Cómo puede ser que unos presos doloridos y maltrechos puedan cantar himnos y cánticos piadosos, en vez de maldecir? ¿Que dios les da fortaleza? Pablo y Silas están seguros de su causa.

¿Qué ocurría en la naciente Iglesia de Filipos? ¿Dónde estaban Timoteo y Lucas? Como se deduce del relato Timoteo y Lucas estaban cuando Pablo



El martirio de san Pablo. Grupo escultórico de Alessandro Algardi (San Pablo Mayor, Bolonia)

sacó el demonio de la muchacha, sin embargo no fueron detenidos. Ellos, junto con todos los fieles filipenses, debían estar en oración. Podemos pensar que, al igual que cuando san Pedro estuvo encarcelado en Jerusalén, todos los fieles congregados en casa de María, madre de Marcos, estaban en oración, así ahora, Timoteo y Lucas,⁷ estarían en casa de Lidia, junto a todo el pueblo cristiano, pidiendo al Señor por Pablo y Silas.

Y el Señor hizo ver su voluntad con un terremoto, hecho no inusual en aquella zona del mar Egeo. Siempre después de un terremoto, las personas quedan sorprendidas y esperan una nueva sacudida. En este caso, pasada la sorpresa, todos los presos, observando las cadenas y los cepos rotos, se vieron libres y empezaron a desembarazarse de ellos, pero Pablo y Silas se llegaron hasta ellos, tranquilizándolos e impidiendo su huída. El carcelero llegó de su casa y, entre la oscuridad reinante, ve las puertas abiertas y cree que los presos se han escapado; su primera intención fue el suicidio, por miedo a la jus-

7. A partir del momento en que son detenidos san Pablo y Silas, Lucas vuelve a hablar en tercera persona. Ello significa que a partir de Filipos, Lucas no sigue a san Pablo hasta que en su tercer viaje, después de abandonar Éfeso, vuelve a Tróade.

ticia romana. Pero una voz desde dentro le salvó la vida. *¡No te hagas ningún daño! ¡Estamos todos todavía aquí!*

¡Cual no sería el cambio del estado de ánimo de aquel carcelero, de la desesperación por su desgracia a la gratitud hacia aquellos que le han salvado la vida! Vio en ellos como unos mensajeros de la divinidad, como la adivina ya había pregonado. Después de contemplar el apaleamiento, sin protestar, de verlos encerrados en la prisión y dedicarse a orar y cantar, en vez de maldecir, y, ahora, libres como estaban, permanecer dentro de la cárcel sin huir, comprendió, realmente, que aquellos hombres eran *siervos del Dios altísimo*, como gritó la muchacha.

La actitud del carcelero muestra la inconsistencia del paganismo, la falta de valor, la inseguridad de la vida; en ninguna parte firmes principios y luces, solo sentimiento, impresiones, congoja y esperanza y el hombre se ve lanzado de una a otra. No hay ningún firme apoyo en el que el alma pueda tener seguridad. Sus dioses tenían ojos y oídos, pero no veían ni oían, no se cuidan de las necesidades del hombre. Pero el carcelero se ha dado cuenta que el Dios de estos prisioneros, si que les ha respondido y desde el fondo de su alma le sale esta pregunta: *Señores, ¿qué he de hacer para salvarme?. ¿Cual es el camino para disponerme favorablemente a este Dios vuestro?*

Y reuniendo el carcelero a todos los de su casa, tiene lugar la catequesis bautismal más original que se relata en los Hechos de los Apóstoles, de noche, en el patio de la prisión de Filipos. Pablo y Silas, a pesar de su situación, los horrores del día anterior, sus vestidos empapados en sangre, el dolor desde los pies a la cabeza por el cepo, las argollas y las cadenas, el hambre en el estómago, etc. no dudan en cumplir su obligación, con alegría: llevar aquellas almas a Dios es lo único en que piensan.

No podemos creer que aquellos hombres se hicieran cristianos en un momento, los dos apóstoles no eran personas que bautizaran a neófitos solo por bautizarlos. Pero si el tiempo apremiaba ellos sabían bien que lo importante era la disposición a recibir la gracia, la conmoción del corazón, la *fides implícita* del alma naturalmente cristiana, renunciando para más adelante la instrucción dogmática, pues los sucesos que había vivido en esta noche, realmente, valían por un largo catecumenado. El mismo carcelero, al hablarle Pablo del Bautismo le dijo: *¿Qué impide que nos bauticemos ahora?.* Viendo Pablo su deseo de salvación, concluyó su catequesis diciéndole: *Cree en el Señor Jesús, y te salvarás tú y tu casa.* Y así, a la salida del sol, en la fuente del patio de la cárcel fue bautizada toda la familia.

El ágape y la vuelta a la cárcel. La liberación y su ciudadanía romana

LA mujer del carcelero, como normalmente ocurre, fue la primera que pensó en qué podía asistir a los dos apóstoles y en seguida, después del bautismo, los llevó a casa para prepararles, mientras su marido se dedicó a curar las heridas del apaleamiento del día anterior y de los cepos y argollas de la cárcel. En aquella casa había entrado el amor. Nos podemos imaginar con qué cariño y veneración tanto el marido como la esposa cuidarían de los apóstoles. Nada que ver con el clima de la casa de unas horas antes, incluso el amor entre los esposos había cambiado. La gracia del bautismo ya hacía efecto.

¡Que ambiente debía reinar en aquel primer banquete para solemnizar el bautismo! Con toda seguridad podemos imaginar que esta comida Pablo la debió transformar en un ágape y banquete eucarístico y dando a los recién convertidos la sagrada Comunión.

Después de aquel día y aquella noche de sufrimiento y los éxitos y alegría posteriores, san Pablo debió sentir este consuelo: ¡Sí, vale la pena padecer algo por el Evangelio!

Después de todo lo sucedido en esta noche, tanto san Pablo como Silas, vuelven a la cárcel, obedeciendo lo decretado por la autoridad, aunque fuera injustamente. A la mañana siguiente las autoridades, quizás con remordimiento por su proceder del día anterior, hacen decir al carcelero que suelte a aquellos hombres; sin embargo, ahora san Pablo les dice a los lictores enviados, que les transmita a las autoridades que no admite que, después de un castigo público como el que sufrieron, les hagan salir secretamente y de escondidas, como si realmente fueran unos indeseables, pues, tanto él como Silas, eran ciudadanos romanos, que no se merecían aquel castigo. Al oír que poseían la ciudadanía romana, cambió por completo la actitud de las autoridades, los pretores tuvieron miedo y ellos mismos fueron a la

cárcel y les rogaron que se fueran de la ciudad.

La declaración de la ciudadanía romana la quiso reservar san Pablo, ahora, para el bien de la Iglesia naciente de Filipos, pues si debían marchar secretamente, después de un castigo público de la autoridad romana, parecía que toda su enseñanza apostólica habría de quedar en entredicho y la nueva Iglesia muy afectada. Hasta ahora los que habían maltratado y expulsado a san Pablo y sus acompañantes, en sus misiones apostólicas, eran los judíos, que no querían aceptar el Evangelio, aunque no tenían ninguna autoridad para hacerlo, pero ahora era la primera vez que la autoridad establecida juzgaba y, sin razón, condenaba un hecho. San Pablo no podía abandonar a la naciente Iglesia como si fuera un delincuente y por ello sacó a relucir su ciudadanía romana. Ello le permitió, antes de abandonar la ciudad, reunirse con toda la Iglesia de Filipos, en casa de Lidia, ordenar presbíteros y directores y darles las instrucciones y directrices para cuidar el rebaño.

Una vez organizada la Iglesia de Filipos, san Pablo, junto con Silas y Timoteo abandonaron la ciudad.

La Iglesia de Filipos, fue la primera creada por san Pablo en Europa, y siempre estuvo en contacto con ella. La llevaba en el corazón. Fue la única comunidad a la que nunca tuvo necesidad de dirigir una reprensión y a la que permitía, por excepción, que le socorriese en su pobreza con dinero. Siempre estaba a punto para socorrer las necesidades de todas las Iglesias, y cuando san Pablo estuvo encarcelado en Roma, no le faltó el auxilio de sus amados filipenses.

En su segunda carta a los Tesalonicenses les escribe: *Aunque, como sabéis, antes en Filipos tuvimos que sufrir padecimientos y malos tratos.*⁸ Esta afrenta fue el primer agradecimiento de Europa a san Pablo por su Evangelio. Siempre tuvo san Pablo una ternura maternal para con su querida Iglesia de Filipos.

8. 1 Tes 2,2.



Un ágape de los primeros cristianos. Roma, Catacumbas de San Calixto (siglo III)

Enseñanzas fundamentales de la Carta a los Romanos

JUAN ANTONIO MATEO GARCÍA, Pbro.



San Pablo escribiendo sus epístolas.
Cuatro atribuido a Valenín de Boulogne
y a Nicolás de Tournier

EN este Año Paulino que hemos iniciado sería un ejercicio aconsejable y tal vez el mejor homenaje al Apóstol, releer pausadamente el conjunto de sus cartas. Personalmente es un propósito que me he hecho y que he iniciado con una de los textos más importantes de San Pablo, su carta a los cristianos de Roma. Lucero decía que todo cristiano debería saber esta carta de memoria y probablemente tenga razón. Lástima que Lucero la malinterpretó profundamente en algunos de sus pasajes más decisivos. Esta observación histórica nos hace ver la necesidad de leer siempre la Sagrada Escritura en el seno de la Iglesia, acompañados por la luminosa orientación de la Tradición y por la garantía de la auténtica interpretación por parte del Magisterio vivo de la Iglesia. Para esta tarea me permito mencionar un excelente libro que recoge los principales comentarios de los Padres de la Iglesia a la Carta a los Romanos. Se trata de un magnífico volumen dentro de la gran colección que publica la Editorial Ciudad Nueva, dedicada a la lectura de la Biblia en la gran tradición eclesial.

En este breve artículo ofrezco algunos fragmentos de la Carta a los Romanos que he ido subrayando a lo largo de la lectura de la misma y que considero importantes y oportunos de recordar para nuestra vida cristiana. Algunos puntos doctrinales de los mismos son tratados más explícitamente y con una extensión más apropiada en otros artículos del presente número de la revista. Mi intención es prose-

guir en otros artículos con otras importantes cartas del Apóstol de los Gentiles.

Hoy en día, exponente de la confusión que reina en la cultura y en las mentes, muchos alardean de ser agnósticos y ateos. La enseñanza revelada a san Pablo, en cambio, postula claramente que el desconocimiento de Dios y el error en el mismo son grandes desgracias para el hombre. La inteligencia humana, el hombre con su razón, tal como enseñaba el Concilio Vaticano I, tiene la capacidad de conocer a Dios, su existencia y sus principales atributos.

«Dios castiga desde el cielo la impiedad y la mentira de los hombres que ahogan la verdad de Dios con el error... Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad, de forma que son inexcusables». (Rom 1, 18.20)

La ofuscación del conocimiento de Dios en la mente y vida de los hombres lleva necesariamente a multitud de errores y deja sumido al hombre en una situación mísera.

«... Porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, antes bien se ofuscaron en vanos razonamientos y su insensato corazón se entenebreció... Por eso Dios los entregó a las apetencias de su corazón...». (Rom 1, 21-24)

Nuestros antepasados decían en una expresión muy sabia: Donde no hay Dios sólo hay maldad. San Pablo lo enseña claramente. El ateísmo moderno y sus funestas consecuencias lo prueban categóricamente. Sin Dios, la moralidad abandona su más sólido fundamento. Incluso Kant enseñaba abiertamente que para que sea posible y tenga sentido una vida buena y virtuosa se requiere la existencia de Dios, la inmortalidad del alma y la justa retribución divina. El fragmento de san Pablo que sigue es digno de ser particularmente meditado en nuestra coyuntura histórica y cultural:

«Y como no tuvieron a bien guardar el verdadero conocimiento de Dios, Dios los entregó a su mente réproba, para que hicieran lo que no conviene; llenos de toda injusticia, perversidad, codicia, maldad, henchidos de envidia, de homicidio, de contienda, de engaño de malignidad, chismosos detractores, enemigos de Dios, ultrajadores, altaneros, fanfarrones, ingeniosos para el mal, rebeldes a sus padres, insensatos, desleales, desamorados, despiadados, los cuales, aunque concedores del veredicto de Dios que declara dignos de muerte a los que tales cosas practican, no solamente las practican, sino que aprueban a los que las cometen». (Rom 1, 28-32)

El Apóstol nos recuerda igualmente la necesidad de cumplir la ley de Dios, empezando por la ley natural, para alcanzar la salvación. De hecho, la mayoría de exigencias éticas y morales difaman de la ley natural, del orden establecido por Dios en la creación. Hoy, la Iglesia, oportune et importune, debe recordar a todos, especialmente a los legisladores que hay que cumplir la ley natural, la ley de Dios.

«Ante Dios no son justos los que escuchan la Ley, sino los que la cumplen». (Rom 2, 13)

Enseñaba el Concilio Vaticano II, siguiendo toda la tradición, que sólo a la luz del Verbo Encarnado se ilumina plenamente el misterio del hombre. San Pablo enseña la situación del hombre, caído en pecado pero redimido por Cristo. El pecado original, dogma fundamental de la fe cristiana, nos enseña la situación del hombre alejado de Dios y su incapacidad para redimirse sin la ayuda divina.

«... así como por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, así la muerte se extendió a todos los hombres...». (Rom 5, 12)

«Porque, así como por la desobediencia de un solo hombre muchos fueron constituidos pecadores, así por la obediencia de uno solo muchos serán constituidos justos». (Rom 5, 19)

La redención es obra del amor de Dios que envía a su Hijo al mundo para rescatar al hombre caído en el pecado, prisionero del mal y de la muerte.

«Dios destinó a Jesucristo para que, con su sangre, obtuviera el perdón de nuestros pecados por el camino de la fe». (Rom 3, 25)

«Dios dio prueba del amor que nos profesa cuando Cristo murió por nosotros, que todavía éramos pecadores». (Rom 5, 8)

Por la fe y el bautismo el hombre inicia la nueva vida de la gracia. La gracia de Cristo transforma realmente al hombre, cancela el pecado, santifica.

«Nosotros que hemos muerto al pecado ¿cómo podríamos vivir todavía en él? ¿Acaso ignoráis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús hemos sido bautizados en su muerte? Hemos sido sepultados con Él por el bautismo en su muerte para que, así como Cristo resucitó de entre los muertos a gloria de Dios Padre, así nosotros emprendamos una nueva vida». (Rom 6, 3-4)

Pero incluso después del bautismo permanece la concupiscencia o inclinación al mal. Sin la ayuda de Cristo no podríamos avanzar en la vida de la gracia, en la vida de filiación divina que hemos recibido en nuestro bautismo. Sería una temeridad que ya estamos salvados totalmente. La vida de la gracia debe ser conservada, aumentada y si es necesario restituida. El fragmento que sigue es muestra de gran realismo cristiano.

«... yo quisiera hacer el bien, pero sólo soy capaz de hacer el mal. Interiormente me complazco en la Ley de Dios, pero constato en mi otra ley, que combate contra mi razón y me hace prisionero: es la ley del pecado que llevo dentro de mí... ¿Quién me dará la libertad? Jesucristo es nuestro libertador...». (Rom 7, 21 ss.)

La vida de gracia se mantiene y crece por la docilidad al Espíritu Santo y por la apertura a su acción santificadora en nosotros. Esto se ejerce fundamentalmente por la vida de oración, la meditación de la Palabra de Dios, la celebración de los sacramentos, particularmente de la Eucaristía, la Santa Misa donde recibimos actualmente la redención y sus copiosos frutos.

«Todos cuantos se dejan conducir por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Porque no habéis recibido un espíritu de esclavos que os hace recaer en el miedo...». (Rom 8, 14)

San Pablo es consciente de que en la vida de un cristiano no faltarán los contratiempos, la persecu-

ciones e incluso la falta de fidelidad al Señor. Pero nos recuerda la poderosa acción de Dios y la fuerza del amor de Jesucristo. Sólo una cosa podría apartarnos del amor de Dios: nuestro rechazo culpable y empecinado del mismo. Las reflexiones del Apóstol que siguen son grandemente consoladoras.

«Los sufrimientos del mundo presente nada son comparados con la felicidad de la gloria que se ha de manifestar en vosotros». (Rom 8, 18)

«Sabemos que Dios lo dispone todo para bien de aquellos que le aman...». (Rom 8, 28)

«¿Quién será capaz de separarnos de Jesucristo que tanto nos ama? ¿Los contratiempos, el miedo, las persecuciones, el hambre, los peligros, la muerte? ... De todo esto salimos fácilmente vencedores con la ayuda de Aquel que nos ama». (Rom 8, 35.37)

En expresión paulina, el amor de Cristo nos apremia. La vida del cristiano es vida de caridad. La lucha ascética debe ser un objetivo permanente. El que no avanza, retrocede. San Pablo nos recuerda el llamado a la santidad como vocación cristiana primera y fundamental.

«Sea vuestro amor auténtico. Detestad el

mal. Enamoraos del bien. Amaos con sincero afecto propio de hermanos. Sed diligentes y no seáis perezosos...». (Rom 12, 9 ss.)

«No permitáis que reine el pecado en vuestro cuerpo mortal siguiendo el dictado de vuestras pasiones; más bien ofreceos a Dios... Poneos al servicio del bien y llevad una vida santa». (Rom 6, 12.19)

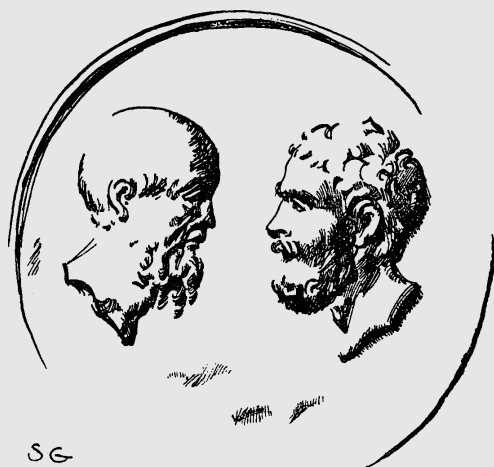
Finalmente ofrezco una última cita de la Carta a los Romanos. Una llamada a la decisión, a no posponer nuestra respuesta amorosa al Señor, a dar testimonio de Cristo, hoy, aquí y ahora.

«Seamos conscientes de los tiempos que nos toca vivir. Ya es hora de despertarnos. La noche está muy avanzada y el día se acerca... Comportémonos dignamente como se hace a la luz del día... No busquéis satisfacer los torpes deseos... Revestíos de Jesucristo, el Señor». (Rom 13, 11-14)

Que estas sencillas reflexiones al hilo de la lectura del texto de Romanos sean un estímulo a gustar la doctrina revelada y el testimonio de Cristo que nos ofrece san Pablo en sus escritos.

Confío poder proseguir en otros artículos con semejantes reflexiones que el Apóstol nos ofrece en otros de sus escritos.

San Pedro y san Pablo, dos carismas complementarios



San Pedro y san Pablo.
Medallón de bronce del siglo III

En realidad, el horizonte del Año paulino no puede por menos de ser universal, porque san Pablo fue por excelencia el apóstol de aquellos que con respecto a los judíos estaban «lejos», y que «gracias a la sangre de Cristo» llegaron a estar «cerca» (cf. Ef 2, 13). Por eso, también hoy, en un mundo que se ha vuelto más «pequeño», pero donde muchísimos aún no han encontrado al Señor Jesús, el jubileo de san Pablo invita a todos los cristianos a ser misioneros del Evangelio.

Esta dimensión misionera necesita ir siempre acompañada por la de la unidad, representada por san Pedro, la «roca» sobre la que Jesucristo edificó su Iglesia. Como subraya la liturgia, los carismas de estos dos grandes Apóstoles son complementarios para la edificación del único pueblo de Dios, y los cristianos no pueden dar un testimonio válido de Cristo si no están unidos entre sí. [...]

Año paulino, evangelización, comunión en la Iglesia y plena unidad de todos los cristianos: oremos ahora por estas grandes intenciones, encomendándolas a la intercesión celestial de María santísima, Madre de la Iglesia y Reina de los Apóstoles.

BENEDICTO XVI: Ángelus del 29 de junio de 2008,
fiesta de los apóstoles san Pedro y san Pablo

La justificación por la fe*

El Evangelio de Pablo en los comentarios de santo Tomás de Aquino

FRANCISCO CANALS VIDAL

LA reciente declaración conjunta católico-luterana sobre la doctrina de la *justificación por la fe*, a que se llegó después de muchos años de diálogo y de esfuerzos paralelos, ha de ser ocasión oportuna para que los fieles católicos reflexionemos sobre aquellas enseñanzas del apóstol Pablo en torno a las que se produjo el malentendido fundamental entre Martín Lutero y la doctrina y teología católicas.

Estoy convencido que contribuiría adecuadamente a esta reflexión el conocimiento de la interpretación que dio santo Tomás de Aquino a aquellos textos del apóstol Pablo, especialmente a algunos pasajes de la epístola a los Gálatas y de la epístola a los Romanos en que se centró la polémica de Lutero, y sobre las que durante siglos se apoyó el núcleo de las acusaciones luteranas contra la Iglesia Católica.

Santo Tomás de Aquino se ocupó de las epístolas de san Pablo en dos momentos de su vida: primeramente entre 1259 y 1268, el texto de cuya enseñanza oral poseemos a modo de *reportatio* elaborada por fray Reginaldo de Piperno; posteriormente, entre octubre de 1272 y diciembre de 1273, santo Tomás en Nápoles emprendió la redacción de un comentario, trabajo que fue interrumpido por su viaje para asistir al Concilio de Lyon, durante el cual murió. Este segundo comentario contiene el texto completo sobre la carta a los Romanos, y sólo siete capítulos de la primera carta a los Corintios.

Tenemos, pues, el pensamiento de santo Tomás sobre la doctrina de san Pablo en el *comentario* escrito al final de su vida sobre la carta a los Roma-

nos, y en la *reportatio* de su *lectura* sobre la carta a los Gálatas expuesta, probablemente en Viterbo, algunos años antes.

Como veremos, el pensamiento de santo Tomás evolucionó en profundidad y fidelidad al Apóstol, lo que podemos comprobar por su modo de hablar sobre los textos, cruciales y dramáticos, de la carta a los Gálatas, sobre los que santo Tomás no había encontrado todavía su propia interpretación, y en el comentario sobre la Carta a los Romanos, en el que expresa, precisa y audazmente, su plena comprensión del «Evangelio de Pablo».

El hombre se justifica por la fe

COMENCEMOS por atender a algunos de los textos del apóstol Pablo sobre los que se produjo el choque de Lutero con la Iglesia romana, y sobre los que se ha buscado una nueva luz en los trabajos que llevaron a la declaración conjunta de 31 de octubre de 1999, en Augsburgo.

Leemos en la carta de san Pablo a los Gálatas:

«No es justificado un hombre por las obras de la ley, sino por la fe de Cristo Jesús...; por las obras de la ley no será justificado mortal alguno...; si por la ley se alcanzase la justicia, entonces Cristo hubiera muerto en vano» (Gal 2, 16 y 21).

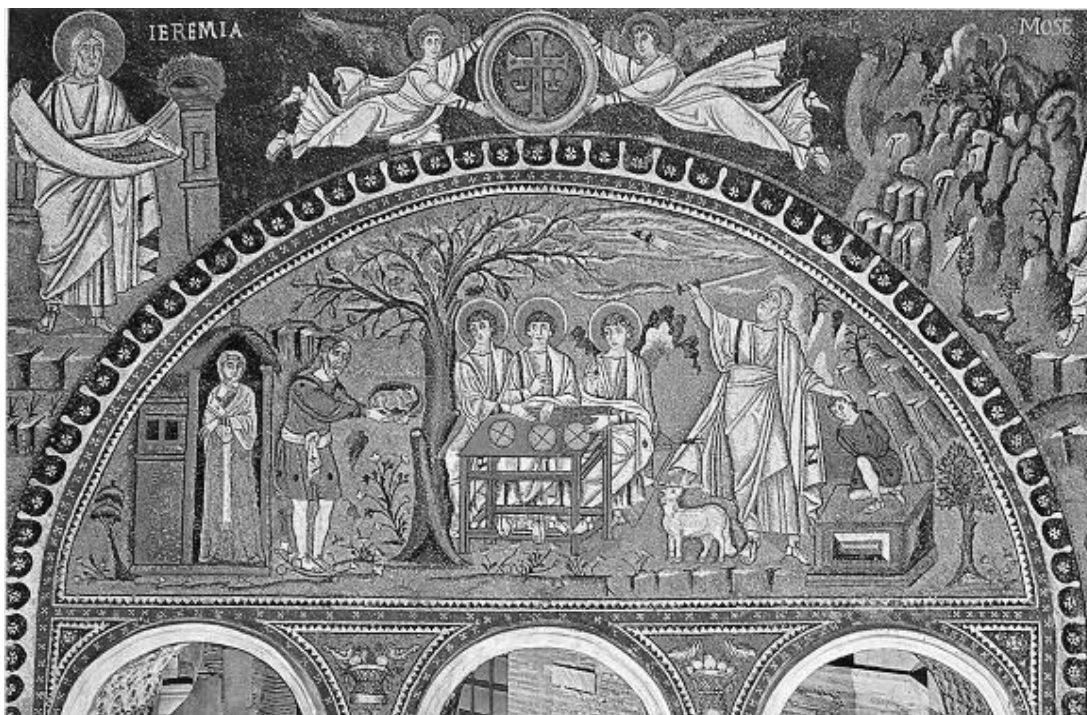
Y en su carta a los Romanos, en la que en forma más sistemática y desarrollada expone «su evangelio»:

«... para que toda boca se cierre y el mundo todo se reconozca reo ante la justicia de Dios; dado que en virtud de las obras de la Ley no será mortal alguno justificado en su presencia, pues por la Ley no se alcanza sino el conocimiento del pecado» (Rom 3, 19, 20).

«Por la fe el hombre es justificado, sin las obras de la Ley» (Rom 3, 28).

«Si Abraham fue justificado en virtud de sus obras, tendrá de qué ufanarse pero no ante Dios. ¿Qué dice en efecto la Escritura? *Creyó Abraham a Dios y le fue abonado a cuenta de justicia*. Ahora bien, al que trabaja no se le abona el jornal como favor, sino como deuda; en cambio, al que no trabaja, sino que cree en Aquel que justifica lo impío, se le abona la fe a cuenta de justicia: como también David expresa el parabién al hombre a quien Dios

*El 31 de octubre de 1999 representantes de la Iglesia católica, presididos por el cardenal Edward I. Cassidy, y de la Federación Luterana Mundial firmaron en Maguncia (aquí, el 31 de octubre de 1517 Lutero había publicado sus 95 tesis sobre las indulgencias) levantaron las mutuas condenas con motivo de sus divergencias teológicas y firmaron una declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación. El párrafo 15 de la declaración afirmaba: «Confesamos juntos que no sobre la base de nuestros méritos sino sólo por medio de la gracia y en la fe en la obra salvífica de Cristo, somos aceptados por Dios y recibimos el Espíritu Santo, que renueva nuestros corazones, nos habilita y nos llama a realizar las buenas obras». Con este motivo, nuestro redactor Francisco Canals Vidal publicó en enero de 2000 este artículo que reproducimos.



Escenas de la vida de Abraham. Mosaico de San Vital de Ravena.

abona la justicia sin contar con obras: bienaventurados aquellos a quienes fueron perdonadas las iniquidades y a quienes fueron encubiertos los pecados; bienaventurado el hombre a quien el Señor no toma en cuenta el pecado» (Rom 4, 1-8).

A estos textos del apóstol Pablo aludía sin duda san Pedro al decir que en las cartas de su hermano Pablo «hay algunas cosas difíciles de entender, las cuales los indoctos y los poco asentados tuercen, lo mismo que las demás Escrituras, para su propia perdición» (II Petr 3, 16).

Sobre todos ellos tenemos constancia del pensamiento de santo Tomás de Aquino, ya que en sus obras encontramos una *lectura* que contiene íntegramente su interpretación de las catorce epístolas de san Pablo.

Pero esta totalidad resulta de la yuxtaposición de la propiamente dicha *lectura*, es decir, algo profesado oralmente en el aula, y recogido en *reportatio* por fray Reginaldo, al que pertenece el texto a partir del capítulo 7º de la primera carta a los Corintios, y de la *expositio*, es decir, un tratado escrito por el propio santo Tomás, que contiene el comentario a la carta a los Romanos y a los primeros capítulos de la carta a los Corintios.

Si no se tuviese en cuenta esto, el estudio de su pensamiento podría resultar desconcertante; porque hay un salto y cambio muy sustancial entre la interpretación del Evangelio de Pablo en la carta a los Gálatas, claramente influida por interpretaciones generalizadas, incluidas en la *Glossa*, pero de las que santo Tomás se apartó después, para alcanzar, en el comentario a los Romanos, una profunda re-

novación, en sentido de autenticidad paulina, de su modo de interpretar la enseñanza del Apóstol sobre *la justificación por la fe sin las obras de la Ley*.

***Legalia et Evangelium* en la lectura sobre la carta a los Gálatas**

LEAMOS cómo comenta santo Tomás el texto Gal 2,16: «No es justificado el hombre por las obras de la Ley, esto es, por las obras legales, sino por la fe en Jesucristo, por esto, abandonando aquéllas, vivimos en los preceptos de la fe».

Santo Tomás entiende que la intención central de la carta a los Gálatas es la proclamación de la caducidad de los «sacramentos antiguos», es decir, de las obras ceremoniales de la antigua Ley. De aquí que al hablar el Apóstol de *obras de la Ley*, y afirmar que por ellas no se justifica el hombre, o que se justifica por la fe sin las obras de la Ley, no se refiere a las obras morales sino a las ceremoniales: *se llaman propiamente obras de la Ley las ceremoniales. Las obras morales no podían llamarse propiamente obras de la Ley* (Gal cap. II, lec. IV, n. 94) (citas referidas a la edición Marietti, 1953).

Esta interpretación se mueve totalmente en un sistema de ideas que santo Tomás alude reiteradamente citando la *Glossa*. En este sistema, el texto de san Pablo «La Ley obra ira» se explica como si el Apóstol dijera «la Ley obra ira en cuanto a lo ceremonial en el tiempo de la gracia» (*Ad Rom.*, 357).

En este mismo contexto el mismo acto de fe venía a ser interpretado como una obra buena, un acto

de la justicia del hombre con respecto a Dios, que en Abraham y en los que lo imitan es causa de que sean justos ante Dios:

«Hay que notar que la justicia consiste en el dar a alguien lo debido, y el hombre debe algo a Dios, a sí mismo y al prójimo, por Dios. Luego la suma justicia es el dar a Dios lo que es suyo. De aquí que lo primero en la justicia del hombre es que la mente del hombre se someta a Dios, y esto se hace por la fe... El que da a Dios lo sumo que hay en él, sometiéndole su mente, es perfectamente justo... Y por esto dice el Apóstol: creyó Abraham a Dios, esto es, sometió su mente a Dios por la fe y le fue reputado para justicia, es decir, el mismo creer y la misma fe fue para él y es para los otros suficiente causa de justicia... que interiormente es dada por Dios, que justifica a los que tienen fe que obra por la caridad, remitiéndole sus pecados... Y puesto que alguien se dice hijo de alguno en cuanto imita sus obras, si vosotros sois hijos de Abraham haced las obras de Abraham» (Gal 130-131).

Santo Tomás llega a decir que «por la fe adquirimos el Espíritu Santo, porque en los Hechos (5,32), leemos *el Señor da el Espíritu Santo a los que le obedecen, a saber por la fe*» (Gal 15,2).

Progreso de santo Tomás en la comprensión de la doctrina del Apóstol

PERO EN UN momento de la lectura sobre la carta a los Gálatas santo Tomás parece entrever la desorientación en que se movía aquel sistema. Comentando el texto «*quienes son de las obras de la Ley caen bajo maldición*» (Gal 3,10), escribe santo Tomás:

«Según la *Glossa* esto se dice respecto de las obras ceremoniales y no de las morales. O bien hay que decir que aquí el Apóstol habla de todas las obras, tanto ceremoniales como morales. Pues las obras no son causa de que alguien sea justo ante Dios, sino más bien son cumplimiento y manifestación de la justicia. Pues nadie por las obras es justificado ante Dios, sino por el hábito de la fe, no adquirido, sino infuso. Y por esto, todos los que quieren ser justificados por las obras caen bajo maldición, porque por ellas los pecados no son remitidos, ni alguien es justificado ante Dios, sino por el hábito de la fe informado por la caridad» (*Ad Gal* 134).

Esta interpretación, propuesta como alternativa (*Vel dicendum*), que regirá más plenamente el comentario a la Carta a los Romanos, aparece también en otros momentos de otras lecturas. Así sobre la primera carta a Timoteo (1,8): «*sabemos que la Ley es buena si alguien usa de ella rectamente*», comenta santo Tomás: «en la Ley hay preceptos morales y

otros ceremoniales. Los ceremoniales fueron dados como figura de Cristo y de la Iglesia, y es necesarios usarlos como figura de los futuros, y sabiendo que no habían de ser perpetuamente guardados, sino que cesan al llegar la verdad. Y así lo expone la *Glossa*».

«Pero parece que el Apóstol aquí habla de las obras morales, porque añade que la Ley fue puesta por razón del pecado, y esto se refiere a los preceptos morales. Su uso legítimo es que el hombre no les atribuya a estos preceptos lo que en ellos no se contiene. Pues la Ley es dada para conocer el pecado... Así pues, no está en ellos la esperanza de la justificación sino en la sola fe —*non est in eis spes iustificationis, sed in sola fide*— como se dice en Rom 3,28. Afirmamos que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la Ley» (*I Timoth*, cap. I, lect. III, 21).

Sobre el texto de la carta a los Filipenses «*No teniendo ni justicia, la que viene de la Ley, sino la que viene por la fe de Cristo, la que viene de Dios por la fe*» (Fil 3,9), escribe santo Tomás:

«Si es tuya ¿cómo es de la Ley?... Es de la Ley como la que me enseña, pero es mía porque hago tales obras por virtud humana. Esta es la justicia que el Apóstol aparta de sí. Pero de la justicia que busca señala tres cosas: el modo por el que se adquiere que no es sino a partir de la fe de Cristo (*non adipiscitur nisi ex fide Christi*). El autor de la misma es Dios y no el hombre, como se dice en Romanos 8, 33: «Dios es quien justifica. Su fruto es el conocimiento de Cristo, de la fuerza de su resurrección, de la comunión con sus santos» (*Ad Phil* 120).

El Evangelio de Pablo en la *expositio* sobre la Epístola a los Romanos

SOBRE el texto del Apóstol «*por las obras de la Ley ninguna carne se justificará ante Él*» (Rm III, 20), comenta:

«Ninguna carne, es decir, ningún hombre se justifica ante Él, esto es, según su juicio, por las obras de Ley, porque, como se dice en la Carta a los Gálatas: si por la Ley viene la justicia, Cristo murió en vano. Y en la carta a Tito: no por las obras de justicia que nosotros hiciéramos, sino según su misericordia nos hizo salvos. Pero hay una doble obra de la Ley, una que es propia de la Ley mosaica, como la observación de los preceptos ceremoniales, otra que es obra de la Ley de la naturaleza, porque pertenece a la ley natural como *no matarás, no hurtarás*».

«Algunos, pues, entienden que esto está dicho respecto de las primeras obras de la Ley, a saber porque las obras ceremoniales no conferían gracia por

la que los hombres son justificados: sin embargo, no parece que sea esta la intención del Apóstol, como se ve por lo que añade enseguida: *pues por la Ley es el conocimiento del pecado*. Pero es manifiesto que los pecados son conocidos por la prohibición de los preceptos morales, y así el Apóstol quiere decir que por todas las obras de la Ley, incluso las que están mandadas por los preceptos morales, el hombre no es justificado, de manera que por sus obras se cause en él la justicia; puesto que, como dice después, *si es por la gracia ya no es por las obras*. Por esto, al decir después *por la Ley* demuestra lo que había dicho, a saber, que las obras de la Ley no justifican. Pues la Ley se da para que el hombre conozca qué debe obrar y qué debe evitar... Y por el hecho de que el hombre conoce el pecado que debe evitar porque está prohibido, no se sigue que lo evite» (297-298).

Y sobre el texto Romanos 3, 28, «*Pensamos que el hombre se justifica por la fe sin las obras de la Ley*», comenta santo Tomás:

«Por la fe, y esto sin las obras de la Ley, y no sólo sin las obras ceremoniales... sino también sin las obras de los preceptos morales, según aquello del Apóstol a Tito 3: *no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino según su misericordia nos salvó por el baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo, que derramó sobre nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro salvador, para que, justificados por su gracia, seamos constituidos en esperanza herederos de la vida eterna*».

«De manera que esto se entienda sin las obras que preceden a la justicia, no sin las obras que de ellas siguen, porque como se dice en Santiago, II, *la fe sin las obras, es decir, sin obras que de ella se sigan es muerta*» (317).

Sobre el texto de san Pablo Romanos 4, 4 «*al que trabaja no se le abona el jornal como favor sino como deuda, pero al que no trabaja, pero cree en el que justifica al impío se le abona su fe a cuenta de justicia: así como también David expresa su parabién al hombre a quien Dios abona justicia sin obras*» (texto que santa Teresita del Niño Jesús puso antes de su poesía sobre los Santos Inocentes mártires), he aquí el comentario de santo Tomás de Aquino:

«Así pues, dice: al que obra, esto es, si alguien se justificase por sus obras, la justicia misma se le imputaría no según gracia sino según débito. Pero si es por la gracia ya no es por las obras, pues en otro caso la gracia ya no sería gracia. Pero al que no obra, es decir de tal modo que por sus obras se justificase, pero cree en el que justifica al impío, se computará esta su fe como justicia según el propósito de la gracia de Dios, no ciertamente de manera que por la fe es merezca la justicia, sino porque el mismo creer

es el primer acto de la justicia que Dios obra en él. Pues *por cuanto cree en Dios justificante, se somete a su justificación, y así recibe su efecto –ex hoc quod credit in Deum iustificantem, iustificationi eius subiicit sed et sic recipit eius effectum*» (Ad Rom IV, 4, lect. 1, nº 331).

Aunque el efecto de la acción divina, que es nuestra justificación, sea el que seamos hechos santos y tengamos que fructificar en buenas obras, conviene reconocer una distinción, por lo menos de concepto, entre justificación y santificación. A la justificación en cuanto tal no precede mérito alguno humano, y tiene por autor a solo Dios, que *obra con su gracia operante, en nosotros sin nosotros*; porque, como enseñó santo Tomás, aunque la justificación del impío en el adulto que tiene uso de su libre albedrío no se da *sine nobis consentientibus*, sin un movimiento de libre albedrío (S.Th. Iª IIª, q. 113, artº I in c.), «*este movimiento no es causa de la gracia, sino su efecto y así toda la acción de la justificación hay que atribuirle a Dios solo*» (S.Th. Iª IIª, q. 111, artº II ad II).

El autor de la justificación es Dios y su sujeto receptivo, es decir, el beneficiario de ella, es «el impío», el pecador. Así habla precisamente el Concilio de Trento, que habla del mérito de las buenas obras como *fruto de la justificación* (DS 1545) y enseña que nos salvamos *por la fe y gratuitamente, es decir no por nuestros méritos ni por nuestras obras, porque «nada de lo que precede a la justificación, ya sea la fe, ya las obras, merece la gracia misma de la justificación, porque si es por gracia ya no es por las obras; en otro caso (como el mismo Apóstol dice) la gracia ya no es gracia*» (DS 1532).

Oportunidad y urgencia de una comprensión auténtica de la doctrina de la justificación

UN querido amigo mío, con una amistad que remonta a muchos años, David Estrada Herrero, profesor de Estética de la Universidad de Barcelona, profundo conocedor de las doctrinas protestantes, especialmente del calvinismo, que profesa, me advirtió que parece probable que la posición de santo Tomás en su comentario a la epístola a los Romanos, no fuese conocida por el propio Lutero ni que tampoco le fuese propuesta por los polemistas católicos contemporáneos suyos.

La primera alusión entre los teólogos protestantes a la existencia de un comentario de santo Tomás sobre la epístola a los Romanos la ha encontrado, según me comunica, en un influyente teólogo calvinista inglés que vivió entre 1616 y 1683, John Owen.

En el mundo católico podría decirse tal vez que una mayor presencia de aquella doctrina hubiera

evitado los riesgos de que «*mientras exaltamos excesivamente las fuerzas del libre albedrío derogamos la gracia de Jesucristo*» (*Ejercicios Espirituales*, de san Ignacio de Loyola. «Reglas para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener». Regla XIV).

Y con ello se hubiera evitado también que se diesen actitudes que describía así el cardenal Gaspar Contarini en el siglo XVI:

«Otros, presentándose en nombre de la religión católica y jactándose de ser adversarios de los luteranos... no entienden que quitan mucho a la gracia, y con excesivo afán de combatir las máximas de los luteranos, se oponen a los luminares de la Iglesia cristiana y a los primeros doctores de la verdad católica, inclinándose más de lo justo a la herejía de Pelagio» (Véase: Ángel Suquía Goycochea: «Las reglas para sentir con la Iglesia en la vida y en las obras del cardenal Gaspar Contarini». *Archivo histórico de la Compañía de Jesús*, 24, 1956, p. 380-395).

Para el diálogo católico-luterano el estudio de la comprensión de santo Tomás sobre el Evangelio de Pablo podría ser una orientadora aportación. Como lo es también la lectura en nuestro tiempo de la admirable *Exposition de la doctrine de l'Église catholique*, que escribió Bossuet en 1671, y que mereció la aprobación del papa Inocencio XI en dos breves (4-I y 23-VII-1679). Decía Bossuet:

«Los que conocen siquiera algo la historia de la pretendida Reforma no ignoran que sus primeros autores propusieron el tema de la justificación como el primero y más esencial fundamento de la ruptura. Es, pues, este punto el que conviene sobre todo poner en claro.

»Creemos [los católicos] en primer lugar, que nuestros pecados nos son remitidos gratuitamente por la misericordia divina por causa de Jesucristo. Así lo enseña el Concilio de Trento... Puesto que la Escritura nos habla de la remisión de los pecados, a veces diciendo que Dios los cubre y otras diciendo que Dios los quita y los borra por la gracia del Espíritu Santo que nos hace nuevas criaturas creemos que nos formamos idea perfecta de la justificación si unimos todas estas expresiones. Por esto creemos que nuestros pecados no sólo son cubiertos, sino que son también enteramente borrados por la sangre de

Jesucristo y por la gracia que nos regenera; lo que, lejos de oscurecer o de disminuir la idea que debemos tener del mérito de su sangre, lo aumenta y lo ensalza.

»En cuanto al mérito de las obras, la Iglesia católica enseña que la vida eterna debe ser propuesta a los hijos de Dios como una gracia que les ha sido prometida misericordiosamente por mediación de nuestro Señor Jesucristo, y también como una recompensa que se da fielmente a sus buenas obras y a sus méritos, en virtud de aquella promesa... Los preceptos, exhortaciones, promesas y amenazas del Evangelio hacen ver suficientemente que hemos de obrar nuestra salvación por un movimiento de nuestras voluntades por la gracia de Dios que nos ayuda: pero es un primer principio el de que el libre albedrío no puede obrar nada conducente a la felicidad eterna sino en cuanto es movido y elevado por el Espíritu Santo».

»Así la Iglesia, que sabe que este Espíritu divino es quien obra en nosotros por su gracia todo el bien que hacemos... con razón se sirve de la palabra *mérito*, con toda la antigüedad cristiana, para significar principalmente el valor, precio y dignidad de estas obras que llevamos a cabo por la gracia. Pero como toda su santidad proviene de Dios que la causa en nosotros, la misma Iglesia ha recibido en el Concilio de Trento, como doctrina de fe católica, la palabra de san Agustín, según la cual Dios al coronar los méritos de sus servidores corona sus propios dones.

»Por esto, todo lo pedimos, todo lo esperamos y de todo damos gracias a Dios por nuestro Señor Jesucristo. Confesamos en alta voz que sólo en Él y por Él podemos ser agradables ante Dios; y no comprendemos cómo se nos podría atribuir otro modo de pensar. De tal manera ponemos en Él solo toda la esperanza de nuestra salvación, que dirigimos diariamente a Dios en el sacrificio estas palabras: *también a nosotros, pecadores, siervos tuyos, que esperamos en la multitud de tus misericordias, dignate hacer participantes y compañeros de tus santos apóstoles y mártires... en cuya compañía te suplicamos nos admitas, no como apreciador del mérito sino como generoso donador de perdón*» (Bossuet, *Exposition de la doctrine de l'Église catholique sur les matières de controverse*, Oeuvres complètes, t. XXXI, Lib. Bailly, Noyon 1829, pp. 85-87).



«TODO ISRAEL SERÁ SALVO»*

Es sabido que, si bien, en su mayoría, las profecías del Antiguo Testamento se refieren al Mesías prometido y tienen el doble objeto de preparar su advenimiento entre el pueblo judío y demostrar luego ante éste que el advenido es el verdadero Hijo de Dios, hay también no pocos textos que, de una manera ya final, ya accesoria, permitieron a los judíos la previsión de acontecimientos de carácter temporal que influyeron de una manera decisiva en su historia y en la del género humano en general, a pesar de que estos acontecimientos no pueden considerarse directamente relacionados con la altísima misión a que estaba predestinado el pueblo escogido por el Señor.

De esta clase de profecías, de importancia secundaria, nos es dable adivinar que no sólo fueron útiles para situar cronológicamente los acontecimientos trascendentales, sino que, por una parte, su cumplimiento constituía una demostración viva de que el Espíritu de Dios había inspirado a sus autores, y serían, en el orden natural, un estímulo para que, de generación en generación, se conservasen escrupulosamente las Letras Sagradas; y, por otra parte, conociendo anticipadamente estos acontecimientos, el pueblo judío pudo, sin duda, conducir de acuerdo con ellos su política particular y quedar mejor librado de los azares de los siglos.

Es de todos conocido, también, que en el Nuevo Testamento hay multitud de pasajes de naturaleza profética, y a la mente del lector acudirán inmediatamente muchos versículos de los Santos Evangelios y del Apocalipsis que se refieren a la destruc-

ción de Jerusalén, a la segunda venida de Nuestro Señor Jesucristo y a las postrimerías de cada hombre y de nuestro linaje humano. Ahora bien: cabe la pregunta: ¿se encuentran también en el Nuevo Testamento profecías relativas a acontecimientos de carácter temporal cuyo cumplimiento no se haya verificado todavía? La finalidad del presente trabajo es afirmar la posibilidad en cuestión, demostrando prácticamente que existe, por lo menos, una profecía de dicha naturaleza.

* * *

Probablemente, en la primavera del año 57, san Pablo se encontraba en Corinto; huido de Éfeso, a consecuencia del motín que, de una manera tan humana, nos describe la pluma maestra de san Lucas (Hch 19,23 y ss.), pasó a Macedonia; y la grave situación por la que, según las noticias de Tito, atravesaba todavía la Iglesia de Corinto, que él, a costa de tantos sudores, había fundado hacia el año 52, le movió a escribir a los fieles corintios una tercera carta (desgraciadamente, no conservamos más que la segunda de las dos anteriormente escritas desde Éfeso), en la que prepara la segunda y breve visita del Apóstol a los fieles de Acaya; y es en Corinto donde le encontramos a principios de dicho año 57, no sólo preocupado por la dañina simiente allí esparcida por los falsos apóstoles, sino también por la suerte indecisa del cristianismo en una ciudad lejana, en la capital de la gentilidad, que él mismo, al final, y como resumen de su vida, evangelizará de palabra en medio de grandes tribulaciones.

Como había ya ocurrido en otras ocasiones y en otros países, y de la misma manera que muchas veces, en muchas naciones, había de suceder después, el año 49 se publicó un decreto del emperador Claudio expulsando de Roma a los judíos, que debió afectar, sin duda, a muchos hebreos convertidos a la fe; y, por esta razón, la Iglesia de Roma, entre el citado año 49 y el 54, en que murió Claudio, estaría compuesta casi exclusivamente por cristianos venidos de la gentilidad.

Después de la muerte de Claudio, volverían a Roma muchos de los judío-cristianos desterrados cinco años antes, pero los «prosélitos» predominaban ya de tal manera, que la superior cultura religiosa de los judíos y su abolengo de más elevada jerarquía, no impresionarían a los gentiles como en las Iglesias situadas a las orillas de los mares Egeo, Licio

* Este artículo fue publicado en *Cristiandad* en su número 5, de 1 de junio de 1944. Se trataba de un número en el que el tema central era la teología de la historia, el primero dedicado explícitamente a esta materia, tan central en Schola Cordis Iesu. Precisamente, y precediendo un artículo sobre el padre Ramière y la teología de la historia, aparecía en aquel número una nota sin firma que terminaba con este párrafo: «Del hecho in-esencial, originario (esporádico, dirá Berdiaeff), de la libertad, el futuro histórico es imprevisible para el hombre. “Pero no puede decirse lo mismo de Dios”. Y surge entonces una cuarta pregunta sobre la Historia y sus problemas; la que nace de la posibilidad de que Dios nos haya revelado verdades de contenido histórico. Y con ello, aparece la posibilidad de una nueva ciencia: la “teología de la historia”». «Todo Israel será salvo», de uno de los «antiguos» de Schola, Enric Freixa, que usó casi siempre el seudónimo de *Fraxinus Excelsior*, se inscribe plenamente en este campo de la teología de la historia.

y Fenicio; esta anécdota explica que, precisamente en el seno de la Iglesia de Roma y no en las otras, pudiese temerse una revivificación de las rencillas que unos siete años antes había resuelto, con su suprema autoridad, el Concilio de Jerusalén, al definir que no podía exigirse de los gentiles que se circuncidasen; pero, esta vez, el cisma entre judíos y gentiles no se referiría a la simple práctica de unos preceptos, sino que plantearía un problema más profundo: el de la heterogeneidad y homogeneidad (ambas esenciales) de la Iglesia; un problema que planteaban los judíos, que eran el pueblo elegido del Señor, junto con la doctrina de que todas las almas tenían derecho a la misma fe, a la misma participación de los méritos de Jesucristo, y de que todas ellas podían aspirar a la misma vida eterna; un problema que planteaban los gentiles llegados al buen redil, muchas veces arrojando graves peligros, embelleciéndose con brillantes actos de desprendimiento y premiados por carismas prodigiosos, frente a unos seres arrogantes, cuyo pueblo había sacrificado al mismo Hijo de Dios.

Podemos comprender que estas antinomias, dentro del marco de una serie interminable de discusiones teóricas y de diferencias personales, hubiesen podido amenazar la existencia misma de la Iglesia de Roma; había, pues, el peligro de que en la Sede de Pedro y en la capital del Imperio, la Iglesia desapareciera y que el cristianismo quedase reducido a ser una secta judaica extendida sólo en la mitad oriental del Imperio. Hoy vemos que aquella circunstancia fue providencial, pero, humanamente considerada, el año 57 debía verse grave; san Pablo así la vio: «Id y enseñad a todas las gentes» (Mt 27,19). Este mandato estuvo siempre vivo en el espíritu del Apóstol, y no cabe la menor duda de que hubiese volado de buen grado a Roma, para derramar allá el torrente impetuoso de su predicación; pero hasta aquella fecha, siempre que se había propuesto ir a Roma «le había salido al paso algún obstáculo» (Cf. Rom 1,9-13).

Esta vez, el obstáculo fue el tener que remitir a la Iglesia de Jerusalén las limosnas recogidas en varias Iglesias de Macedonia y de Acaya, principalmente en la de Tesalónica (Rom 15,25 ss.), y, no pudiendo dilatar más la exposición de su doctrina, escribe a los fieles de la Iglesia de Roma (probablemente desde Corinto a principios del 57) la luminosa epístola que constituye uno de los mayores monumentos de nuestra teología. El «evangelio» de san Pablo, que resuelve todos los problemas, es la salvación de todos (judíos y gentiles), que Dios nos ofrece gratuitamente por medio de la fe en la virtud de la sangre redentora de Nuestro Señor Jesucristo. Este Evangelio es una fuerza de Dios hecha para dar salud y que se pone a disposición de todo el que cree, tanta si es judío como gentil (Cf. Rom 1,16).

Situándose en una excelente plataforma polémica, afea san Pablo, con vehemencia, tanto a los gentiles como a los judíos, sus vicios y pecados, y concluye que unos y otros han desaprovechado los medios que a su alcance tenían para obrar bien, a saber, la razón natural y la Ley de Moisés; la justicia de Dios es esta: «Tribulación y angustia sobre toda alma humana que obra el mal, así judío, primeramente, como gentil; gloria, en cambio, honor y paz para todo el que obra el bien, así judío, primeramente, como gentil: que no hay acepción de personas para Dios» (Rom 2,9-11).

En estos *primeramente* se encierra gran parte del secreto de san Pablo, ya que, además de en los dos lugares citados lo encontramos también en 1,16; en el plan de Dios todos tenían el mismo acceso a la justificación, por la fe graciosamente ofrecida; pero cabe creer que los judíos hubiesen ocupado un lugar más eminente en el orden temporal y jerárquico, acaso algo análogo al papel que en la Iglesia desempeña hoy día Italia, pues no en balde era el hebreo el pueblo elegido.

Véase, si no, el paralelismo que existe entre 3,1-2, y 3,9; en la primera cita se afirma que la ventaja del judío es mucha, pues les fueron confiados los oráculos, y establece la inmutabilidad de las promesas de Dios, preguntando: «¿Por ventura su infidelidad anulará la fidelidad de Dios?» (Rom 2,3; cf. 11,29); en la segunda cita se afirma que el judío no tiene ventaja puesto que todos, tanto judíos como gentiles, están bajo el pecado: «Todos pecaron, y se hallan privados de la gloria de Dios, justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que se da en Cristo Jesús: al cual propuso Dios como monumento expiatorio, mediante la fe, en su sangre, para demostración de su justicia, a causa de la tolerancia de los pecados pasados.» (3,23-25.)

Pero este plan de Dios, referente a la preeminencia del pueblo judío en la Iglesia de Cristo, resultó truncado, valga la frase, por los hechos. Era triste, pero era así. El pueblo judío traicionó su altísima misión; no era que el Señor hubiese encogido su mano para que ésta no pudiese salvar, sino que sus iniquidades pusieron un muro de separación entre ellos y Dios. Jesús no había venido a destruir la Ley ni los Profetas, sino a darles cumplimiento (Mt 5,17); los judíos son la sal del mundo, «pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué se la salará? Para nada sirve, sino para ser arrojada y pisada de las gentes» (Mt 5,13).

Era triste, pero era así. El año 42, en que san Pedro salió de Jerusalén para ir a Roma (Act 12,17), la sal había perdido ya su sabor y empezaba a caer sobre los israelitas el castigo que sobre ellos y sus hijos, insensatamente, reclamaron (Mt 27,25), y al que se habían hecho acreedores al rebelarse contra los

planes del Señor, negándose a continuar ejerciendo el antiguo ministerio en la Nueva Ley.

En la Epístola a los Romanos, san Pablo no se detiene en la eventual rencilla personal, sino que, al contrario, vuela hasta lo más alto de su doctrina y la dirige a la nueva estirpe que recibirá el legado; explica, a la que será la Iglesia primada de la Cristianidad, los dolores y las glorias que cabrán a la heredera de tan insigne jerarquía. Al proceder así, se siente triste como israelita, hasta el punto de desear que, de la misma manera que Cristo tomó sobre sí nuestros pecados para salvarnos a todos, pudiesen caer sobre él, el Apóstol, los pecados de los judíos para que al pueblo escogido le fuese dado continuar su gloriosa tradición de alianza y adopción.

Con tristeza y solemnidad escribe: «Verdad digo en Cristo, no miento..., que tristeza grande tengo e incesante dolor en mi corazón. Pues desearía ser anatemado yo mismo, de parte de Cristo por mis hermanos, parientes míos según la carne, quienes son israelitas, de quienes es la adopción filial y la gloria y las alianzas y la legislación y el culto y las promesas, cuyos son los patriarcas, y de quienes desciende el Mesías en cuanto a la carne, quien es, sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos, amén. Y no es que ande por los suelos la palabra de Dios...» (9, 1-6), porque no todos los descendientes de Israel son verdaderos israelitas.

No vamos a desarrollar aquí la doctrina paulina de la gracia y de la justificación por la fe, que tan mal interpretada ha sido a veces, que el Apóstol aplica para hacer ver, en los capítulos 9 y 10, que la razón de la reprobación de Israel está en el orgullo de buscar su justificación por sus propias obras.

A continuación, en el capítulo 11, san Pablo afirma que la reprobación de Israel no es universal (Rm 11,1-12), ni absoluta (Rom 11,13-24), ni perpetua (Rom 11,25.36). Profetiza primero de una manera condicionada, la conversión de los judíos cuando, comparando el pueblo de Israel a un olivo y los gentiles a un acebuche injertado, escribe que:

«17 Y si algunas de las ramas, quebradas, se desgajaron, y tú, siendo de acebuche, fuiste injertado entre ellas y entraste a participar con ellas de la raíz y grosura del olivo, 18 no te enorgullezcas contra las ramas; que si te enorgulleces (piensa que) no eres tú quien sostienes a la raíz, sino la raíz a ti. 19 Dirás pues: «Fueron quebradas las ramas para que yo fuera injertado». 20 O bien; por la incredulidad se desgajaron, y tú por la fe te mantienes; pero no seas altanero, antes bien, teme. 21 Pues si Dios a las ramas naturales no perdonó, no sea que tampoco a ti te perdone.»

«22 Considera, pues, la bondad y la severidad de

Dios: la severidad, con los que cayeron; contigo, la bondad de Dios, con tal de que permanezcas en la bondad; que si no, también tú serás cortado.»

«23 Mas ellos también, si no persistiesen en la incredulidad, serán injertados (de nuevo), que poderoso es Dios para de nuevo injertarlos. 24 Porque si tú fuiste cortado del que naturalmente era acebuche, y fuera de tu natural fuiste injertado en el olivo bueno, ¿cuánto más ellos, los ramos naturales, serán injertados en el propio olivo!»

Y a continuación reitera esta misma profecía incondicionalmente, al escribir:

25 Porque no quiero que ignoréis, hermanos, este misterio... que el endurecimiento ha sobrevenido a una parte de Israel hasta que la totalidad de las naciones haya entrado. 26 Y así, todo Israel será salvo, según que está escrito:

Vendrá de Sión el Libertador, apartará de Jacob las impiedades (Is 49,20). 27 Y ésta será con ellos la alianza de parte mía cuando hubiere quitado de sus pecados (Jer 31,33-34)

No podemos pretender comentar en ningún sentido la cita anterior: los exegetas más iluminados y los más sabios doctores no llegarían a agotar el tema. Subrayemos tan sólo que san Pablo interpreta el versículo 20 del capítulo 59 de Isaías, escribiendo rotundamente: Y así TODO ISRAEL SERÁ SALVO.

Abramos un periódico cualquiera y comprobaremos que gran parte del mundo se mueve en pro o en contra de los judíos ; con razón o sin ella, se les acusa en materias muy graves, y muchos de ellos son víctimas de los odios más horribles. En la política, en la banca, en los sumarios de las revistas científicas, los nombres de los judíos acreditan la capacidad de esta raza para ejercer una influencia rectora en toda clase de actividades. Mientras dura su reprobación, son todavía *amados por Dios en atención a sus padres* (Rom 11,28). ¿Puede soñarse acontecimiento histórico más trascendental que esta conversión que profetiza san Pablo?

* * *

Con esto creemos haber probado la tesis que nos habíamos propuesto y a la cual, de intento, nos hemos circunscrito, huyendo del peligro que el estilo jugoso y rico en conceptos de san Pablo, representa para el que no puede hacer más que repetir a su torpe manera algo de lo mucho que quien lo sabía le enseñó.

LA TUMBA DE SAN PABLO

La basílica romana de San Pablo Extramuros



A poco más de dos kilómetros de la antigua muralla, por la salida de la Vía Ostiense, se encuentra la basílica de San Pablo Extramuros; edificada, según una antigua tradición, sobre el lugar en el que el Apóstol fue enterrado tras ser decapitado no lejos de allí. Esta basílica de San Pablo es la segunda más grande de Roma, después de San Pedro. Es también una de las cinco iglesias consideradas como las más antiguas de Roma, si bien hay que tener en cuenta las sucesivas ampliaciones y reconstrucciones a lo largo de la historia, contando además con un incendio fortuito, relativamente reciente.

El lugar en el que se encuentra la basílica, estaba ocupada por un vasto cementerio, que fue usado desde el siglo primero a. de C. hasta el siglo III d. de C. Era una gran necrópolis y albergaba diversas clases de tumbas, desde las más sencillas, a los grandes mausoleos de los patricios romanos. Casi la totalidad de esta área sepulcral está ahora sepultada (en gran parte bajo el nivel del vecino río Tíber), y se cree que se extiende bajo toda el área de la zona. Una mínima, pero significativa parte de ella puede verse a lo largo de la Vía Ostiense, al norte de la basílica.

En esta necrópolis fue enterrado san Pablo, después de su martirio, durante la persecución desencadenada contra los cristianos, ordenada por Nerón tras el incendio de Roma. Se cree con fundamento, que también san Pedro fue crucificado en aquellas fechas.

La primera basílica

Después del entierro que, según una tradición, fue preparado por una matrona romana, un pequeño edificio permitió a los fieles acudir a venerar al Apóstol incluso durante la persecución. Este monumento, al igual que el que se edificó sobre la tumba de san Pedro en la colina vaticana, es citado ya por Eusebio de Cesarea. Más tarde, sobre ese lugar, que era objeto de numerosas peregrinaciones, el emperador romano Constantino creó una pequeña basílica. Como la ubicación estaba al sur de la muralla Aureliana que circundaba Roma, saliendo por la puerta, llamada precisamente de San Pablo, ha sido conocido siempre como *fuori le mura* (fuera de los muros, extramuros). Fue consagrado en el año 324 por el papa Silvestre I.

Esta basílica estaba orientada hacia el oeste y tenía la entrada al este, como la basílica de san Pedro en el Vaticano. De ella se conserva sólo la curva del ábside, visible en el altar central de la basílica actual. Se debía de tratar de un pequeño edificio, probablemente de tres naves, que tenía cerca del ábside la tumba de Pablo, adornada por una cruz dorada.

Primera ampliación

Cincuenta años más tarde de esta primitiva construcción, la pequeña basílica se consideró inadecuada

a la categoría apostólica del santo, y se demolió para edificar, en el mismo sitio, una gran basílica con cinco naves, más parecida a la basílica vaticana. Los trabajos se iniciaron en el año 384 y tardaron más de diez años en culminar. La nueva basílica fue cambiada de orientación, y se ubicó tal como hoy la conocemos.

Posteriormente, a medida que aumentaba el reconocimiento de la comunidad cristiana por la figura de san Pablo, fue ampliada y enriquecida. Gala Placidia, hija de Teodosio y esposa de Honorio, añadió el mosaico del arco de triunfo, que se rehará entre los siglos VIII y IX. Por su parte, el papa León I ordenó la realización de los medallones con retratos papales que recorrieran todas las arcadas de la nave central; algunos de ellos, que sobrevivieron al incendio, se conservan aún hoy. En la actualidad, estos retratos pueden verse en un friso que se extiende sobre las columnas que separan las cuatro naves y pasillos, y no falta quien advierta, al recorrer este friso con la mirada, que quedan pocos medallones vacíos para admitir retratos papales; lo que suele ser objeto de comentarios... De la antigua basílica sólo queda la porción interior del ábside con el arco triunfal y los mosaicos de este último.

San Gregorio Magno

Bajo el pontificado de Gregorio I Magno (590 – 604) la basílica fue modificada drásticamente, aunque sin perder su estructura inicial. El nivel del pavimento se subió, sobre todo en el sector presbiterial, para realizar el altar directamente sobre la tumba de Pablo. Una operación similar se hizo en la basílica de San Pedro. De este modo se pudo realizar también un pequeño acceso puesto bajo el nivel del transepto, desde donde podía accederse a la tumba del Apóstol, tal como existe actualmente.

La basílica fue saqueada repetidamente, primero por los lombardos en 739, y después varias veces por los sarracenos en el siglo IX. Por este motivo, el papa Juan VIII fortificó la basílica, el monasterio, y los alojamientos de los campesinos, formando la ciudad de Joannispolis, que aún era recordada en el siglo XIII.

Después de estas reformas, la basílica llegó al siglo XIX manteniendo su aspecto.

Incendio y reconstrucción

Durante la noche del 15 al 16 de julio de 1823, un incendio destruyó la mayor parte del edificio, dejando incólume el claustro, cuya conservación puede contemplarse detrás del crucero. El fuego se inició por la negligencia de un trabajador que estaba reparando el plomo del tejado. De este modo quedó prácticamente destruida la basílica, la única entre todas las iglesias de Roma que había conservado su primitivo carácter durante 1435 años.

Quedaron en pie pocas estructuras y se tuvo que levantar de nuevo gran parte de los muros. Se deba-

tió, por parte de los arquitectos, la conveniencia de respetar el diseño original, pero finalmente se optó por construir una basílica completamente nueva, de tal manera que los visitantes difícilmente pueden reconocer en la construcción actual el diseño de una basílica de finales del siglo IV. Se mantuvo un estilo que evoca lejanamente la época paleocristiana, pero su nave central de grandes dimensiones se hizo siguiendo los estilos renacentistas de los otros grandes templos de la Cristiandad, en Roma.

Excavación de la tumba de san Pablo

Siempre se ha supuesto que la basílica se fundó precisamente sobre la tumba de Pablo de Tarso. Incluso la crónica del monasterio benedictino unido a la basílica menciona, al hablar de la reconstrucción posterior al incendio, que se encontró un gran sarcófago de mármol encima del cual había dos losas o tablas de madera con las palabras «Pablo, el Apóstol y Mártir». Sin embargo no fue mencionado en los papeles de la excavación, y pasó desapercibido. De hecho, aunque no se pudiera demostrar, la existencia de la tumba era universalmente tenida por cierta.

El providencial descubrimiento de la tumba de san Pedro, durante las primeras décadas del siglo XX en el Vaticano, estimuló a probar la misma experiencia en la zona próxima al altar mayor de la iglesia de San Pablo. En el Vaticano, la dificultad estribaba en que, aun sabiendo de la existencia de la tumba con certeza, había más de ciento cuarenta sarcófagos semienterrados bajo el altar mayor, de los que muchos eran, efectivamente, sepulturas de los primeros papas enterrados bajo la primitiva iglesia. La tumba de san Pedro pudo ser identificada por una columna enterrada bajo el primitivo altar mayor, que le destacaba claramente de los demás. El papa Pío XII, en 1950 pudo dar finalmente la noticia, en un mensaje radiado.

En el caso de San Pablo Extramuros, la experiencia del Vaticano ayudó mucho a ubicar el sarcófago, que finalmente resultó ser aquel del que ya se tenía noticia en la época de la reconstrucción, después del incendio. Así, a principios del presente siglo se inició la búsqueda y en muy poco tiempo culminó el hallazgo. El 6 de diciembre de 2006, anunciaron los arqueólogos que se había descubierto, detrás del altar, un sarcófago que podía contener los restos del Apóstol. Hubo una conferencia de prensa el 11 de diciembre de 2006 que dio más detalles del trabajo de la excavación, que duró desde 2002 hasta el 22 de septiembre de 2006, y que comenzó después de que los peregrinos a la basílica durante el año jubilar de 2000 expresaran su decepción por no poder visitar o tocar la tumba del Apóstol.

En la actualidad, con motivo del Año Paulino, la tumba, en forma de nicho, puede ser venerada por los fieles, en el espacio abierto delante del altar mayor, al que se accede por una doble escalera.

La concordancia en el Nuevo Testamento

RAMÓN GELPÍ SABATER
www.christusregnat.com

AL contemplar los hechos evangélicos, tal como solemos hacer en esta sección, nos hemos basado siempre en una narración concordada de los cuatro evangelistas, procurando ver los detalles de lugar y tiempo que nos los sitúan en la historia. Queremos ahora analizar brevemente el valor y autenticidad de esta narración, y la conveniencia de utilizar estas versiones concordadas.

La narración que nos muestran los evangelios tiene unas características muy distintas de los relatos bíblicos del Antiguo Testamento. En éstos, la narración histórica, que es verdadera, sin embargo toma literariamente una forma épica, y por tanto, puede haber algo de exageración o desmesura en los detalles narrativos; aunque en lo esencial, se narra un hecho que ciertamente ocurrió. Para entender esto, y compararlo con los textos evangélicos, debemos considerar en aquellos casos, que se encierra en ellos una «verdad esencial». El lector que los acepta con humildad es capaz de percibir nítidamente esta ver-

dad esencial. Pero pensemos que esta aceptación humilde, pasa por «creerse» efectivamente lo que se narra, y tal como se narra.

En el caso del Nuevo Testamento, además de la verdad esencial hay también una autenticidad narrativa. Es decir, hay detalles de lugar y tiempo de gran fiabilidad. En efecto, al leer los Evangelios, y en general todo el Nuevo Testamento, lo primero que salta a la vista es su absoluta verosimilitud. No hay propiamente un estilo literario, en el sentido de lo que el papa Pío XII menciona en la encíclica *Divini afflante Spiritu*, y que se aplica al Antiguo Testamento, sino que es un relato directo y, en muchos casos, minucioso de la Buena Nueva del mensaje de Cristo. Esto es así, porque lo principal que encierra dicha narración es precisamente la acción del Verbo, que se encarna en María Virgen y da su vida por la Redención de los hombres. Esto son hechos, que se sitúan en la historia y que son dados a conocer a todo el mundo, principalmente por los textos evangélicos.



Página del Codex Vaticanus (siglo IV)

Los cuatro evangelios canónicos

PERO el relato evangélico tiene además una característica que lo convierte en un caso único, tanto en el Nuevo como en el Antiguo Testamento, y es el hecho de que esté contenido en cuatro narraciones distintas, de autores también distintos, y que siguen una cronología aproximadamente paralela, pero frecuentemente también complementaria. Es decir, la Iglesia ha colocado en el Nuevo Testamento cuatro narraciones de la vida de Jesús, con el mismo valor canónico. Esto no ocurre, por ejemplo, en el caso de los Hechos de los Apóstoles, que también es un relato histórico.*

Visto con sentido sobrenatural, y aceptando la tutela providencial de nuestro Señor sobre la Iglesia y sobre las mismas Escrituras, podemos pensar sin temor a equivocarnos, que ésta fue sin duda la mi-

* Existen algunos precedentes, en el Pentateuco, y también en las Crónicas que repiten en parte los Libros de los Reyes, pero no son comparables. Los evangelios, además de ser cuatro, tienen una gran fidelidad narrativa.

sión de estos cuatro relatos que figuran en el canon del Nuevo Testamento. Hoy, por desgracia, a muchos escrituristas les falta fe en la Providencia y por esto se equivocan gravemente al explicar los evangelios. La concordancia es fruto de esta acción providencial. Por esto cabe perfectamente que nos planteemos esta pregunta: ¿por qué Dios ha querido que los evangelios fueran cuatro?

Para entender esto, hay que tener en cuenta que la forma de narrar de los evangelistas es algo restrictiva. En la época, parece que las crónicas escritas no se hacían con un rigor cronológico absoluto, ya que además se tendía a unificar los hechos repetidos. Es posible que esto fuera debido a la necesidad de simplificación propia de la transmisión oral. Se nota por ejemplo en casos como la multiplicación de los panes, la expulsión de los mercaderes del Templo, el ciego de Jericó, y otros muchos: hay evangelistas que narran un hecho una vez, aún habiendo constancia de, por lo menos, dos distintos. Por esto al cotejar y compendiar las cuatro narraciones, el resultado necesariamente se ha de acercar más a la narración cronológica completa. En nuestra opinión, también esto es una acción de la divina Providencia. Hoy, por desgracia, muchos comentaristas ponen en duda la complementariedad de la que hablamos, y no falta quien niegue incluso el valor histórico de los evangelios, y muy especialmente el de san Juan; pero no vamos a polemizar con ellos, al menos por el momento.

Nosotros, como siempre, queremos proponer la lectura contemplativa del relato evangélico a fin de facilitar aquella composición de lugar que san Ignacio proponía en los Ejercicios. Para ello seguiremos comentando la vida de Cristo, basándonos en los Evangelios concordados, pero en este artículo hemos querido poner de relieve la importancia de su complementariedad en la narración. Terminaremos este comentario con un ejemplo tan llamativo como fundamental: la institución de la Eucaristía, concordada de los tres sinópticos, y a su vez comparada con la epístola a los Corintios.

Ejemplo de concordancia: la institución de la Eucaristía

LA institución de la Eucaristía, con las palabras de Jesús al consagrar el pan y el vino, es narrada por san Mateo y san Marcos, prácticamente sin diferencia entre ellos, mientras que san Lucas, que difiere ligeramente, añade dos detalles significativos. Uno que sitúa la consagración del cáliz «después que hubo cenado», y el otro que complementa el destino de la redención referido también a los Apóstoles. El evangelio de san Juan no

relata la institución de la Eucaristía, porque, como es habitual, sólo complementa lo que, a su juicio, faltaba en los sinópticos. San Juan escribió su evangelio mucho más tarde y, por otra parte, nadie debe olvidar el largo texto con las palabras de Jesús cuando promete la Eucaristía (Jn 6, 27-58). Así pues el texto concordado queda como sigue:

Mt 26, 26-28 (Mc 14, 22-25; Lc 22, 19-20)

26 Mientras estaban cenando, tomó Jesús el pan, y lo bendijo, y lo partió, y lo dio a sus discípulos diciendo: Tomad y comed, Este es mi Cuerpo [(Lc 22) 19 que se entrega por vosotros: haced esto en memoria mía]

27 [(Lc 22) 20 Del mismo modo tomó el cáliz, después que hubo cenado] dio gracias, y se lo dio diciendo: Bebed todos de él

28 Porque ésta es mi sangre, del nuevo testamento, que será derramada [(Lc 22) 20 por vosotros], por muchos, para remisión de los pecados.

Si analizamos este texto, después de haberlo concordado, veremos que coincide también con la fórmula que la Iglesia propone para la consagración en la Santa Misa. Pues bien, este mismo texto prácticamente igual, aparece en la primera epístola de san Pablo a los Corintios, con ocasión de expresar el respeto exigible en la celebración eucarística. Veamos el fragmento:

(I Cor 11, 23 - 25)

23 Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan,

24 y después de dar gracias, lo partió y dijo: «Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en memoria mía.»

25 Asimismo también la copa después de cenar diciendo: «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en memoria mía.»

Esta comparación debiera bastar a los reticentes. En efecto, san Pablo no realizó ninguna concordancia al redactar su epístola a los Corintios sino que transcribió, en este caso, la fórmula de la consagración que ya utilizaba aquella primitiva Iglesia. Al cotejarla con la concordancia que se puede hacer sobre los tres evangelios sinópticos, uno no puede menos que reconocer la coincidencia. Así pues, se puede y se debe admitir que la complementariedad de los evangelios canónicos es un hecho querido por Dios y que, para quien quiera admitirlo, es en sí misma un motivo más de credibilidad.



Pequeñas lecciones de historia

El primer documento del Nuevo Testamento

GERARDO MANRESA

EL día que Silas y Timoteo llegaron a Corinto, fue un día de alegría en la vida de san Pablo,¹ pues el apóstol sólo no estaba muy a gusto en su trabajo de misión; no era ningún asceta duro como cuero, sino un hombre sanguíneo que necesitaba la simpatía, el interés y la compañía humanas.

San Pablo debía estar trabajando en el taller textil de Aquila y Priscila² y, al aparecer sus dos discípulos, un rayo de alegría debió iluminar su rostro. Imaginamos que aquel día la lanzadera poco debió trabajar, pues las explicaciones de los recién llegados no tendrían fin. Incluso después, al anochecer, bajo el resplandor de las débiles lámparas de aceite, seguiría san Pablo conversando con sus dos amigos para conocer el estado de las Iglesias fundadas los años anteriores.

—Timoteo, ¿cómo están las cosas en Tesalónica?, debía de preguntar Pablo.

Timoteo, según se puede deducir de la carta que escribió el Apóstol, seguramente dio un gran testimonio de los tesalonicenses:

—Su fidelidad a la fe es inmovible, ha sucedido exactamente así como predijiste, pero todas las persecuciones las han soportado con gran ánimo. Su unión, su amor fraternal han sido un ejemplo para todos los paganos de Macedonia. Te recuerdan con gran cariño y anhelan una nueva visita tuya (1 Tes 1,8; 3,4-6). No creen las calumnias que se han levantado contra ti, diciendo que eres un impostor, un ambicioso adulador, lleno de codicia y apetito de riquezas. El recuerdo de tu dura vida cuando estabas con ellos, día tras día, ha prevalecido en su memoria (1 Tes 2,3-10)

San Pablo se alegró muchísimo, y continuó Timoteo:

—Ciertamente hay también puntos oscuros en este cuadro. Por desgracia también la muerte ha causado estragos en la comunidad. Algunos buenos pescadores³ se han ahogado en la última tormenta y estas muertes han causado profunda impresión. Las familias tienen miedo y preguntan: ¿Que será ahora de nuestros difuntos? Pues ellos esperaban ver pronto al Señor. ¿Están excluidos del reino de Dios, porque han muerto antes del día de la vuelta del Señor? El día de la parusía es lo que da más que pensar a la gente. Muchos procuran calcular anticipadamente el día y la hora, buscan presagios, corren de casa en casa y dicen que la vida terrena ya no tiene ningún valor, que ya no trae utilidad el trabajar, o comenzar un negocio, o reparar una casa. Han entendido mal tu predicación sobre los novísimos.

San Pablo debió quedar pensativo y, al final diría:

—Timoteo, tendría que volver a Tesalónica al punto, pero no puedo abandonar ahora a esta gente de Corinto. ¡Mañana, iremos a comprar lo necesario y escribiremos una carta a todos nuestros queridos tesalonicenses!

San Pablo, durante la conversación, debía ir toman-

do nota, en una tabla encerada, de los puntos más importantes que explicaron sus discípulos y aquella noche, como dice en su carta, meditó mucho en lo que tenía que decir. Todas las cartas de san Pablo son propiamente oraciones escritas en presencia de Dios. Se ha llamado a su pensar meditación orante. A la mañana siguiente, Timoteo procuró todos los elementos para la escritura de la carta y, podemos suponer que Silas o Timoteo, fueron los que se pusieron a escribir la carta, ante el dictado del Apóstol, que iría pensando exactamente las palabras que se debían decir.

Pablo, Silvano y Timoteo a la comunidad de Tesalónica en Dios Padre y en nuestro Señor Jesucristo. ¡Gracia y paz sea con vosotros!

—Pero, Pablo, le interrumpiría Silas, esta es una carta tuya, ¿qué tiene que hacer aquí nuestro nombre?

—No, Silvano, esta carta es nuestra, pues nosotros sentimos todos lo mismo para con nuestros amigos de Tesalónica.

Así quiso juntar Pablo a sus jóvenes colaboradores, como si tuviesen la misma autoridad que él y, a lo largo de la carta, utiliza este «nosotros»: lo utiliza setenta y cinco veces.

Así, ocasionado por la necesidad del momento, nació el primer documento del Nuevo Testamento, incluso antes que los cuatro textos evangélicos. Era el año 50 o 51, veinte años después de la resurrección del Señor.

¡Bendigamos al Señor por esta resolución que tomó san Pablo! Pues ella fue el inicio de uno de los períodos más importantes de su vida, más aún, de la historia de la Iglesia. Después de dos mil años millones de hombres bendicen aquella determinación que tomó S. Pablo en el pequeño taller de Aquila.

El Señor hizo nacer el Nuevo Testamento. Dios a veces anuncia sus obras de una manera grandiosa y solemne, como en la Creación: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza», o cuando envía un ángel a anunciar a María la encarnación de su Hijo, pero otras veces hace nacer y crecer sus obras como una simiente que se entierra y sin hacer ruido va creciendo, sin que nadie se de cuenta. Nadie lo ve, pero de repente aparece. Así comenzó el Nuevo Testamento en un taller de Corinto. Así había nacido en un establo de Belén y así había crecido en una pequeña casita de Nazaret, el Hijo de Dios.

1. Cuando san Pablo tuvo que huir de Tesalónica y Berea, Silas y Timoteo se quedaron. Posteriormente, san Pablo volvió a llamarlos.

2. San Pablo siempre buscaba trabajo cuando llegaba a una población.

3. Tesalónica era una ciudad con mucho tráfico marítimo.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Declaración judeo-ortodoxa y católica en favor del matrimonio

REPRESENTANTES judíos ortodoxos y católicos, miembros de la Consulta de la Conferencia Episcopal de Estados Unidos, la Unión Ortodoxa y el Consejo Rabínico de América, han emitido una declaración conjunta sobre el matrimonio, titulada «Creados a su Divina Imagen». La declaración está firmada por el rabino Fabian Schonfeld, de la Sinagoga Joven Israel, Kew Gardens Hills, Nueva York, y el obispo William Murphy, de Rockville Centre y miembros de la Consulta.

En la misma reconocen que muchas comunidades de Estados Unidos están ahora empeñadas en un nuevo diálogo sobre el significado de la palabra «matrimonio», interrogándose «si debería describir sólo la unión entre un hombre y una mujer». Sin embargo, «el designio de Dios para la continuación de la vida humana, como se ve en el orden natural, así como en la Biblia, claramente trata de la unión de varón y mujer, primero como esposo y esposa, y luego como padres». Por tanto, «como cabezas de nuestras respectivas confesiones –indican los firmantes de la declaración– deseamos afirmar nuestro compromiso compartido con el mandamiento de Dios, el Todopoderoso, que creó hombre y mujer a su divina imagen, de manera que pudieran compartir, como hombre y mujer, como compañeros e iguales, la procreación de los hijos y la construcción de la sociedad».

Los representantes judíos y católicos constatan que «ahora nos enfrentamos a una demanda de que las uniones del mismo sexo sean clasificadas como matrimonio». Sin embargo, «aunque otros puedan reclamar el derecho a establecer relaciones privadas entre personas del mismo género que simulan el matrimonio, la clasificación legal de tales relaciones como matrimonio diluye la condición especial de matrimonio entre un hombre y una mujer». Así pues, «dado que el futuro de cada sociedad depende de su capacidad para reproducirse según su orden natural y para tener a sus jóvenes en un ambiente estable, es deber del Estado proteger el lugar tradicional del matrimonio y la familia por el bien de la sociedad». «Aunque otros tengan la libertad de disentir de nosotros –subrayan–, esperamos que incluso aquellos que están fuera de nuestras comunes tradiciones religiosas reconozcan que hablamos des-

de la verdad de la naturaleza humana misma que es coherente tanto con la razón como con la vida moral».

La Santa Sede pide acabar con la masacre de cristianos en la India

El pasado martes 26 de agosto la Santa Sede protestó pública y oficialmente a través de un comunicado por la situación de violencia anticristiana a la que están sometidas algunas comunidades cristianas en la India, especialmente desde el 23 de agosto, y que a fecha de hoy ya se ha cobrado cinco víctimas. Entre los muertos se encuentra una misionera laica de veinte años que trabajaba en un orfanato de una aldea del distrito de Bargarh, quemado por los asesinos hindúes. Un cristiano ha sido asesinado en su casa, en Kandhamal, y tres han sido víctimas de otra serie de incendios. Otra religiosa del Centro Social de Bhubaneswar, sor Meena, fue deshonrada antes de dar fuego a todo el edificio y varias hermanas de la Madre Teresa de Calcuta han sido también atacadas.

La violencia estalló al día siguiente del asesinato, en el distrito de Kandhamal, de Swami Laxmanananda Saraswati, líder de la organización extremista hindú Vishva Hindu Parishad (VHP). Tras su muerte, iglesias, centros sociales, centros pastorales, conventos y orfanatos fueron asaltados el domingo, lunes y martes al grito de «Matad a los cristianos y destruid sus instituciones».

La persecución de los cristianos en Oriente Medio

SEGÚN informa la agencia Zenit, el periodista italiano Rodolfo Casadei presentó el pasado 1 de septiembre en el *Meeting* organizado por Comunión y Liberación en Rímini (Italia) su libro titulado «La sangre del cordero. Reportaje sobre los cristianos perseguidos en Oriente Medio».

Se trata de un amplio reportaje sobre la persecución que sufren los cristianos en Turquía, Jordania, Siria, Líbano y sobre todo en Irak, la tierra más martirizada por el terrorismo islámico. Según Casadei, hay un verdadero «paradigma de la persecución», que empieza con cartas amenazadoras o in-

cluso cintas de vídeo y Cds con amenazas, en los que se dice a los cristianos que si no pagan la tasa de sumisión o se convierten o abandonan el país, raptarán a miembros de la familia y que si insisten en su postura, serán asesinados. En una segunda etapa de la persecución, a quienes resisten se les destruye su actividad económica. Muchos son raptados y se pide por ellos rescates que pueden llegar a los cincuenta mil dólares; otros ven destruido su negocio. En los casos de resistencia a ultranza, se mata a un miembro de la familia. Otro elemento de persecución se produce por las conversiones forzadas y por el intento de imponer el uso del velo en público a las mujeres cristianas. Amenazas en este sentido se practican en Bassora, Bagdad y Mosul. El libro recoge también ataques a las iglesias y profanaciones deliberadas del Santísimo. Gente armada que entra en la iglesia durante la misa y que, delante de los fieles, tira al suelo la Eucaristía en signo de desprecio.

La segunda parte del libro trata el caso de Turquía y relata las historias de tres cristianos protestantes masacrados y un periodista turco armenio asesinado en dicho país. Casadei explica que Turquía se presenta como un país laico, con una Constitución que permite la libertad de religión pero en la práctica existe persecución de las minorías religiosas, con un tratamiento absolutamente penalizador, por ejemplo, en lo relativo a la adquisición de terrenos e inmuebles y a la construcción de lugares de culto. Existe, a nivel legal, la libertad de cambiar de religión y de convertirse, pero la práctica la castiga porque quien abandona el islam es marginado.

Para concluir, el autor afirma que el suyo «es un libro de testimonio, que nace del escándalo del silencio frente a la persecución de los cristianos y de la admiración hacia el testimonio heroico de estos mártires».

19 de octubre: beatificación de los padres de santa Teresita

A raíz del descubrimiento de la correspondencia de los esposos Martin-Guérin se inició en 1957 la investigación de sus vidas con vistas a un proceso canónico de beatificación. Fruto del estudio realizado fue la declaración, en 1994, de la heroicidad de virtudes de Louis Martin y Celia Guérin. Desde entonces se estaba a la espera de un milagro que permitiera el paso hacia la beatificación. Y dicho milagro, por intercesión del matrimonio Martin-Guérin, llegó finalmente en 2002.

Se trata de la «inexplicable curación» de Pietro, quinto hijo de Walter y Adele Schiliro, nacido en Milán el 25 de mayo de 2002. Al nacer, Pietro pre-



Los padres de santa Teresita

sentó graves dificultades para respirar, que obligaron a los médicos a practicar terapias de reanimación. Según el parte médico, presentaba una «malformación congénita caracterizada por una grave subversión de estructura pulmonar». En la práctica el pequeño Pietro era incapaz de respirar y según la ciencia, nunca podría hacerlo. Los médicos desahuciaron al niño y ante su inminente muerte, lo bautizaron el 3 de junio. Ese día, por sugerencia del sacerdote carmelita Antonio Sangalli, Walter y Adele comenzaron una novena a los padres de santa Teresita, invitando a amigos y conocidos a sumarse a esta oración. Con el correr de los días muchas personas se sumaron a la cruzada de oración por Pietro. El 29 de junio, Walter y Adele llegaron al hospital en Monza preparados para el desenlace cuando los médicos les informaron que Pietro estaba mejorando. En unos días se curó por completo y el 27 de julio regresó a casa. El 17 de enero de 2008 la consulta médica del Vaticano declaró la «inexplicable curación» de Pietro Schiliro.

Recién cumplido el ciento cincuenta aniversario del matrimonio de los padres de santa Teresita (13 de julio), el papa Benedicto XVI ha autorizado al prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, cardenal José Saraiva Martins, a promulgar el decreto de reconocimiento de este milagro, aprobando el rito de beatificación del matrimonio Louis Martin y Céline Marie Guérin, que serán elevados a los altares el próximo 19 de octubre en la ciudad de Lisieux.

Mujeres obispos, un «paso atrás» en el diálogo entre anglicanos y católicos

EN su intervención en la Conferencia de Lambeth de la Comunión Anglicana, el cardenal Walter Kasper, presidente del Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los

Cristianos, afrontó «dos cuestiones que están en el centro de las tensiones en el seno de la Comunión Anglicana y de sus relaciones con la Iglesia católica: la ordenación de las mujeres y la sexualidad humana».

El acceso de mujeres al episcopado, advirtió el cardenal Kasper, significará un «paso atrás» para el diálogo entre católicos y anglicanos. «Si bien nuestro diálogo ha producido un acuerdo significativo sobre la idea de sacerdocio, la ordenación de las mujeres al episcopado bloquea sustancial y definitivamente un posible reconocimiento de las ordenaciones anglicanas por parte de la Iglesia católica». «Deseamos la continuación de un diálogo teológico entre la Comunión Anglicana y la Iglesia católica –aseguró el purpurado– pero este último paso mina nuestro objetivo y altera el nivel de lo que perseguimos con el diálogo».

Por lo que se refiere a la segunda cuestión, en particular la homosexualidad, el cardenal hizo esta petición a los obispos anglicanos: «A la luz de las tensiones de los años pasados en este sentido, una declaración clara por parte de la Comunión Anglicana nos ofrecería mayores posibilidades para ofrecer un testimonio común de la sexualidad humana y del matrimonio, un testimonio dolorosamente necesario para el mundo de hoy».

El Papa, con los jóvenes, en Sydney

Los pasados 19 y 20 de julio, Benedicto XVI se reunió con jóvenes venidos de los cinco continentes en Sydney en lo que fueron los momentos centrales de la XXIII Jornada Mundial de la Juventud celebrada este año en tierras australes.

Muchas cosas quiso transmitir el Papa a los más de trescientos cincuenta mil jóvenes reunidos en Sydney para escuchar el magisterio del sucesor de Pedro. En la homilía de la misa celebrada en el Hipódromo de Randwick Su Santidad recordó su misión de confirmar los fieles en la fe y abrir sus corazones al poder del Espíritu de Cristo y a la riqueza de sus dones. «Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza». Estas palabras, lema de las Jornadas, manifiestan –según expuso Benedicto XVI– el «poder» del Espíritu Santo, que es el poder de la vida de Dios; el poder del mismo Espíritu que se cernía sobre las aguas en el alba de la creación y que, en la plenitud de los tiempos, levantó a Jesús de la muerte; el poder que nos condu-

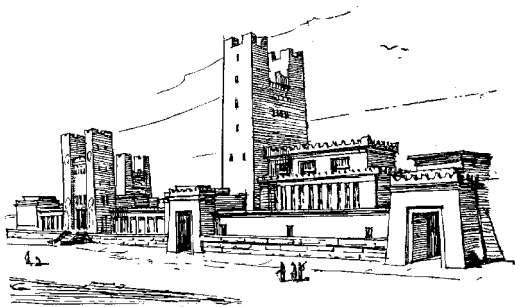
ce, a nosotros y a nuestro mundo, hacia la llegada del Reino de Dios.

«La fuerza del Espíritu Santo jamás cesa de llenar de vida a la Iglesia. (...) Sin embargo, esta fuerza, la gracia del Espíritu Santo, no es algo que podamos merecer o conquistar; podemos sólo recibirla como puro don. El amor de Dios puede derramar su fuerza sólo cuando le permitimos cambiarnos por dentro. Debemos permitirle penetrar en la dura costra de nuestra indiferencia, de nuestro cansancio espiritual, de nuestro ciego conformismo con el espíritu de nuestro tiempo. (...) Por esto es tan importante la oración: la plegaria cotidiana, la privada en la quietud de nuestros corazones y ante el Santísimo Sacramento, y la oración litúrgica en el corazón de la Iglesia. Ésta es pura receptividad de la gracia de Dios, amor en acción, comunión con el Espíritu que habita en nosotros y nos lleva, por Jesús y en la Iglesia, a nuestro Padre celestial.»

El Papa quiso también preguntar a los jóvenes: «¿Qué dejaréis vosotros a la próxima generación? ¿Estáis construyendo vuestras vidas sobre bases sólidas? ¿Estáis construyendo algo que durará? ¿Estáis viviendo vuestras vidas de modo que dejéis espacio al Espíritu en un mundo que quiere olvidar a Dios, rechazarlo incluso en nombre de un falso concepto de libertad? ¿Cómo estáis usando los dones que se os han dado, la «fuerza» que el Espíritu Santo está ahora dispuesto a derramar sobre vosotros? ¿Qué herencia dejaréis a los jóvenes que os sucederán? ¿Qué os distinguirá? La fuerza del Espíritu Santo no sólo nos ilumina y nos consuela. Nos encamina hacia el futuro, hacia la venida del Reino de Dios. (...) El mundo tiene necesidad de esta renovación. En muchas de nuestras sociedades, junto a la prosperidad material, se está expandiendo el desierto espiritual: un vacío interior, un miedo indefinible, un larvado sentido de desesperación. ¿Cuántos de nuestros semejantes han cavado aljibes agrietados y vacíos (cf. Jer 2,13) en una búsqueda desesperada de significado, de ese significado último que sólo puede ofrecer el amor? Éste es el don grande y liberador que el Evangelio lleva consigo: él revela nuestra dignidad de hombres y mujeres creados a imagen y semejanza de Dios. Revela la llamada sublime de la humanidad, que es la de encontrar la propia plenitud en el amor. Él revela la verdad sobre el hombre, la verdad sobre la vida.

Finalmente, el Papa anunció la celebración de la próxima Jornada Mundial de la Juventud en Madrid, el año 2011.





ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT
y SANTIAGO ALSINA

El fin de la «Iglesia» de Inglaterra

LA situación que vive la «iglesia» anglicana (Vittorio Messori acaba de recordar, muy oportunamente, que al no haber mantenido sucesión apostólica, en rigor no se le puede denominar iglesia) es cuando menos revuelta; el último golpe han sido los 1.333 pastores que acaban de amenazar con pasarse en bloque a la Iglesia católica en protesta por la ordenación de mujeres como obispos. Pero éste no es el único aspecto que sacude a los anglicanos, en pleno ojo del huracán debido a la aceptación de la homosexualidad (llegando a nombrar obispos homosexuales que contraen «matrimonio» con otra persona de su mismo sexo), las llamadas a la aceptación en Inglaterra de la ley islámica por parte del obispo de Canterbury, y varias comunidades episcopalianas (la denominación de los anglicanos en Estados Unidos) legendarias, como la de George Washington, que deciden abandonar el sínodo norteamericano para integrarse en el nigeriano, mucho más tradicional. Precisamente hace dos años que siete parroquias de Virginia opuestas a la «bendición» de las parejas homosexuales abandonaron la iglesia episcopaliana norteamericana (que ha dado once presidentes a los Estados Unidos) para convertirse en parte de la iglesia nigeriana dirigida por Peter Akinola, que con 18 millones de fieles es la mayor comunidad dentro del ámbito episcopaliano. Por cierto, que Akinola ha sido claro al explicar cuál era, en su opinión, la causa del tumulto en que está sumida la confesión anglicana: «El diablo ha entrado en la iglesia», ha declarado.

El matrimonio entre dos pastores homosexuales, Peter Cowell y David Lord, el pasado mes de mayo, en abierta rebelión ante el obispo de Londres Richard Chartres y en una de las más históricas iglesias de la capital, *Saint Bartholomew the Great*, ha acelerado el proceso cismático. Son ya 38 las provincias secesionistas, la mitad de las provincias anglicanas, en un movimiento nunca visto en la historia del anglicanismo. No es de extrañar que *The Spectator*, la veterana revista inglesa, haya dedicado su portada al tema: de modo significativo aparece un icono con la imagen de Rowan Williams, arzobispo de



Canterbury, resquebrajado por la mitad y el titular «El fin de la Iglesia anglicana».

Y es que 474 años después del *Act of Supremacy* que sancionó la separación de Roma, los anglicanos se debaten entre cismas internos. Como signo, la conferencia de Lambeth, que reúne a los obispos anglicanos de todo el mundo cada diez años, y que en esta ocasión ha sido boicoteada con la no asistencia de decenas de obispos anglicanos, principalmente los provenientes de África, Asia, Australia y de algunas comunidades norteamericanas.

¿Cuál será el siguiente paso? Parece clara la ruptura entre las comunidades africanas y las de la antigua metrópoli. En los años setenta había cinco millones de anglicanos en Nigeria y 16 diócesis, hoy son 18 millones y 80 diócesis. Cuando Rowan Williams avaló la ley sobre parejas homosexuales, el obispo nigeriano Akinola eliminó de todas las declaraciones la frase «en comunión con Canterbury» y el obispo de Uganda Henry Orombi ha definido como blasfema la ceremonia de *Saint Bartholomew*. El liderazgo de Williams se limita, ya, a las decadentes comunidades blancas británicas.

El siguiente paso sería la comunión con Roma, como ya ocurriera en 1994, cuando tras la aprobación de la ordenación de mujeres, quinientos pastores se pasaron al campo «papista». El obispo anglicano de Ebbsfleet, Andrew Burnham, ha manifestado su intención de entrar en la Iglesia católica junto con otros clérigos y ya ha mantenido reuniones con el prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, William Levada, y con el presidente del Pontificio Consejo para la Unidad, Walter Kasper.

La crisis en que se halla sumido el anglicanismo es, pues, evidente y muestra cómo la separación de Pedro deja a las comunidades cristianas a merced del mundo y sus modas. Durante siglos la Iglesia de Inglaterra ha sido parte de la cultura más progresista del mundo: sujeta siempre a la voluntad del Parlamento, ha tenido que ir adaptándose a los cambios sociales. Es decir, en lugar de marcar la iglesia las pautas que deben primar en una sociedad, ha sido la sociedad la que ha ido moldeando la iglesia. Y así, la cosa sólo podía acabar como se ve que está a punto de concluir: una iglesia irrelevante, pronto encabezada por un monarca que no guarda las formas que dicta la misma Iglesia que preside. Como escribía también Messori, ya todo es una triste farsa. La Iglesia de Inglaterra es cada vez más irrelevante y lo único que podemos esperar de ella es que arrastre a cuantos menos cristianos mejor, permitiendo que aquellos que aún creen realmente en Jesucristo encuentren su tabla de salvación en la Iglesia católica apostólica y romana.

Rusia vuelve a dar zarpazos en el Cáucaso

EL fin de la Unión Soviética marcó el inicio de una etapa en la que una débil Rusia, ahogada en un marasmo de mafia y corrupción, iba perdiendo territorios e influencia. La fuerza del que fuera presidente y ahora primer ministro, Vladimir Putin, estriba en su voluntad de hierro para cambiar tal estado de cosas, sin importarle los medios necesarios para conseguirlo. Así se vio durante la sangrienta guerra de Chechenia. Conseguido su primer objetivo, la estabilidad interna y un cierto orden carente de escrúpulos (con expropiación de inversiones extranjeras, chantaje a sus vecinos a través del corte del suministro de gas y asesinatos de espías incluidos), este moderno Pedro I ha iniciado también en el Cáucaso, esta vez en Georgia, la siguiente fase de su plan para consolidar a Rusia como potencia regional. En este caso se trata de recuperar su área de influencia, una serie de países formalmente independientes pero, de hecho, vasallos de Rusia, lo que ha dado en llamarse su «patio trasero». Para ello, claro está, debe enfrentarse a unos países que se habían acercado a Occidente, cambiando el sentido de esas lealtades a través de la amenaza cuando no de la agresión; pero a tenor de la inoperancia tanto de Europa como de Estado Unidos y la OTAN, el mensaje está muy claro: es mejor ser siervo de Rusia que ser su enemigo en solitario.

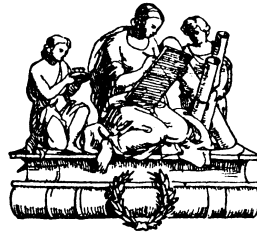
Para la demostración de fuerza que ha dado Rusia a Georgia era necesario un paso en falso de la república caucásica, y éste llegó cuando el presidente georgiano, Saakashvili, lanzó una ofensiva militar

para recuperar el control de la separatista región de Osetia del Sur. Quizás confiado en sus relaciones norteamericanas, labradas en sus años en Harvard, quizás tranquilo al haber solicitado la entrada de su país en la OTAN, quién sabe si convencido de que Rusia respetaría la tregua olímpica, lo cierto es que su imprudencia ha tenido consecuencias que probablemente ni él mismo imaginara.

El problema de Osetia del Sur y de Abjasia se arrastra desde la explosión de la URSS, cuando las dos regiones georgianas separatistas dieron pie a una guerra civil que, si bien se detuvo, no se ha resuelto. Ambas regiones cuentan con el apoyo ruso, de hecho a sus habitantes se les concedió la ciudadanía rusa, y están gobernadas por personas vinculadas a los antiguos servicios de inteligencia soviéticos, y en consecuencia cercanos al también antiguo agente Vladimir Putin y su camarilla (los llamados *siloviki*).

En el caso de Osetia del Sur y Abjasia, la tentación para Moscú ha sido demasiado fuerte. Se trata, como hemos dicho, de dos regiones aliadas de Rusia en una zona estratégica, con lo que envía un mensaje contundente a todos aquellos que quieran desafiar a Rusia en su zona de influencia; la operación rusa permite además el control del último oleoducto que llevaba el petróleo del Caspio hacia el Mar Negro. Y todo ello, en cierto modo, legitimado por el reciente precedente de Kosovo, pues ¿por qué se iba a permitir la secesión a una región en los Balcanes y negársela a otra en el Cáucaso? Cuando escribíamos que el error de Kosovo iba a tener consecuencias terribles no nos equivocábamos; los miles de muertos de la llamada «guerra de los cinco días» en los que Rusia ha aplastado a Georgia (145 millones de rusos contra cuatro y medio de georgianos, un ejército de más de un millón de hombres contra otro de poco más de 30.000, más de 22.000 tanques, cuatro mil aviones y 30.000 helicópteros contra 155 blindados, 10 aviones y 20 helicópteros) han sido las primeras víctimas de la irresponsabilidad occidental.

Desconocemos cuáles serán los pasos de esta nueva y envalentonada Rusia, ni dónde se detendrá, pero parece evidente que esta guerra entierra definitivamente las esperanzas en un mundo más pacífico y cooperativo y nos devuelve a la cruda realidad de la lucha y el equilibrio entre potencias. Hay quienes hablan de un retorno a la «guerra fría» entre los Estados Unidos y Rusia, pero lo que viene se parece más a la vieja Europa prerrevolucionaria, con varias potencias regionales marcando a sangre y fuego sus territorios de influencia. La historia, pues, no ha acabado, y retorna de la mano de la vieja Rusia, dando zarpazos y arruinando la utopía kantiana de la paz perpetua.



DAVID AMADO

MARIANO HERRANZ
San Pablo en sus cartas
Madrid, Encuentro 2008

Estamos a la puerta de un año dedicado a san Pablo. El Apóstol de las Gentes siempre ha cautivado a los cristianos por su amor a Jesucristo, la intrepidez de sus viajes y su fervor apostólico. Tan grande es su figura que, algunos, equivocadamente, lo han confundido con el verdadero fundador del cristianismo, como si Pablo hubiera desplazado del centro de la fe al mismo Señor. Porque su figura es imponente pero, como recuerda Mariano Herranz en el primer capítulo, uno de los títulos que más le conviene es el de «Siervo de Jesucristo». Y el autor aclara que aquí el título se refiere, siguiendo la tradición de Oriente, a alguien que habla en nombre y con la autoridad de quien le ha enviado. No es que san Pablo no se reconozca humilde, sino que reivindica para sí el haber recibido una misión: la de anunciar el Evangelio. Y a ella dedicó toda su vida, que fue apasionada y apasionante.

Mariano Herranz, que murió hace pocos meses, ha sido uno de los más grandes exegetas de la España actual. A él se debe en gran parte el florecer de una escuela de interpretación bíblica en Madrid. En ella se han estudiado y aclarado muchos textos oscuros de los evangelios y de las cartas paulinas. Se parte de que muchos textos, que se conservan en griego, hubieron de ser originariamente escritos en arameo. Así, algunas frases difíciles se comprenden mejor atendiendo al original, que ha de ser reconstruido.

En este libro, sin embargo, Mariano Herranz, realiza un trabajo más divulgativo, que no por ello deja de ser científico, para acercarnos al Apóstol de las Gentes. Lo hace partiendo de las mismas cartas que él escribió. Desde ellas nos lo muestra en sus facetas

de misionero, de pastor, de judío celoso que ha conocido a Jesucristo, de predicador de la cruz... Y no deja el autor de enfrentarse a polémicas seculares, como la supuesta larga enfermedad de Pablo. Parece que esta no existió, ni epilepsia, ni problemas en los ojos ni nada. Los textos en los que hace referencia a sus debilidades se entienden mejor en sentido espiritual y en relación con las luchas que sostiene para que el nombre de Jesús sea conocido por todos.

Cada uno de los capítulos, que no llegan a esbozar una biografía completa del Apóstol, es una fuente de descubrimientos para quien lo lee. Porque nada está dejado a la imaginación o a la suposición. El autor trabaja sobre los escritos de Pablo y sobre la base de un amplísimo conocimiento de la Sagrada Escritura, de la teología del Apóstol y de las costumbres de la época. Así se nos adentra en el conocimiento profundo de este genio del cristianismo. Y, volviendo a lo que decíamos en el inicio, san Pablo predicó a Jesucristo. Hay dos excelentes capítulos que el autor dedica a ello y demuestra que si hay pocas citas de nuestro Señor en las cartas no es porque Pablo prescinda de

Jesús. Bien al contrario, el modo de citar, y otras pruebas muestran que Él es el centro de todo. Pablo distingue entre Jesús de Nazaret y Cristo glorificado, pero no para separarlos. Son la misma persona antes y después de resucitar. Pero Jesucristo puede ser conocido carnalmente (esto es, sin la fe, de un modo meramente humano), o bien reconocido en la Iglesia confesando que ha resucitado y vive para siempre.

Libro claro, riguroso y lleno de fe. Mariano Herranz no sólo nos ofrece un retrato adecuado del Apóstol sino que nos lo introduce como predicador de Jesucristo mostrándonos, además, la vigencia del Evangelio.





emos leído

ALDOBRANDO VALS

Cultura para la muerte

Ahora que entre los proyectos prioritarios de la segunda legislatura de Rodríguez Zapatero se encuentra el de legalizar la eutanasia, no está de más reflexionar acerca de esa gangrena que corroe nuestras sociedades y que cada vez encuentra menos diques para su disparatado avance. Óscar Elía Mañu nos da algunas pistas en un artículo publicado en la página del GEES, Grupo de Estudios Estratégicos, que plantea algunas de las consecuencias finales de la cultura de la muerte: «Si uno tiene el derecho a morir, entonces es que el Estado tiene el deber de matar»:

A lo largo de los siglos, la preocupación de los teóricos estaba en salvaguardar la vida de las personas respecto a otras personas y respecto a la acción del Estado. En levantar barreras para que la vida humana no dependiera de las decisiones del poder público. Esto, hasta hoy indiscutible, está cambiando. Las sociedades occidentales están girando en sentido contrario, hasta el punto de defender la legitimidad del Estado para matar, al principio o al final de la vida.

¿Qué está ocurriendo? Al menos tres causas explican el cambio. Primero, los avances científicos y técnicos han aumentado la esperanza de vida de las personas enfermas o ancianas. Segundo, la crisis cultural occidental hace que sus ciudadanos rechacen los problemas que plantea la vida, y vean en ello un derecho. Tercero, la crisis ideológica de la izquierda: obsesionada con la «li-

beración», no se ha detenido en la liberación económica, de género, sexual o pedagógica, sino que ha llegado al extremo de considerar que eliminar la propia vida constituye el acto supremo de liberación, hasta el punto de considerarlo «digno».

Ante esto, la angustia está justificada: Si uno tiene el derecho a morir, entonces es que el Estado tiene el deber de matar. Matar a sus propios ciudadanos. Y por tanto a establecer las medidas institucionales, legales y técnicas para acabar con la vida de los suyos. Las propuestas socialistas anunciadas en el congreso del PSOE, apuntan precisamente a esto: a la constitución de un Estado para la muerte guiado por criterios ideológicos. ¿Exageración? Desde luego no para quienes vean que su enfrentamiento con la muerte es considerado indigno por un gobierno que lo único que le propone es el suicidio.

Hablar de «muerte digna» es, en el mejor de los casos, equívoco, y en el peor, una manipulación. La muerte es la negación de la vida; en cuanto tal, ni es digna ni deja de serlo. Por el contrario, toda vida humana es igualmente digna, se encuentre en la situación en que se encuentre. Algo que los apóstoles del suicidio asistido niegan sin inmutarse, condenando a quien no puede o no quiere aceptar el suicidio, a la categoría de enfermo «indigno».

Este es el hecho fundamental: en nombre de la libertad para elegir, lo que se está haciendo es imponer una determinada visión del bien, del mal, del hombre y de la muerte. El Gobierno habla de libertad, pero al mismo tiempo im-

pone de manera masiva e implacable unos dogmas sociales que se imponen uno tras otro. Conviene no llamarse a engaño: esta pesadilla totalitaria se está desplegando ya ante nuestros ojos en clínicas y hospitales, donde la cuestión de *cómo matar* tiene cada vez más importancia. Las primeras víctimas de esta ideología son los médicos de las unidades de cuidados intensivos y de cuidados paliativos. Sus criterios profesionales se supeditan a un nuevo mandamiento: el paciente digno es el paciente que quiere morir.

Lo políticamente correcto aplicado a la eutanasia está sustituyendo juicios profesionales, hurtando a los médicos deberes, derechos y responsabilidades hacia el paciente. Cada vez más, sus decisiones vienen impuestas por protocolos de bioética, por reglamentos pretendidamente legales y por la moral de la muerte que Gobierno y medios de comunicación extienden por la sociedad. Su libertad está cada vez más cuestionada.

Pero esta moral se impone también a los propios pacientes y a sus familiares. Se les otorga una autonomía y una libertad para elegir al tiempo que se les bombardea masivamente con mensajes a favor de la muerte y el suicidio. Nunca como hasta ahora los pacientes han tenido la capacidad de decidir: nunca como hasta ahora han estado más adoctrinados, y su libertad más devaluada intelectualmente. La apoteosis de la muerte se abre paso, a golpe de propaganda masiva, en las conciencias de los pacientes españoles.

Bajo unos fantasmales dere-

chos, bajo una supuesta defensa de la calidad de vida o la dignidad, el Estado se impone a médicos y pacientes dictándoles a los primeros cuándo y cómo deben matar, y a los segundos cuándo y cómo deben morir. Hoy en día, la propaganda sobre el tema está enturbiando gravemente los juicios y argumentaciones de médicos y pacientes, empujándoles hacia la creencia de que la muerte es mejor que la vida, y de que ésta debe quedar en manos del Estado. Al médico se le convertirá en un simple ejecutor; al ciudadano, se le ubicará en el punto de mira de la morfina, el potasio y los sedantes. Todo ello bajo el manto del silencio, de la tolerancia y el progreso.

¿Existe una alternativa a la cultura para la muerte? Sin duda. Los médicos dedicados a los cuidados paliativos denuncian la falta de recursos, el poco número de unidades dedicadas a ayudar a los enfermos a vivir más fácilmente sus últimos momentos. El suicidio se desea por razones conocidas y solventables en su mayor parte, afirman; el miedo al dolor, la fatiga física, la pérdida de la autonomía, la sensación de ser una carga o la desesperanza son las que empujan al enfermo a un callejón sin salida. Su tratamiento exige un cuidado integral, que hoy en día no se les proporciona. Quienes los tratan advierten de que quien pide ayuda para morir está realmente pidiendo ayuda para vivir, y a eso sí puede y debe dedicarse el Estado. Una sociedad para la vida debería volcarse en proporcionar los recursos materiales y humanos necesarios para ello.

Curas pederastas

Juan Manuel de Prada, tomando como pie un artículo de Leonardo Castellani, escribe en ABC con fina ironía sobre la actitud del cristiano frente al mun-

do. Un cristiano que debe recordar que el mundo rechazó primero a Jesucristo y que nuestra fe será siempre locura y escándalo para paganos y judíos:

Tratar de aproximar la religión a ciertas personas contaminadas por las más rocambolescas mistificaciones lo considera Castellani trabajos de amor perdidos; y propone jocosamente que, en lugar de deslomarnos escribiendo tratados de apologética que rechazarán (aunque luego crean en el espiritismo, o en el progreso, o en cualquier otra chorrada, pues ya se sabe que cuando se deja de creer en Dios se empieza a creer en cualquier cosa), nos dediquemos a hacerles creer las trolas más jacarandosas. Por ejemplo: que al Papa todos los cristianos deben adorarlo como Dios; o que la Santísima Trinidad la componen la paloma del Espíritu Santo, el Cordero de Dios y el Buey de Belén. Trolas que, indudablemente, se tragarán; pues nadie hay más crédulo que un incrédulo profesional.

Me he acordado de este artículo desternillante de Leonardo Castellani mientras seguía el tratamiento informativo que se ha hecho de la Jornada Mundial de la Juventud celebrada en Sydney. El papa Benedicto XVI ha dicho allí muchas cosas hermosas, incisivas o clarividentes; pero a la prensa sólo le interesa resaltar que ha vuelto a mostrar su vergüenza por los abusos perpetrados por ciertos curas pederastas. O, dicho más exactamente, a la prensa le importa un bledo que Benedicto XVI haya mostrado su pesar por estas conductas abominables, o que haya declarado que el sufrimiento de las víctimas es el suyo propio (pues, en el fondo, a la prensa le importan un bledo tales víctimas). A la prensa le interesa únicamente resaltar que los curas son pederastas; ni siquiera que haya unos pocos curas pederastas que denigran su ministerio, entre

tantos miles de curas que cada día lo dignifican y exaltan, sino que los curas son pederastas por naturaleza. Pues, cuando se trata de envilecer a la Iglesia, una golondrina sí hace verano; y de nada sirve que por cada cura pederasta haya mil curas que alivian la miseria de millones de niños, que alumbran el porvenir de millones de niños, que desveladamente trabajan por salvar su infancia desvalida. Todos estos curas nada importan; o importan tanto que se oculta su mera existencia. Pues, si se divulgara, se correría el riesgo de que la gente bienintencionada pensase que tal vez los pocos curas pederastas que desgraciadamente existen entre tantísimos curas admirables son una ilustración de aquella parábola del trigo y la cizaña que nos contó Cristo.

Y de nada sirve que el Papa exprese su pesar ante conductas tan abominables como aisladas y exija que la justicia humana las castigue; de nada sirve que haya mostrado su disposición a limpiar la suciedad que se refugia en el seno de la Iglesia con soluciones dolorosísimas ante las que no le ha temblado jamás el pulso; de nada sirve que haya extremado su celo y reclamado a los obispos que extremen el suyo, vigilando la conducta de sus sacerdotes y seminaristas. A la prensa sólo le interesa propalar que los curas son un hatajo de pederastas; y mañana dirá, si es necesario, que se comen crudos a los niños. Saben que cuentan con una clientela crédula que, por cerrazón de inteligencia o suciedad de corazón, está dispuesta a tragarse sus trolas. Quizá haya llegado el momento de volver a la disciplina del arcano, como pedía Castellani.

«Las ideas tienen consecuencias»

Sólo por su título, este libro de Richard M. Weaver merece un es-

pacio en nuestra biblioteca. Carmelo López-Arias Montenegro se hace eco de su reciente traducción al español desde las páginas de El Semanal Digital y lo enlaza con otro libro reciente en torno a la crisis modernista:

Las de Weaver pueden considerarse páginas fundacionales de la rama puramente conservadora de ese movimiento, a la cual podríamos asignar también a Russell Kirk (1918-1994) o a un gran amante de España e investigador del carlismo como fue Frederick Wilhelmsen (1923-1996).

Escarmentado –tras haberlas compartido– ante las ideas de la izquierda, muchas de ellas plasmadas durante la presidencia de Franklin D. Roosevelt (1933-1945), Weaver descubrió el hilo conductor de la tradición política occidental en ideas que entonces comenzaban a cuestionarse: la jerarquía, y no el igualitarismo, como fundamento «para que una sociedad sea una realidad comprensible»; la necesidad –incompatible con el multiculturalismo actual– de que una comunidad que aspire a ser «metafísica» y no puramente «empírica» repose en el vínculo y el sentimiento que ofrecen «una misma mirada sobre el mundo» (lo que llamó «sentido de pertenencia compartida»); la convicción de que es con esfuerzo, sacrificio y disciplina como se puede alcanzar una razonable felicidad social, y no con la que definió como «psicología del niño malcriado», que interpreta «el derecho a alcanzar la felicidad como el derecho a gozar de ella», con una continua y caprichosa reivindicación de derechos desligados del cumplimiento de los deberes.

[...] Otras ideas que tuvieron consecuencias

En 1907 san Pío X firmó la encíclica *Pascendi*, que forma quizá, junto con la encíclica *Humani*



San Pío X

generis (1950) de Pío XII, la pareja de textos doctrinales más importantes de la Santa Sede en el siglo xx.

Hace justo ahora una centuria, el papa Giuseppe Sarto decidió enfrentarse al denominado *modernismo*, desviación teológica que cuestionaba los fundamentos racionales e históricos de la fe y la raíz filosófica de la certeza de la fe y de su inmutabilidad.

Fue una crisis intraeclesial, que no llegó a la generalidad de los fieles. El modernismo se hizo fuerte en facultades de teología y seminarios, donde obispos poco avisados lo dejaron entrar engañados por el lenguaje impreciso y sutil con el que formulaba sus tesis. De ahí que la encíclica *Pascendi*, al precisar sin ningún género de dudas dichas tesis, le asestó el golpe definitivo.

El modernismo fue barrido también gracias a la labor abnegada de sacerdotes como Umberto Benigni, quien al frente del *Sodalitium Pianum* (conocido por *La Sapinière*) asumió la ingrata y arriesgada tarea de señalar a quienes pretendían burlar al Papa en

daño de la formación de los jóvenes sacerdotes.

Aunque parezca una historia «de curas», la batalla ideológica fue apasionante y despiadada e implicó incluso a la diplomacia y los servicios secretos de las potencias europeas, en una época en la que san Pío X (de la mano de un

español, su cardenal secretario de Estado Rafael Merry del Val) trabajaba para liberar al cónclave futuro de toda sujeción a maquinaciones políticas.

Como contribución al conocimiento de la crisis modernista, Santiago Casas ha coordinado la edición de un volumen imprescindible en la bibliografía sobre el asunto: *El modernismo a la vuelta de un siglo* (Eunsa). Especialistas diversos ofrecen una visión detallada de las polémicas más relevantes sobre la naturaleza y el alcance de aquel movimiento.

[...] En cuanto a la Iglesia española, quedó libre del mal gracias a la solidez de su tradición tomista, impermeable al *pensamiento débil* que suponía el modernismo. Éste repercutió tan escasamente entre nuestros teólogos de entonces, que su influjo en la España de la época sólo puede medirse en la literatura, a través de Miguel de Unamuno y Antonio Machado.

Todo un ejemplo de que las ideas tienen consecuencias, sí, pero todas ellas: las malas y las buenas.

Importancia y oportunidad de los Ejercicios Espirituales

En 1958, hace sesenta años, exactamente el 31 de julio, festividad de san Ignacio de Loyola, se conmemoraba el cuarto centenario de la aprobación, por el papa Paulo IV, del libro de los Ejercicios Espirituales. Cristiandad, en su número doble de 1 y 15 de agosto, al tiempo que anunciaba el propósito de dedicar al tema una atención especial en otra ocasión, reafirmaba su interés y la actualidad, y recordaba la estrecha relación con los ideales de la revista y de Schola Cordis Iesu. Para celebrar la conmemoración publicaba, además de

un texto sobre los Ejercicios del historiador Ludovico Pastor y otro del padre Ribadeneyra, un extenso fragmento de la encíclica de Pío XI Mens nostra, de 20 de diciembre de 1929. Es lo que hemos escogido en este mes para esta sección, convencidos del valor perenne y universal del libro de san Ignacio y de la práctica de los Ejercicios según el método del santo de Loyola, que tantos frutos de santidad ha producido y produce en la Iglesia. Por eso los papas han sido constantes en recomendarlos.

Principalmente en nuestra edad

En verdad, venerables hermanos, que si se consideran, siquiera sea de paso, los tiempos en que vivimos, se verá por más de una razón la importancia, utilidad y oportunidad de los santos retiros. La más grave enfermedad que aflige nuestra época y fuente fecunda de los males que toda persona sensata lamenta, es la ligereza e irreflexión que lleva extraviados a los hombres. De aquí la disipación, continua y vehemente en las cosas exteriores; de aquí la insaciable codicia de riquezas y placeres, que poco a poco debilita y extingue en las almas el deseo de bienes más elevados, y de tal manera las enreda en las cosas exteriores y transitorias, que no las deja levantarse a la consideración de las verdades eternas, ni de las leyes divinas, ni aun del mismo Dios, único principio y fin de todo el universo creado; el cual, no obstante, por su infinita bondad y misericordia, en nuestros mismos días y a pesar de la corrupción de costumbres que todo lo invade, no deja de atraer a los hombres hacia sí con abundantísimas gracias.

Pues para curar esta enfermedad que tan reciaamente aflige hoy a los hombres, ¿qué remedio y qué alivio mejor podríamos proponer que invitar al piadoso retiro de los Ejercicios Espirituales a estas almas débiles y descuidadas de las cosas eternas? Y, ciertamente, aunque los Ejercicios Espirituales no fuesen más que un corto retiro de algunos días, durante los cuales el hombre, apartado del trato ordinario de los demás y de la barahunda de inquietudes, halla oportunidad, no para emplear este tiempo

en una quietud ociosa sino para meditar en los gravísimos problemas que siempre han preocupado profundamente al género humano, los problemas de su origen y de su fin, de dónde viene el hombre y adonde va; aunque sólo esto fuesen los Ejercicios Espirituales, nadie dejaría de ver que de ellos pueden sacarse no pequeños provechos.

Para formar al hombre

Pero todavía sirven para mucho más. Porque al obligar al hombre al trabajo interior de examinar más atentamente sus pensamientos, palabras y acciones, considerándolo todo con mayor diligencia y penetración, es admirable cuánto ayudan a las humanas facultades: de suerte que en esta insigne palestra del espíritu, el entendimiento se acostumbra a pensar con madurez y ponderar justamente las cosas, la voluntad se fortalece por extremo, las pasiones se sujetan al dominio de la razón, la actividad toda del hombre, unida a la reflexión se ajusta a una norma y regla fija, y el alma, finalmente, se eleva a su nativa nobleza y excelencia, según lo declara con una hermosa comparación el papa san Gregorio en su libro pastoral: la mente humana a la manera del agua, si va encerrada sube hacia lo alto, volviendo a la misma altura de donde baja; pero si se la deja libre, se pierde porque se derrama inútilmente en lo más bajo.¹

Además, ejercitándose en meditaciones espiritua-

1. S. Greg. M., *Pastoral* 1,3: PL 77,73.

les, la mente, gozosa en su Señor, no sólo es excitada como por ciertos estímulos del silencio y fortalecida con inefables raptos, como advierte sabiamente san Euquerio, obispo de Lyon,² sino que es invitada por la divina liberalidad a aquel alimento celestial, del que dice Lactancio: Ningún manjar es más sabroso para el alma que el conocimiento de la verdad³ y es admitida a aquella escuela de celestial doctrina y palestra de artes divinas,⁴ como la llama un antiguo autor, de quien en largo tiempo se creyó fuese san Basilio Magno, donde es Dios todo lo que se aprende, el camino por donde se va, todo aquello por donde se llega al conocimiento de la suprema verdad.⁵ De aquí se sigue claramente que los Ejercicios Espirituales tienen un maravilloso poder así para perfeccionar las facultades naturales del individuo como principalmente para formar al hombre sobrenatural o cristiano. Ciertamente, en estos tiempos, en que el genuino sentimiento de Cristo, el espíritu sobrenatural, esencia de nuestra santa religión, vive cercado de tantos estorbos e impedimentos, mientras por todas partes campea y domina el naturalismo, que debilita la firmeza de la fe y extingue las llamas de la caridad cristiana, importa sobre toda ponderación que el hombre se sustraiga a esa fascinación de la vanidad que obscurece el bien,⁶ y se esconde en; aquella bienaventurada soledad, donde, alumbrado por celestial magisterio, aprende a conocer el verdadero valor y precio de la vida humana, para ponerla al servicio de sólo Dios; tenga horror a la fealdad del pecado; conciba el santo temor de Dios; vea claramente, como si se le rasgase un velo, la vanidad de las cosas terrenas, y excitado por los avisos y ejemplos de Aquel que es el camino, la verdad y la vida,⁷ se despoje del hombre viejo,⁸ se niegue a sí mismo, y acompañado de la humildad, la obediencia y la voluntaria mortificación de sí mismo, se revista de Cristo y se esfuerce por llegar a ser varón perfecto, por conseguir la completa medida de la edad perfecta según Cristo, como dice san Pablo,⁹ y hasta procure con todas sus energías poder él también repetir con el mismo Apóstol: Yo vivo, o más bien, no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí.¹⁰ Por todos estos grados sube el alma a la consumada perfección, y se une suavísimamente con Dios, mediante el auxilio de la gracia divina, alcanzada

más copiosamente durante esos días de retiro con más fervorosas oraciones y con la participación más frecuente de los sagrados misterios.

Cosas son éstas, venerables hermanos, verdaderamente singulares y excelentísimas, que exceden con mucho a la naturaleza y en cuya feliz consecución se hallan, y solamente en ella, el descanso, la felicidad, la verdadera paz, que con tanta sed apetece el alma humana, y que la sociedad actual, arrebatada por la fiebre de placeres, busca inútilmente en los bienes inciertos y caducos, en el tumulto y agitación de la vida. En cambio vemos muy bien por experiencia que en los Ejercicios Espirituales hay una fuerza admirable para pacificar a los hombres y elevarlos a la santidad de la vida; lo cual también se prueba por la larga práctica de los siglos pasados, y quizá más claramente por la de nuestros días, en que una multitud casi innumerable de almas, que se han ejercitado bien en el sagrado retiro de los Ejercicios, salen de ellos arraigados en Cristo y edificadas sobre él como sobre fundamento,¹¹ llenas de luz, rebotando de gozo e inundadas de aquella paz que supera todo sentido.¹²

Para formar al apóstol

Pero de esta plenitud de vida cristiana, que a todas luces producen los Ejercicios Espirituales, además de la paz interior, brota como espontáneamente otro fruto muy exquisito, que redunde egregiamente en no escaso provecho social, y es el ansia de ganar almas para Cristo, que llamamos espíritu apostólico. Porque natural efecto de la caridad es que el alma justa, donde Dios mora por la gracia, se encienda maravillosamente en deseos de comunicar a otras almas el conocimiento y el amor del Bien infinito que ella misma ha alcanzado y posee.

Ahora bien, en estos tiempos en que la sociedad humana tiene tanta necesidad de auxilios espirituales, cuando las lejanas tierras de las Misiones blanquean ya para la siega¹³ y reclaman cada vez más numerosos operarios; cuando nuestros mismos países exigen escogidísimas legiones de sacerdotes de ambos cleros, que sean idóneos dispensadores de los misterios divinos, y numerosos ejércitos de piadosos seglares que, unidos estrechamente con el apostolado jerárquico, le ayuden con celosa actividad, consagrándose a las múltiples obras y trabajos de la Acción Católica, Nos, venerables hermanos, enseñados por el magisterio de la historia, en los Ejercicios Espirituales vemos y saludamos los providen-

2. S. Euquerio, *De laude eremi* 37; PL 50,709.

3. Lactanc., *De falsa relig.* 1,1; PL 6,118.

4. S. Basil. M., *De laude solit. vitae*, en *Opera omnia* (Venecia 1751) 2,379.

5. *Ibíd.*

6. Sab 4,12.

7. Jn 14,6.

8. Rom 13,14.

9. Ef 4,13.

10. Gal 2,20.

11. Col 2,7.

12. Fil 4,7.

13. Jn 4,35.

ciales cenáculos donde los corazones generosos, fortalecidos por la gracia, ilustrados por las verdades eternas y alentados por los ejemplos de Cristo, no sólo conocerán claramente el valor de las almas y se encenderán en deseos de salvarlas en cualquier estado de vida en que, después de diligente examen, crean que debe servir a su Creador, sino que, además, se formarán y adiestrarán en el cielo, los medios, los trabajos y las arduas empresas del apostolado cristiano.

Los Ejercicios Espirituales en la historia de la Iglesia

En los primeros tiempos

Por lo demás, este fue el camino y método que Nuestro Señor empleó muchas veces para formar a los pregoneros del Evangelio. Porque el mismo divino Maestro, no satisfecho con permanecer durante largos años en su retiro de Nazareth, antes de brillar a plena luz delante de las gentes y de instruir las con su palabra para las cosas del cielo, quiso pasar cuarenta días enteros en la soledad del desierto.

Y más aún, en medio de las fatigas de la predicación evangélica, acostumbraba a sí mismo invitar a los Apóstoles al amable silencio del retiro: Venid aparte a un lugar desierto y reposad un poco,¹⁴ y habiendo dejado por el cielo este valle de miserias quiso que sus Apóstoles y discípulos recibieran su última formación y perfección en el Cenáculo de Jerusalén, donde por espacio de diez días perseverando unánimes en la oración¹⁵ se hicieron dignos de recibir el Espíritu Santo: memorable retiro a la verdad, que bosquejó el primero de los Ejercicios Espirituales, del que la Iglesia salió dotada de perenne vigor y pujanza, y en que, bajo el poderosísimo patrocinio y la asistencia de la Virgen María, Madre de Dios, se formaron no sólo los primeros Apóstoles, sino también aquellos que justamente podríamos llamar precursores de la Acción Católica.

Desde aquel día, la práctica de los Ejercicios Espirituales, si no con el nombre y método que hoy se usa por lo menos en cuanto a la cosa misma, se hizo familiar entre los primeros cristianos,¹⁶ como enseña san Francisco de Sales, y de ello hay indicios manifiestos en las obras de los Santos Padres. Así, san Jerónimo exhortaba a la noble matrona Celancia: Elígete un lugar conveniente y apartado del tráfico familiar, en el cual te refugies como en un puerto. Dedicá allí tanto estudio a la lección divina, alter-

nándolo con la frecuente oración y la consideración asidua de las cosas futuras, que con ese retiro compenses todas las ocupaciones del resto del tiempo. No decimos esto para apartarte de los tuyos, sino que te aconsejamos así para que en ese retiro aprendas y medites cómo debes portarte con ellos.¹⁷ Y el contemporáneo de san Jerónimo, san Pedro Crisólogo, obispo de Ravena, dirigía a sus fieles esta conocidísima invitación: Hemos dado al cuerpo un año, concedamos al alma unos días... Vivamos un poco para Dios ya que el resto del tiempo lo hemos dedicado al siglo... Suene en nuestros oídos la voz divina, no ensordezca nuestro oído el estrépito de las cosas familiares... Así fortalecidos, hermanos, y preparados de este modo, declaremos la guerra al pecado..., seguros de vencer.¹⁸

En la Edad Media

En el decurso de los siglos, los hombres han experimentado siempre en su interior este deseo de la apacible soledad, en la cual, sin testigos, el alma se dedique a las cosas de Dios. Más todavía: es cosa averiguada que cuanto más borrascosos son los tiempos porque atraviesa la sociedad humana, tanto con mayor fuerza los hombres sedientos de justicia y verdad son impulsados por el Espíritu Santo al retiro, donde, libres de los apetitos del cuerpo, puedan entregarse más a menudo a la divina sabiduría, en el aula de su corazón, y allí, enmudecido el estrépito de los cuidados terrenos, regocijarse con meditaciones santas y delicias eternas.¹⁹

San Ignacio de Loyola

Y habiendo Dios suscitado en su Iglesia muchos varones, dotados de abundantes dones sobrenaturales y conspicuos por el magisterio de la vida espiritual, los cuales dieron sabias normas y métodos de ascética aprobadísimos, sacados ora de la divina revelación, ora de la propia experiencia, ya también de la práctica de los siglos anteriores; por disposición de la Divina Providencia y por obra de su gran siervo Ignacio de Loyola nacieron los Ejercicios Espirituales, propiamente dichos: tesoro –como los llamaba aquel venerable varón de la ínclita Orden de san Benito, Ludovico Blosio, citado por san Alfonso María de Ligorio en cierta bellísima carta Sobre los Ejercicios en la soledad–, tesoro que Dios ha manifestado a su Iglesia en estos últimos tiempos,

14. Mc 6,31.

15. Hch 1,14.

16. S. Franc. de Sales, *Traité de l'amour de Dieu* 12,8.

17. S. Jerón., *Ep.* 148 *ad Celant.*, 24: PL 22,1216.

18. S. Pedro Crisól., *serm.*12: PL 52,186.

19. S. León M., *serm.*19: PL 54,186.

por razón del cual se le deben dar muy rendidas acciones de gracias.²⁰

San Carlos Borromeo

De estos Ejercicios Espirituales cuya fama se extendió muy pronto por toda la Iglesia, sacó nuevos estímulos para correr más animosamente por el camino de la santidad, entre otros muchos, el venerable y por tantos títulos carísimo para Nos, san Carlos Borromeo, quien, como en otra ocasión recordamos divulgó su uso entre el clero y el pueblo,²¹ no sólo con su continuo trabajo y autoridad, sino también con aptísimas normas y directorios, hasta el punto de fundar una casa con el fin exclusivo de que en ella se practicasen los Ejercicios ignacianos. Esta casa, que fue denominada por el mismo Santo Cardenal Asceterium, viene a ser, en nuestra opinión, la primera de cuantas más tarde, con feliz copia, han florecido por doquiera.

Óptimo método

Es cosa averiguada que entre todos los métodos de Ejercicios Espirituales que muy laudablemente se fundan en los principios de la sana ascética católica, uno principalmente ha obtenido siempre la primacía, el cual, adornado con plenas y reiteradas aprobaciones de la Santa Sede y ensalzado con las alabanzas de varones preclaros en santidad y ciencia del espíritu; ha producido en el espacio de casi cuatro siglos grandes frutos de santidad: nos referimos al método introducido por san Ignacio de Loyola, al que cumple llamar especial y principal maestro de los Ejercicios Espirituales, cuyo «admirable libro de los Ejercicios»,²² pequeño ciertamente en volumen, pero repleto de celestial sabiduría, desde que fue solemnemente aprobado, alabado y recomendado por nuestro predecesor, de feliz memoria, Paulo III,²³ ya desde entonces, para repetir palabras empleadas en cierta ocasión por Nos, antes de que fuésemos elevado a la cátedra de Pedro, «sobresalió y resplandeció como código sapientísimo y completamente universal de normas para dirigir las almas por el camino de la salvación y de la perfección; como fuente inexhausta de piedad a la vez muy eximia y muy sólida, y como fortísimo estímulo y peritísimo maes-

tro para procurar la reforma de las costumbres y alcanzar la cima de la vida espiritual».²⁴ Y cuando, al comienzo de nuestro Pontificado, «correspondiendo a los ardentísimos deseos y votos de los prelados de casi todo el orbe católico y de uno y otro rito» por la Constitución apostólica *Summorum Pontificum*, fechada el 25 de julio de 1922, «declaramos y constituimos a san Ignacio de Loyola celestial patrono de todos los Ejercicios Espirituales y, por consiguiente, de todos los institutos, asociaciones y congregaciones de cualquier clase que ayudan y atienden a los que practican Ejercicios Espirituales»,²⁵ casi no hicimos más que sancionar con nuestra suprema autoridad lo que estaba en el común sentir de los pastores y de los fieles; lo cual habían dicho implícitamente, junto con el citado Paulo III, nuestros insignes predecesores Alejandro VII,²⁶ Benedicto XIV²⁷ y León XIII,²⁸ al tributar repetidos elogios a los Ejercicios ignacianos; los cuales enaltecieron con grandes encomios y aun con el mismo ejemplo de las virtudes que en esta palestra habían adquirido o aumentado todos aquellos «que –para decirlo como el mismo León XIII– florecieron más en la doctrina ascética o en santidad de vida» los cuatro últimos siglos.²⁹ Y ciertamente: la excelencia de la doctrina espiritual, enteramente apartada de los peligros y errores del falso misticismo, la admirable facilidad de acomodar estos Ejercicios a cualquier clase y estado de personas, ya se dediquen a la contemplación en los claustros, ya lleven una vida activa en negocios seculares; la unidad orgánica de sus partes; el orden claro y admirable con que se suceden las verdades que se meditan; los documentos espirituales, finalmente, que, sacudido el yugo de los pecados y desterradas las enfermedades que atacan a las costumbres, llevan al hombre por las sendas seguras de la abnegación y de la extirpación de los malos hábitos,³⁰ a las más elevadas cumbres de la oración y del amor divino: sin duda alguna, son tales todas estas cosas, que muestran suficiente y sobradamente la naturaleza y fuerza eficaz del método ignaciano y recomiendan elocuentemente sus Ejercicios.

24. *S. Carlo e gli Esercizi spirituali di S. Ignacio*: «S. Carlo Borromeo nel 3.º Centenario dalla Canonizzazione» n.23 (sept. 1910) 488.

25. Const. ap. *Summorum Pontificum* (25 jul. 1922): AAS 14,420.

26. Let. ap. *Cum sicut* (12 oct. 1647).

27. Let. ap. *Quantum secessus* (20 marzo 1753); Let. ap. *Dedimus sane* (16 mayo 1753).

28. Ep. *Ignatianae commentationes* (8 febr. 1900): AL 7,373.

29. *Ibíd.*

30. Ep. ap. Pío XI, *Nous avons appris* (29 marzo 1929) ad Card. Dubois.

20. S. Alf. M. Liguori, *Lettera sull'utilità degli Esercizi in solitudine*: Opere ascet. (Marietti 1847) 3,616.

21. Const. ap. *Summorum Pontificum* (20 jul. 1922): AAS 14,421.

22. *Brev. Rom.* in festo S. Ign. (31 jul.) 4,4.

23. Let. ap. *Pastoralis officii* 31 jul. 1548.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

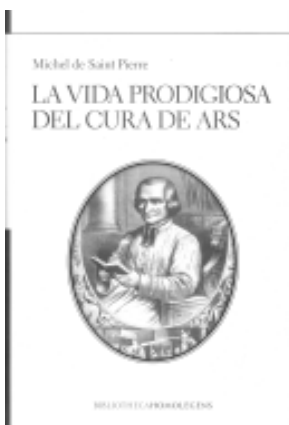
SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:

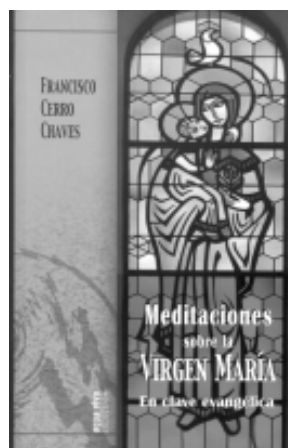


La vida prodigiosa del Cura de Ars

Autor: Michel de Saint-Pierre
Editorial: Homo legens
287 páginas
Precio: 20,00 €

La actualidad del Cura de Ars en estos días extraños resulta aplastante. La Iglesia está necesitada de santos como él. Ahora bien, las elevadas exigencias del sacerdocio no han cambiado desde la época del Cura de Ars. Él supo resumir en su persona lo que constituye y constituirá siempre la esencia misma de un sacerdote: entregado a las almas en la caridad...

el confesionario, en la predicación, en el consejo, en la caridad...



Meditaciones sobre la Virgen María

Autor: Francisco Cerro Chaves
Editorial: Monte Carmelo
160 páginas
Precio: 10,25 €

Es María la que ha engendrado el Corazón de Jesús biológicamente, y quien ha colaborado decisivamente, sin duda, a la formación y desarrollo humano y espiritual de ese Corazón como hace toda madre con su influjo maternal en el amor, en el corazón de sus hijos. La espiritualidad del Corazón de Jesús es una de las cualidades que mejor identifican al autor. Cerro es un

apóstol infatigable de este culto, a través de toda su actividad pastoral en sus escritos, en sus abundantes colaboraciones en revistas, reuniones, simposios...



El libro rojo de los mártires chinos

Autor: Gerolamo Fazzini
Editorial: Encuentro
320 páginas
Precio: 25,00 €

Cuatro decenios de la historia china (de los años cuarenta hasta 1983). Son la memoria de personas que han probado en sus propias carnes la violencia de un poder ciego por la ideología, decidido a exterminar a los intelectuales, creyentes y opositores. Hasta hoy no se había podido acceder a los testimonios autobiográficos sobre los campos de trabajos forzados chinos. Un acto de denuncia del maísmo, que consiguió tapar durante años sus crímenes contra la humanidad.

nos. Un acto de denuncia del maísmo, que consiguió tapar durante años sus crímenes contra la humanidad.



Relato de la conversión

Autor: Manuel García Morente
Editorial: San Esteban
172 páginas
Precio: 14,00 €

García Morente fue catedrático de ética en la Universidad de Madrid desde 1912. En 1936 fue despojado de su cátedra y obligado a exiliarse en París. En medio de esta dramática experiencia, un proceso de conversión le llevará a un profundo cambio religioso y tras su regreso a España, se ordena de sacerdote en 1940. Morente dejó plasmada esa experiencia en dos impresionantes textos, que ahora se publican.

CONTRAPORTADA

«La familia es el pedestal sobre el que descansa toda la sociedad»

Sabemos que el matrimonio y la familia se enfrentan ahora a verdaderas borrascas. Las palabras del evangelista sobre la barca en la tempestad en medio del lago se pueden aplicar a la familia: «Las olas rompían contra la barca hasta casi llenarla de agua» (Mc 4,37). Los factores que han llevado a esta crisis son bien conocidos y, por tanto, no me demoraré en enumerarlos. Desde hace algunas décadas, las leyes han relativizado en diferentes países su naturaleza de célula primordial de la sociedad. A menudo, las leyes buscan acomodarse más a las costumbres y a las reivindicaciones de personas o de grupos particulares que a promover el bien común de la sociedad. La unión estable entre un hombre y una mujer, ordenada a construir una felicidad terrenal, con el nacimiento de los hijos dados por Dios, ya no es, en la mente de algunos, el modelo al que se refiere el compromiso conyugal. Sin embargo, la experiencia enseña que la familia es el pedestal sobre el que descansa toda la sociedad. Además, el cristiano sabe que la familia es también la célula viva de la Iglesia. Cuanto más impregnada esté la familia del espíritu y de los valores del Evangelio, tanto más la Iglesia misma se enriquecerá y responderá mejor a su vocación. Por otra parte, conozco y aliento ardientemente los esfuerzos que hacéis para dar vuestro apoyo a las diferentes asociaciones dedicadas a ayudar a las familias. Tenéis razón en mantener, incluso a costa de ir contracorriente, los principios que son la fuerza y la grandeza del sacramento del Matrimonio. La Iglesia quiere seguir siendo indefectiblemente fiel al mandato que le confió su Fundador, nuestro Maestro y Señor Jesucristo. Nunca deja de repetir con Él: «Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre» (Mt 19,6). La Iglesia no se ha inventado esta misión, sino que la ha recibido. Ciertamente, nadie puede negar que ciertos hogares atraviesan pruebas, a veces muy dolorosas. Habrá que acompañar a los hogares en dificultad, ayudarles a comprender la grandeza del matrimonio y animarlos a no relativizar la voluntad de Dios y las leyes de vida que Él nos ha dado. Una cuestión particularmente dolorosa es la de los divorciados y vueltos a casar. La Iglesia, que no puede oponerse a la voluntad de Cristo, mantiene con firmeza el principio de la indisolubilidad del matrimonio, rodeando siempre del mayor afecto a quienes, por los más variados motivos, no llegan a respetarla. No se pueden aceptar, pues, las iniciativas que tienden a bendecir las uniones ilegítimas. La exhortación apostólica *Familiaris consortio* ha indicado el camino abierto por una concepción respetuosa de la verdad y de la caridad.

Benedicto XVI a los obispos de Francia en el hemisiclio de «Santa Bernadette», en Lourdes, 14 de septiembre de 2008